

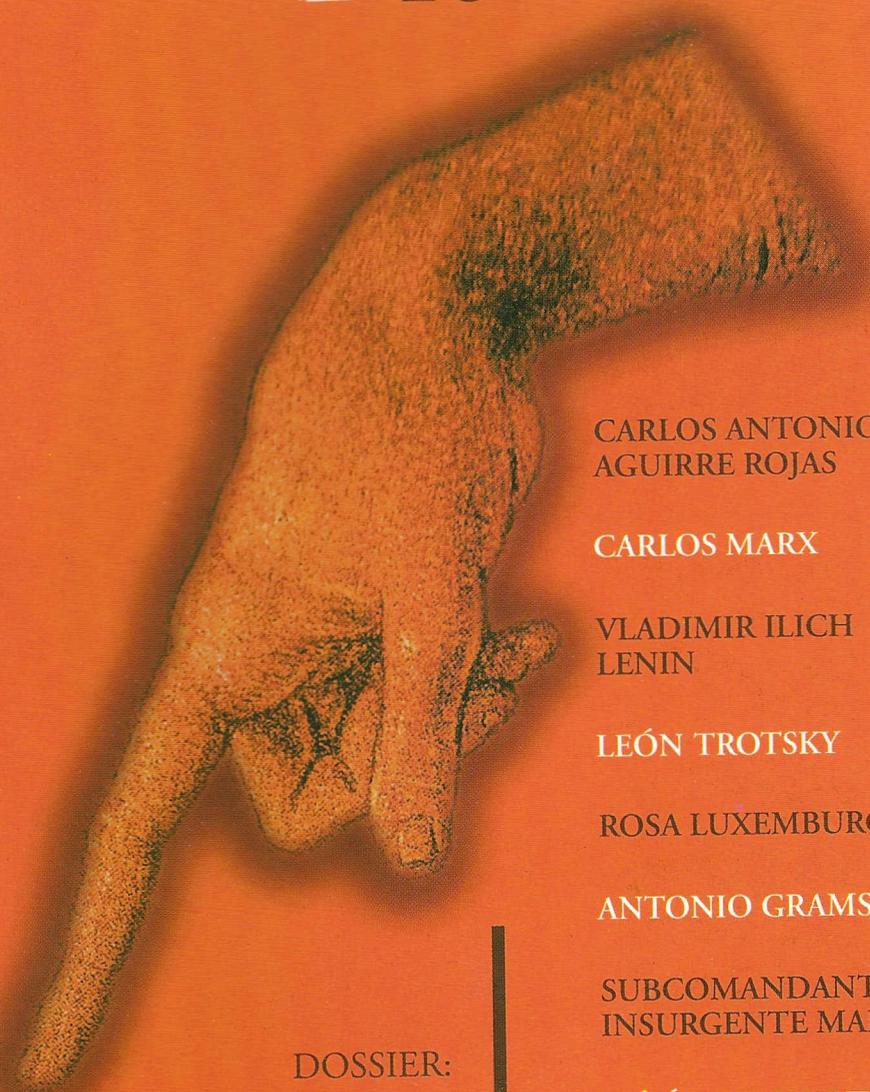
Segunda Serie

Contrahistorias

la otra mirada de Clío

NÚMERO

16



CARLOS ANTONIO
AGUIRRE ROJAS

CARLOS MARX

VLADIMIR ILICH
LENIN

LEÓN TROTSKY

ROSA LUXEMBURGO

ANTONIO GRAMSCI

SUBCOMANDANTE
INSURGENTE MARCOS

BOLÍVAR ECHEVERRÍA
ANDRADE

OSCAR OLIVERA

DOSSIER:

*Experiencias del
Autogobierno Popular*





Director:

CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS

Comité de Redacción:

MARTÍN ÁLVAREZ FABELA
AMÉRICA BUSTAMANTE PIEDRAGIL
DANIELA MORALES
CARLOS ALBERTO RÍOS GORDILLO
NORBERTO ZUÑIGA MENDOZA

COMITÉ CIENTÍFICO INTERNACIONAL:

Bolívar Echeverría Andrade (Universidad Nacional Autónoma de México), **Carlo Ginzburg** (Scuola Normale de Pisa), **Immanuel Wallerstein** (Yale University), **Edelberto Cifuentes Medina** (Universidad de San Carlos de Guatemala), **Miguel Ángel Beltrán** (Universidad Nacional de Colombia en Bogotá), **Jurandir Malerba** (Pontificia Universidad Católica de Río Grande do Sul), **Claudia Wasserman** (Universidade Federal de Rio Grande do Sul), **Darío G. Barriera** (Universidad Nacional de Rosario), **Pablo Pacheco** (Cuba), **Francisco Vázquez** (Universidad de Cádiz), **Ofelia Rey Castelao** (Universidad de Santiago de Compostela), **Ricardo García Cárcel** (Universidad Autónoma de Barcelona) **Massimo Mastrogregori**, (Revista *Storiografia*), **Steffen Sammler** (Leipzig Universitaet), **Maurice Aymard**, (Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales), **Lorina Repina** (Instituto de Historia Universal, Academia de Ciencias de Rusia), **Chen Qineng** (Instituto de Historia Universal, Academia de Ciencias de China).

Contrahistorias. La otra mirada de Clio
Revista semestral, Segunda Serie, No. 16,
Marzo 2011-Agosto 2011.

Página web: www.contrahistorias.com.mx
Correo electrónico: contrahistorias@hotmail.com

ISSN: 1665-8965

Contrahistorias es una Reserva para uso exclusivo otorgada por la Dirección de Reservas del Instituto Nacional del Derecho de Autor, bajo el número: 04-2004-041411062500-102

Se autoriza la reproducción de los materiales con el simple permiso de la Dirección y del Comité de Redacción de *Contrahistorias*.

CONTENIDO

Imago Mundi

- 7 CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS
Releyendo La Guerra Civil en Francia desde la América Latina del Siglo XXI.
- 31 CARLOS MARX
Fragmento del libro La guerra civil en Francia.
- 39 CARLOS MARX
El Carácter de la Comuna.
- 47 VLADIMIR ILICH LENIN
Fragmento de las Cartas desde Lejos.
- 53 VLADIMIR ILICH LENIN
La Dualidad de Poderes.

EL HIL DE ARIADNA

- 59 LEÓN TROTSKY
El Soviet de Petersburgo de 1905.
- 71 ROSA LUXEMBURGO
¿Qué Quiere la Liga Espartaquista?
- 79 ROSA LUXEMBURGO
Discurso en el Congreso de Fundación de la Liga Espartaco.
- 83 ANTONIO GRAMSCI
El Programa del Ordine Nuovo.
- 91 ANTONIO GRAMSCI
El Consejo de Fábrica.
- 95 ANTONIO GRAMSCI
Fragmento del Texto El Movimiento Turinés de los Consejos de Fábrica.

memorabilia

- 101 SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS
Los Municipios Autónomos Rebeldes Neozapatistas.
- 107 BOLÍVAR ECHEVERRÍA ANDRADE
El Socialismo del Siglo XXI es un Capitalismo Cristiano Corregido.
- 115 OSCAR OLIVERA Y OTROS
Carta Pública Abierta a Evo Morales y a Alvaro García, Contra el Gasolinazo y por el Autogobierno de Nuestro Pueblo.

119 NOTICIAS DIVERSAS

Edición, Diseño de Portada e Interiores
LDG. Luis Enrique Pérez Parra
Tel.: 5203 · 1219

E-mail: luisenrique7011@yahoo.com.mx
luisenrique7011@hotmail.com

Imago



Mundi

Imágenes del Mundo, Weltanschauung, Concepciones del Mundo, Cosmovisiones, Visiones del Mundo, Percepciones del Universo, Maneras de Ver y Entender la Realidad... En esta sección, queremos multiplicar todo el tiempo las distintas miradas que admite el análisis de los problemas realmente importantes y fundamentales que hoy enfrentan la historiografía mundial en general, y las historiografías latinoamericana y mexicana en particular, pero también la historia y la sociedad en México, en América Latina, y en el Mundo entero. Recoger siempre las miradas críticas, abrir nuevas entradas a los problemas, explorar incesantemente explicaciones nuevas e inéditas de viejos temas, a la vez que ensanchamos todo el tiempo la nueva agenda de los asuntos que hace falta debatir en el plano historiográfico, pero también en los ámbitos sociales, políticos y de todo orden en general.

*Porque una 'Imagen del Mundo', cuando es realmente crítica, heurística y compleja, sólo puede serlo a contracorriente de los lugares comunes dominantes, y por ello sólo como cómplice obligada de las miles de **Contrahistorias** que cada día tocan con más fuerza a la puerta del presente, para liberar radicalmente los futuros de emancipación que esas mismas **Contrahistorias** encierran.*



Releyendo La Guerra Civil en Francia desde la América Latina del Siglo XXI

Imago  MundiImago  MundiImago  MundiImago  MundiImago  Mundi

“Gracias al combate emprendido por [La Comuna de] París, la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y contra el Estado capitalista ha entrado en una nueva fase. Sea cual sea el resultado final, ya se ha obtenido un nuevo punto de partida, cuya relevancia es sin duda de alcance histórico–universal”.

Carlos Marx, Carta a Ludwig Kugelmann, 17 de abril de 1871

RESITUANDO EL TEXTO DE *LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA*

Cuando Carlos Marx, siguiendo la encomienda del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, emprende, el 18 de abril de 1871, la redacción del primer borrador del texto de *La guerra civil en Francia*, está lejos de poder imaginar los perdurables y lejanos ecos que este texto suyo tendrá, en el próximo siglo y medio entonces por transcurrir. Pues aunque él es muy consciente de la importancia completamente *excepcional* que, en términos histórico–universales, representa la experiencia de la Comuna de París que aquí es analizada y diagnosticada con tanta brillantez, no puede sin embargo anticipar los complejos periplos y caminos que esta experiencia parisina tendrá, como *referente modelo de primer orden*, dentro de toda la ulterior historia de los movimientos sociales anticapitalistas, y dentro de la historia de los distintos intentos de llevar a cabo revoluciones sociales igualmente radicales y anticapitalistas.

Porque para Marx, la heroica tentativa de los obreros parisinos de la Comuna de 1871, no sólo representa la mayor proeza y el principal logro de toda la actividad de la Primera Internacional, fundada en parte por él mismo, sino también y más allá, una experiencia concreta de *alcance histórico–universal*, que al constituirse como el primer ejercicio logrado –aunque efímero– de un verdadero *autogobierno obrero y popular*, logra elevar la lucha social del proletariado a un nuevo nivel, inédito y

completamente diferente respecto de toda la etapa anterior.

Y esto, no sólo porque esa Comuna de París es la primera encarnación práctica de la por él postulada, veinte años atrás, “Dictadura del Proletariado”, ni tampoco solamente porque ella representa la verdadera “toma del poder” por parte de las clases populares parisinas, sino también porque, como lo afirma el propio Marx, esta Comuna representa, en los hechos, el enorme paso histórico–universal en el que

“por primera vez en la historia, simples obreros, se atrevieron a violar el privilegio gubernamental de sus 'superiores naturales', de las clases poseedoras”.

Violación de ese privilegio del mando político y gubernamental de las clases ricas de la sociedad, que no sólo quiebra y cuestiona una estructura de dominación de muy larga duración (la del monopolio del gobierno, del Estado, y del poder político por parte de las clases explotadoras), sino que también abre, por vez primera en siglos y milenios, la posibilidad de restaurar nuevamente las formas originarias y profundas de la *democracia directa*, es decir, del sentido original y riguroso del término “democracia” en tanto verdadero “gobierno del pueblo”, y por ende, en tanto que genuino y estricto *autogobierno del pueblo* en su sentido más literal¹.

Por eso, este texto de *La guerra civil en Francia* es un texto capital dentro del conjunto de la producción global de Marx, pero también y simultáneamente, un libro que resulta todavía y siempre central para la comprensión de la historia de los movimientos sociales y de las experiencias revolucionarias de cambio social, de los últimos ciento cuarenta años hasta hoy transcurridos. Lo que tal vez explique, el hecho de que Marx acometa su redacción, no una ni dos sino tres veces, redactando dos borradores de este texto, antes de pasar a su tercera y definitiva versión final².

Ya que se trata del texto en el que va a

realizarse el examen crítico y la radiografía más aguda y profunda de aquella que resultará siendo la *principal experiencia política revolucionaria* del movimiento obrero europeo durante todo el siglo XIX, experiencia desplegada y no casualmente, en Francia, en el país que Marx consideraba que era el *modelo* del desarrollo político burgués, en donde la Revolución Francesa creó la forma más acabada y completa posible de la superestructura política, del Estado y del gobierno *burgueses*, con la división de poderes, el sufragio universal, el voto universal, directo y secreto, el parlamento, los partidos políticos, la igualdad jurídica, y las distintas libertades formales propias de ese mismo orden social burgués. En esa Francia en donde, también según Marx, las luchas de clases y las luchas políticas se llevaban siempre hasta sus últimas consecuencias y hasta su más alto grado de culminación posible.³

Principal experiencia revolucionaria del movimiento obrero europeo en el siglo XIX, que al ser en los hechos la creación, por vez primera en muchos siglos y milenios, de “el gobierno del pueblo por el pueblo” tenderá forzosamente a ser evocada nuevamente, una y otra vez, en cada ocasión en la que las clases y los sectores subalternos de la sociedad ensayen de nuevo la verdadera “toma del poder”, es decir, la construcción del autogobierno popular y el quiebre del monopolio político del mandar y del ejercer el poder.



¹ Sobre este punto, que nos sea permitido remitir a la lectura de nuestro artículo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La nueva democracia de los nuevos movimientos antisistémicos de América Latina”, en la revista *Encrucijada Americana*, año 2, núm. 1, Santiago de Chile, 2008.

² El texto definitivo, así como los dos borradores preparatorios, han sido editados en español, como Carlos Marx, *La guerra civil en Francia*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978, 316 pp. De esta versión están sacadas las distintas citas reproducidas a lo largo de este mismo ensayo.

³ Sobre estas concepciones de Marx respecto de Francia y de la Revolución Francesa, pueden verse, tanto la compilación de textos realizada por Roger Dangeville, Karl Marx y Friederich Engels, *Le mouvement ouvrier français*, 2 tomos, Ed. François Maspero, París, 1974, así como también los textos reunidos por Maximilien Rubel, Karl Marx, *Les luttes de classes en France*, Ed. Gallimard, París, 2007.

Toma del poder por los obreros y por el pueblo que, como Marx insistirá, considerándola además como la primera lección fundamental de esa Comuna parisina de 1871, es imposible sin *destruir completamente* la vieja máquina del gobierno burgués, el viejo Estado capitalista, y toda la vieja superestructura política también burguesa, los que son totalmente barridos y aniquilados, para colocar en su lugar una *muy otra* forma de gobierno y de reconfiguración de las relaciones y realidades antes ocupadas por dicho Estado, e igualmente por dicha superestructura y poder políticos. Es decir, sin “revolucionar la relación del poder con quienes lo ejercen y con quienes lo padecen”, tal y como afirman ahora los sabios compañeros neozapatistas⁴.

Primer intento histórico de destruir el poder político burgués y de construir en su lugar el autogobierno popular, que por lo tanto, será evocado lo mismo por la revolución rusa, al calificar el gobierno de los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos y Soldados de ser su propio gobierno tipo la “Comuna de París”, que por la revolución alemana, por la revolución húngara de la “República de los Consejos”, o por el movimiento de los Consejos Obreros italianos, los que al emular explícitamente la “República de los Soviets” rusa, reenvían

igualmente hacia esa experiencia matriz de la Comuna de París.

Evocación de la Comuna parisina, que retornará igualmente en la Revolución Cultural china y en su intento de reencauzar a la sociedad china por el “camino socialista” y por la “Dictadura del Proletariado”, intento que otra vez, recupera explícitamente ese referente modelo de la experiencia francesa de la Comuna de 1871.

Periplo de experiencias revolucionarias y de movimientos anticapitalistas del siglo XX, que no casualmente, encuentra ahora sus expresiones paradigmáticas más recientes, y sus versiones más contemporáneas, en la experiencia neozapatista de las Juntas de Buen Gobierno, pero también y en distintos grados, en los desarrollos y avances de algunos de los Barrios Piqueteros autónomos argentinos, o en los Asentamientos del Movimiento de los Sin Tierra brasileño, igual que en ciertas tendencias o experiencias de los movimientos indígenas ecuatorianos o bolivianos recientes⁵.

Filiación entonces directa y profunda de estas experiencias y movimientos mencionados, que se hace evidente cuando recuperamos, más de cerca, las principales lecciones teóricas y políticas que Marx deriva



⁴ Dice en este sentido el Subcomandante Insurgente Marcos: “Es necesario construir una nueva cultura política. Esta nueva cultura política puede surgir de una nueva forma de ver el poder. No se trata de tomar el poder, sino de revolucionar su relación con quienes lo ejercen y con quienes lo padecen”, en su “Invitación al Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo”, en mayo de 1996, texto incluido en el libro EZLN. *Documentos y comunicados*, tomo 3, Ed. Era, México, 1997, p. 258.

⁵ Sobre estas experiencias mencionadas, y sobre sus esfuerzos de construir los caminos y las formas del autogobierno popular, y de quebrar y subvertir *desde abajo* las relaciones de poder hoy dominantes, cfr. Subcomandante Insurgente Marcos, *Chiapas: la treceava estela*, Ed. FZLN, México, 2003, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, Ed. *Contrahistorias*, 5ª. Edición, México, 2010, Miguel Mazzeo, *Piqueteros. Notas para una tipología*, Ed. Manuel Suárez, Buenos Aires, 2004, Maristella Svampa, *Entre la ruta y el barrio*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2004, Joao Pedro Stedile, *Brava gente. La lucha de los Sin Tierra en Brasil*, Ed. Desde Abajo, Bogotá, 2003, Ademar Bogo, “Las formas de la democracia interna dentro del Movimiento de los Sin Tierra de Brasil”, en *Contrahistorias*, núm. 14, México, 2010, Marlon Santi, “La Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador: nuevo giro hacia la izquierda”, en *Contrahistorias*, núm. 11, México, 2008, Felipe Quispe, “Bolivia en la encrucijada”, en *Contrahistorias*, núm. 12, México, 2009 y Raúl Zibechi, *Dispersar el poder*, Ed. Quinta Limón, Buenos Aires, 2006.

de esta fundamental experiencia de la Comuna de París⁶, en su célebre libro de *La guerra civil en Francia*. Veamos estas lecciones con más detalle.

DEFINIENDO LA ESENCIA DE LA COMUNA DE PARÍS

Insistiendo en la novedad radical que representa esta experiencia histórica heroica de la Comuna de París de 1871, Marx ha subrayado el hecho de que se trataba de una creación *inédita* y profundamente *revolucionaria*, en la cual, a diferencia de todos los gobiernos anteriormente conocidos, el protagonista ahora era “... el pueblo, actuando para sí y por sí mismo”, es decir “un gobierno del pueblo por el pueblo”, o dicho en otros términos, el verdadero y genuino autogobierno popular⁷.

Primera experiencia sistemática de construcción del autogobierno del pueblo, que al invertir completamente la naturaleza de lo que ha sido, en la larga duración de las sociedades humanas divididas en clases sociales, esa realidad del mando despótico gubernamental, redefinirá, a partir de su propia irrupción, todas las formas y configuraciones posibles del conflicto social en general y de la lucha de clases en particular, dentro de todo el vasto conjunto planetario de las sociedades capitalistas hoy todavía imperantes.

Porque una vez que se abre esa puerta inédita, que da acceso a la posibilidad de que el pueblo se autogobierne, sin *necesidad* alguna de la función e incluso de la

existencia misma de las clases dominantes y explotadoras de la sociedad, se inaugura también la materialización real de la certeza, para todos los sectores, clases y grupos subalternos, de que el cambio social es no sólo posible sino necesario y urgente, de que es factible construir una sociedad diferente, sin gobernantes y sin gobernados, sin mando despótico ni obediencia humillante, y de que el autogobierno popular y la autogestión social que necesariamente lo acompaña, no son utopías y fantasías irrealizables, sino objetivos concretos, posibles y perfectamente alcanzables.

Por eso, Marx insiste en el hecho de que, con esta experiencia de la Comuna de París, e independientemente de su resultado concreto inmediato, ya se ha alcanzado un “nuevo punto de partida” de significado histórico–universal, para todas las ulteriores luchas de la clase obrera y del pueblo en general. Lo que, como ya hemos mencionado, se confirmará con la constante evocación que de esta experiencia harán prácticamente todos los movimientos realmente anticapitalistas y antisistémicos del mundo, posteriores a esta Comuna parisina de 1871.

Experiencia radical de alcances histórico–universales, que en consecuencia, sólo podrá ser adecuadamente aprehendida y definida a partir de varias y sucesivas aproximaciones, las que precisamente llevará a cabo Marx en *La guerra civil en Francia*, lo que explica el hecho de que dicha Comuna de París sea definida en ese mismo texto de varias y diferentes maneras, siempre



⁶ Para medir adecuadamente la enorme agudeza y profundidad excepcional de la interpretación de Marx sobre esta experiencia de la Comuna de 1871, se le puede comparar con algunos otros de los estudios a ella dedicados, de los cuales solo mencionamos, a título de simple ejemplo, Prosper Olivier Lissagaray, *La Comuna de París*, Ed. Txalaparta, Tafalla, 2003, Louise Michel, *La Commune. Histoire et souvenirs*, Ed. La Découverte, París, 1999, Jean Bruhat, Jean Dautry y Emile Tersen, *La Commune de 1871*, Ed. Sociales, París, 1970 y Pierre Kropotkine, *La Commune. Suivie de La Commune de París*, Ed. L'Altiplano, París, 2008.

⁷ Para las dos citas de este párrafo, cfr. Carlos Marx, *La guerra civil en Francia*, ya citada, pp. 154 y 83, respectivamente.

coincidentes y articuladas entre sí, aunque no idénticas ni subsumibles las unas en las otras.

Pues al revisar con cuidado el texto definitivo o tercero de *La guerra civil en Francia*, llama la atención el hecho de que Marx define múltiplemente a la Comuna, primero como el “gobierno de la clase obrera”, o también el “gobierno del pueblo por el pueblo”, para después, en otro momento, afirmar que esa Comuna es la forma positiva de la “República Social”, o de la “República Proletaria”, para abundar también en que se trata de la forma positiva de una “República que suprime la dominación de clase”. Pero también y en otra parte del texto, o en alguno de sus borradores preparatorios, Marx va a calificar a esta Comuna como la “forma política, al fin descubierta, de la emancipación económica

del trabajo”, o igualmente como la “forma política de su emancipación social”, para completar, en otro pasaje incluido en uno de esos borradores citados, con la definición que concibe y explica a la Comuna como “la reasunción del poder estatal por la sociedad”, o también, como “la reasunción del poder estatal por las masas populares mismas”⁸.

Varias definiciones que lejos de contradecirse, convergen y se complementan, aludiendo además a la específica y compleja concepción de Marx sobre ese mundo de realidades y de

relaciones sociales que tradicionalmente se llama el nivel de “lo político”, o de la “actividad política humana”. Nivel complejo y estratificado, que Marx ha investigado y teorizado desde sus primeros escritos⁹, y que le permite distinguir, en este intento de

explicación de la importante experiencia de la Comuna de París, por lo menos cuatro subniveles o planos constitutivos de esa misma esfera social de la política, sobre la cual incide, central y privilegiadamente, dicha experiencia de la Comuna.

Cuatro planos constitutivos de lo político, que van a ser todos ellos revolucionados radicalmente por la Comuna de París, y que abarcan, primero

la forma de *gobierno* estatuida, segundo, la *forma específica del Estado*, tercero, la configuración particular de la *superestructura política* en su totalidad, y finalmente y como cuarto plano, la naturaleza singular de la *encarnación del poder político* aquí involucrada. Cuatro subniveles de la dimensión social de “la política” o “lo político”, que sin confundirse ni equipararse, sí se articulan en cambio coherentemente, para dar expresión a esa actividad humana siempre derivada, dependiente y parasitaria de lo propio social que es justamente dicha “política”, actividad

Cuatro planos constitutivos de lo político, que van a ser todos ellos revolucionados radicalmente por la Comuna de París, y que abarcan, primero la forma de gobierno estatuida, segundo, la forma específica del Estado, tercero, la configuración particular de la superestructura política en su totalidad, y finalmente y como cuarto plano, la naturaleza singular de la encarnación del poder político aquí involucrada.



⁸ Para revisar todas estas definiciones cfr. nuevamente *La guerra civil en Francia* antes citada, pp. 76, 83, 71 y 185.

⁹ A esta luz, vale la pena releer tanto su *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, Ed. Grijalbo, México, 1968, como también el capítulo primero de *La ideología alemana*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974, así como su *Miseria de la filosofía*, Ed. Siglo XXI, México, 1979.

que los hombres inventaron junto con las sociedades divididas en clases sociales, y que según afirma el propio Marx, habrá de desaparecer también con la extinción de estas mismas clases sociales y de su secular y milenarío antagonismo¹⁰.

Estratos múltiples de la actividad política, que son todos impactados y revolucionados radicalmente por la Comuna parisina, la que al “tomar el poder”, incide necesariamente y de distintas maneras sobre esos cuatro estratos referidos. Lo que explica entonces el acertado énfasis de Marx, al insistir en el hecho de que una primera lección esencial de la Comuna, es que el proletariado, o la clase obrera, o las clases populares, no pueden limitarse “simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado, tal y como está, y a servirse de ella para sus propios fines”, sino que deben *imperativamente destruirla* totalmente, para ubicar en su lugar algo radicalmente diferente y diverso.

Porque es claro que al acometer esa tentativa heroica de “tomar el cielo por asalto”, que Marx tanto admiró, la Comuna de París no sólo destruye y sustituye al anterior gobierno burgués, sino que también y al mismo tiempo aniquila el antiguo Estado igualmente burgués, y desmonta a toda la superestructura política, burguesa, hasta ese momento vigente, deslegitimando y revolucionando de raíz, también, el modo mismo del poder político imperante cuya naturaleza es, lógicamente, también de orden burgués.

Así, al “tomar el poder”, los obreros parisinos inciden en primer lugar sobre la forma de gobierno, es decir, sobre la modalidad concreta del ejercicio del dominio político, modificando tanto el

modo en que se estructura la relación de mando y obediencia, como también las figuras específicas de quién y cómo se toman las decisiones políticas fundamentales. Pues esas formas de gobierno, que pueden ser democráticas, o monárquicas, o dictatoriales, o aristocráticas, o republicanas, u oligárquicas, entre otras, son precisamente las que determinan tanto ese proceso de toma de decisiones, como dicha forma del mandar y el obedecer. Entonces, y frente a las viejas y anquilosadas formas de gobierno, tanto del Segundo Imperio de Napoleón el pequeño, como del traidor gobierno provisional burgués, la Comuna de París va a instaurar en cambio la forma del autogobierno popular, es decir el autogobierno de la clase obrera y de todo el pueblo de la ciudad de París.

Al mismo tiempo y en un segundo nivel, esa toma del poder por parte del pueblo de París, destruye de un golpe a la forma del Estado burgués, al aniquilar y dismantelar de inmediato al órgano o instrumento del sometimiento político ejercido por la burguesía sobre el proletariado y sobre toda la sociedad, instrumento que en tanto verdadera “máquina de guerra” del capital sobre el trabajo, reproduce el monopolio del control político para las clases ricas y explotadoras de la sociedad, y el despojo y la desposesión de ese control para la vasta base subalterna de la pirámide social. Monopolio del control político, que le permite a la burguesía o a las clases ricas de la sociedad, definir la lógica, el sentido y los modos de resolver los asuntos “públicos”, sesgando todo esto en beneficio del mantenimiento del injusto orden clasista dominante. Destrucción radical de esta forma del



¹⁰ Sobre esta tesis de Marx, de la “muerte de la política”, expuesta precisamente en los textos citados en la nota anterior, y también en sus *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, tres tomos, Ed. Siglo XXI, México, 1971-76, cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *América Latina en la encrucijada*, Ed. ContraHistorias, 7ª edición, México, 2009, en especial el capítulo 3 “La muerte de la política en el contexto de la América Latina contemporánea”, pp. 79-90.

Estado, y en este caso histórico concreto del Estado burgués, con todo su cortejo de instituciones represivas, de control, de adoctrinamiento, y de sesgada administración de los asuntos públicos, que en este caso no es sustituida por ningún otro tipo de Estado, sino más bien y como veremos después por unas muy otras formas de gestión y de resolución de esos mismos asuntos colectivos de la comunidad, es decir por una peculiar y muy clara forma de lo que podríamos llamar un anti-Estado, o un verdadero no-Estado¹¹.

Igualmente y en un tercer plano, la irrupción de la Comuna de París y su heroica acción de hacerse con el poder político en 1871, impacta también en todo el conjunto de lo que Marx llamó la superestructura política, la que más allá del sólo aparato estatal incluye además a los partidos políticos, al parlamento y a la propia lógica de estructuración de todo el espacio global de lo político mismo, para conformar a todo ese mundo de estructuras y relaciones derivadas y parasitarias de las fuerzas, los movimientos, las clases, los grupos y los sectores estrictamente sociales, que recientemente han sido designados bajo el concepto de la “sociedad civil”. Superestructura política que como Marx ha repetido muchas veces, no es nunca una verdadera totalidad, es decir, no es una realidad que contiene en sí misma las premisas de su propia explicación, remitiéndonos siempre, para la comprensión de su dinámica profunda y de su sentido y funcionamiento más generales,

a diversas y siempre externas dimensiones o realidades extrapolíticas.

Superestructura política que también será aniquilada por la Comuna, al disolver de un golpe los principios profundos en los que ella se sustenta, y que han hecho de la “actividad política” de los hombres una actividad elitista, espectacular, episódica, profesionalizada y reproductora de las dicotomías ya antes señaladas, del mando despótico y la obediencia humillante, y del control político monopólico y la desposesión de la autonomía para las grandes mayorías sociales¹².

Finalmente, y referida a un cuatro estrato de lo político, la experiencia parisina de 1871 también desconstruye y deslegitima la existencia misma del poder político en cuanto tal, es decir la encarnación o materialización forzosamente perversa y desfigurada del poder social, emanado del vínculo y del intercambio humanos, bajo esta figura específica como poder político en tanto que tal. Pues al transformar radicalmente la forma de gobierno anterior, destruyendo a la vez a la forma del Estado, y aniquilando de un golpe a toda la antigua superestructura política, lo que la Comuna hace, es cuestionar también en su centro esa división y duplicación de lo social y lo político, devolviendo las anteriores funciones cumplidas por la “política” al propio cuerpo social directo, y haciendo totalmente inútil e innecesaria esa expresión deformada de lo propio social como “político”. Cuestionando, en suma, el hecho mismo de que el poder social deba o incluso



¹¹ Como es bien sabido, este tema será uno de los temas *centrales* discutidos por Lenin en las vísperas mismas del triunfo de la Revolución Rusa, y frente al espectáculo de la emergencia imponente del poder paralelo de los Soviets de Diputados, Obreros, Campesinos y Soldados, por ejemplo en su libro *El Estado y la revolución*, Ed. Progreso, Moscú, 1978.

¹² Sobre este punto, vale la pena revisar el fino y agudo ensayo de Bolívar Echeverría Andrade, “Lo político en la política”, incluido en la revista *Chiapas*, núm. 3, México, 1996.

pueda llegar a expresarse como poder político en tanto tal¹³.

Duplicación del poder social y proyección desfigurada del mismo como poder político, frente a la cual la Comuna desplegará una forma del poder que va exactamente en sentido *inverso*, al reunificar nuevamente poder político y poder social, por la vía de disolver y reabsorber las funciones del primero en el segundo.

Cuatro estratos o niveles de la dimensión de lo político humano igualmente subvertidos y revolucionados por la acción de la Comuna de París, que de modo para nada casual, volverán a nuestra memoria cuando intentamos descifrar y explicar las actuales experiencias latinoamericanas que intentan hoy transformar, de modo realmente revolucionario y antisistémico, a las distintas sociedades de América Latina, y con ellas, naturalmente, a esa esfera de la actividad política de esas mismas sociedades.

Intentos diversos de crear sociedades que sean, además de libres de la explotación capitalista, también sociedades *autónomas* y autogestivas en lo social y en lo “político”, que encuentran entonces pistas fundamentales a explorar, en esta misma experiencia de la Comuna de París, lo que amerita entonces que prosigamos con el examen de algunas otras de sus principales lecciones, las que han sido analizadas y desarrolladas cuidadosamente por Marx, en su texto de *La guerra civil en Francia*.

LA COMUNA COMO GOBIERNO BASADO EN LA DEMOCRACIA DIRECTA

Dado que la Comuna de París se ha

construido a partir de la decisión de todo el pueblo de París de retomar en sus manos la conducción de sus propios destinos, entonces la forma de gobierno que a ella corresponde, es lógicamente la forma democrática, la forma de gobierno de la democracia. Pero se trata, y en esto estriba su novedad radical, de una forma muy otra de dicha democracia, de una democracia que después de siglos y milenios de deformación y de vaciamiento de su contenido original, va a retomar nuevamente su verdadero y estricto sentido original, conformándose como un auténtico “gobierno del pueblo por el pueblo”, tal y como Marx lo define en *La guerra civil en Francia*.

Verdadero autogobierno popular, que no sólo resignifica y redefine totalmente a ese término de la “democracia”, sino que también se contrapone en toda regla a la forma de gobierno burguesa de la democracia formal, representativa, delegativa y limitada que ha dominado en el capitalismo durante los doscientos años posteriores a la Revolución Francesa, e incluso, hasta nuestros propios días. Democracia de nuevo tipo, la de la Comuna de París, que además y no casualmente, se asemeja de manera notable a la democracia directa y asamblearia defendida y practicada hoy, por ejemplo, por los dignos indígenas rebeldes neozapatistas de México, pero también, por los otros movimientos antisistémicos de América Latina recién mencionados.

Pues si comparamos, de un lado, la limitada y hoy ya caduca y anacrónica democracia burguesa, y del otro, la democracia construida tanto por la Comuna de París como después por las Juntas de Buen



¹³ Para este problema, resulta especialmente útil la relectura de los trabajos de Michel Foucault, de los cuales sólo mencionamos aquí, *Vigilar y castigar*, Ed. Siglo XXI, México, 1993, *Microfísica del poder*, Ed. La Piqueta, Barcelona, 1992, *Estrategias de poder*, en *Obras esenciales*, vol. 2, Ed. Paidós, Barcelona, 1999, *Seguridad, territorio, población*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006 y la entrevista “El problema del poder”, en *ContraHistorias*, núm. 12, México, 2009.

Gobierno neozapatistas, nos llamará la atención la obvia y radical contraposición entre la primera y las otras dos, pero también la enorme similitud entre la segunda y la tercera. Radical oposición de un lado, y profunda semejanza y parentesco del otro, que se explican en ambos casos por la función y por el fundamento en que ellos se apoyan, sea como mecanismo gubernamental del dominio político despótico, o en la otra vertiente, como ejercicio autónomo y libre del autogobierno popular.

Y entonces, mientras la democracia burguesa es episódica y efímera, concretándose etéreamente cada tres, cuatro o seis años, en que convoca a elegir representantes lejanos, ajenos, sin control y sin contacto con los electores, la democracia real y directa de la Comuna de París, y también la de los nuevos movimientos antisistémicos latinoamericanos, es en cambio una democracia permanente y efectiva, en la que todos los representantes son elegibles, responsables y revocables en cualquier momento, siendo así controlados y supervisados constantemente por los propios colectivos que los han elegido.

Se trata entonces, de una verdadera revolución *profunda* del concepto mismo de la representatividad, y de la representación política y social en general. Pues a partir de la sencilla implementación de estas prácticas lógicas, de poder ser llamado a cuentas y también de poder ser revocado del cargo en cualquier momento, esta representación se vuelve nuevamente una representatividad real y orgánica, que elimina la lejanía, ajenidad y falta de control de los

representantes, para sustituirla por su exacto contrario, el de la cercanía, interioridad y supervisión real de esos mismos representantes. Por eso, es lógico que este primer rasgo de la democracia directa, descubierto por la Comuna, nos recuerde de inmediato al principio neozapatista del Buen Gobierno que proclama la exigencia de “Representar y no Suplantar”¹⁴.

Un segundo trazo de la democracia capitalista es el de ser una democracia *delegativa*, que no sólo elige representantes ajenos y lejanos a sus electores, sino que además delega en ellos todo el poder de decisión y de determinación sobre los distintos problemas del colectivo. En cambio, la Comuna de París va a ser una democracia directa y que gira en torno de la Asamblea Popular como su instancia central de toma de decisiones, decisiones que entonces corresponden siempre al colectivo mismo, las que mediante mandato imperativo son transmitidas e impuestas a los representantes, los que están obligados a acatarlas e implementarlas, al estar directamente controlados por los mecanismos de la rendición de cuentas y de la revocabilidad permanentes. Centralidad principal de la Asamblea sobre el proceso de la toma de las decisiones fundamentales, y control directo y permanente sobre sus representantes, que son claros trazos coincidentes con el principio neozapatista de “Obedecer y no Mandar”.

Formas de la democracia asamblearia o directa de la Comuna y del neozapatismo, que cuestionan precisamente la principal deformación que la democracia sufrió desde su original invención en los lejanos tiempos



¹⁴ Sobre los siete principios del buen gobierno neozapatista, que aquí intentamos comparar y emparentar con las formas del autogobierno obrero y popular de la Comuna de París, y sobre sus implicaciones principales, pueden verse, por ejemplo, las distintas ponencias de los compañeros presentadas en la Mesa “La Autonomía y el Otro Gobierno” del Primer Encuentro de los Pueblos Zapatistas con los Pueblos del Mundo, disponibles en el sitio del EZLN: www.ezln.org.mx, y también nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, antes ya citado.

de la Grecia antigua, y que la convirtió en esa democracia *delegativa y lejana* del verdadero autogobierno popular, que no correspondía a su sentido etimológico estricto, y que sustituyó siempre el genuino autogobierno del pueblo con gobiernos vacíos y retóricos, que sólo de palabra declaraban gobernar “en nombre del pueblo”, “para el pueblo”, “en representación del pueblo” y así por el estilo.

Por eso, un tercer trazo de esta democracia burguesa es el de ser puramente formal, habiendo llegado al punto en el que los supuestos representantes del pueblo son siempre miembros de las propias clases dominantes, o en todo caso sus personeros sometidos, lo que llevó a Lenin a afirmar que esta democracia era tan sólo el proceso en el cual cada cierto número de años, las clases populares elegían a los nuevos amos que habrían de despreciarlas y de oprimirlas, durante los cuatro, o seis, o tres años subsecuentes.

Lo que una vez más, contrasta totalmente con la democracia real de la Comuna, que elige como sus representantes no a políticos, ni a miembros de la clase enemiga, sino a elementos de su propia clase, a simples obreros y ciudadanos del pueblo común, los que orgullosamente reivindican ser simples “desconocidos”, agregando, retadoramente, que lo son a igual título en que lo fueron “los Apóstoles” reclutados por Jesucristo, tal y como lo refiere Marx en uno de sus borradores del texto de *La guerra civil en Francia*. Obreros y gente del pueblo, a los que éste último sí conoce y apoya realmente, y a los que les pide cuentas y controla bajo los mecanismos ya antes descritos. Democracia real, de hombres y mujeres del pueblo, que se asemeja enormemente a la experiencia neozapatista de los miembros componentes

de sus Juntas de Buen Gobierno, y que funda su exigencia constante a todos ellos de “Bajar y no Subir”.

También, un cuarto trazo de la democracia burguesa que Marx va a señalar y a criticar en sus análisis, es el hecho de que se trata de una democracia cara, abultada, lenta en su funcionamiento, y enorme y torpe en el conjunto de su acción. Pues a partir del gran ejército de funcionarios, de policías, de magistrados, de burócratas, de clérigos y de soldados que la componen, esa democracia se aparece como un desmesurado edificio, laberíntico y complicado, de funcionamiento difícil y a veces misterioso, que desangra los recursos de la sociedad civil, a cambio de su torpe funcionamiento y de su propia existencia¹⁵.

En cambio, y en las antípodas de esta democracia cara e hipertrofiada, la democracia de la Comuna es una democracia muy barata, al reducir el salario de todos sus miembros al salario de un obrero promedio, pero también al simplificar enormemente las funciones de gobierno, reduciendo drásticamente el número de los llamados “servidores públicos”, y aligerando y transparentando radicalmente esas mismas tareas de gobierno, al redefinirlas del modo en que hasta aquí hemos ya explicado. Simplificación y abaratamiento de la democracia, que una vez más nos recuerda otro de los principios neozapatistas del buen gobierno, que propone a aquellos que realizan esa tarea del buen gobierno, la máxima de “Servir y no Servirse” en términos económicos, pero también en términos sociales y generales.

El quinto rasgo de la democracia burguesa, también acotado por Marx, es el de ser una



¹⁵ Sobre este punto cfr. también la crítica implacable de los falsos misterios y el carácter hipertrofiado de la burocracia capitalista, contenida en el texto de Carlos Marx, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, antes ya citado.

democracia profundamente jerárquica, al modo de una pirámide escalonada de esos ejércitos ya mencionados de burócratas, magistrados, clérigos, etcétera, que se clasifican y distribuyen en cuadros o mandos altos, medios y bajos, creando toda una serie de rituales, de símbolos y de parafernalias, **r e p r o d u c t o r e s** y evidenciadores de esas mismas jerarquías ridículas y anacrónicas.

Y esto, a diferencia de la democracia niveladora e igualitaria, tanto de la Comuna de París como del neozapatismo mexicano, en donde todos los funcionarios, sin excepción, son elegibles, responsables y revocables en todo momento, estando por lo tanto sometidos a un único e idéntico criterio y rasero, el que se complementa con la correspondiente equiparación de sus salarios, los que son todos iguales, es decir el salario de un obrero promedio. Con lo cual se elimina de golpe toda la división, segmentación, jerarquización y distinciones propias de la democracia burguesa, recordándonos en su lugar el principio neozapatista del buen gobernar, que propone a sus miembros “Unir y no Dividir”.

Y esto, a diferencia de la democracia niveladora e igualitaria, tanto de la Comuna de París como del neozapatismo mexicano, en donde todos los funcionarios, sin excepción, son elegibles, responsables y revocables en todo momento ...

Otro rasgo de la democracia capitalista y burguesa, también criticado por Marx, es el hecho de que ella funciona sobre todo a partir de criterios *cuantitativos y abstractos*, lo que se corresponde muy armónicamente

con el predominio, a nivel de la economía capitalista, de la lógica del valor, lógica igualmente abstracta y cuantitativista de modo estructural. Una democracia mucho más cuantitativa que cualitativa, que aplica **m e c á n i c a** y abstractamente el **p r i n c i p i o** del apabullamiento de la

minoría por la mayoría (así sea, esta última, de 51% de la población contra 49% de la minoría), y que lo que produce recurrentemente es la polarización y el desgarramiento de las sociedades humanas, creando el absurdo e irresoluble conflicto entre el supuesto interés general y los pretendidos intereses particulares. Lo que, como se ha hecho evidente en los últimos tiempos, sólo lleva al agotamiento y parálisis políticos de las sociedades, y a su división y confrontación permanentes y difícilmente resolubles¹⁶.



¹⁶ Por eso, los teóricos burgueses de la ciencia política oficial, se entretienen registrando esta crisis actual de la democracia, declarándola como una realidad ya exhausta o agotada, o cuyo ciclo histórico se habría cumplido, pero sin ser capaces, ni de buscar ni de encontrar la salida, en el campo de los movimientos antisistémicos actuales y anteriores, y de sus experiencias concretas de cambio. Y esto ¡ciento cuarenta años después de la Comuna de París, o noventa años después de las experiencias de los Soviets rusos y el Poder Soviético, o de los Consejos alemanes y de la Comuna de Berlín, o de la experiencia histórica de la República de los Consejos de Hungría, o de los logros de los Consejos de Fábrica turineses! Sobre estas importantísimas experiencias mencionadas, cfr. a modo de simples ejemplos, Vladimir Ilich Lenin, “Cartas desde lejos” en *Obras completas*, vol. 24, Ediciones Salvador Allende, México, sin fecha, “La dualidad de poderes” y “Las tareas inmediatas del poder soviético”, ambos en *Obras escogidas*, tres tomos, tomo 2, Ed. Progreso, Moscú, sin fecha, León Trotsky, “El soviet de Petersburgo de 1905” en el libro *Control Obrero, Consejos Obreros, Autogestión*, Ed. Era, México, 1974, Rosa Luxemburgo, “¿Qué quiere la Liga Espartaquista?” en el libro *Táctica revolucionaria*, Ed. Roca, México, 1975, Dominique Gros, *La Révolution prolétarienne en Hongrie (mars –août 1919)*, en la serie Les Cahiers du CERMTRI, núm. 97, 2000, y Antonio Gramsci “El Consejo de Fábrica”, “El Programa del Ordine Nuovo” y “El Movimiento Turinense de los Consejos de Fábrica”, todos ellos incluidos en el libro *Control Obrero, Consejos Obreros, Autogestión*, recién citado.

Frente a lo cual, la democracia de la Comuna de París será una democracia predominantemente cualitativa, concreta, e incluso y de manera espontánea, tendencialmente consensual. Puesto que al estar basada en la Asamblea General como su máximo órgano deliberativo y decisorio, entonces todas las decisiones se toman no por absurdas, abstractas y mecánicas mayorías, sino mediante el constante ejercicio del diálogo inteligente, de la interpenetración de posiciones divergentes o hasta encontradas, y de una explícita búsqueda del consenso, o por lo menos del semiconsenso, basada en razones cualitativas y en argumentos y análisis concretos, en donde el punto de vista de las minorías vale tanto como el de las mayorías, y en donde mediante ese ejercicio dialógico constante, se tiende a reunificar y a hacer coincidir el “interés general” con los “intereses particulares”. O dicho, una vez más, en términos de los principios del buen gobierno neozapatista, a partir de una lógica inteligente de “Convencer y no Vencer”.

Finalmente, el séptimo trazo de la democracia burguesa y capitalista, es el de ser una democracia lejana, extraña, y sobre todo mistificadora del real quehacer gubernamental, el que de manera falsa e intencionalmente sesgada, se quiere presentar como una tarea muy difícil, intrincada, extremadamente compleja y sofisticada, y por lo tanto, sólo apta para seres muy altamente calificados y largamente preparados para ello. Pero este es otro de los tantos mitos ridículos que la Comuna de París hace trizas, con su simple y saludable irrupción.

Porque la democracia de la Comuna, por el contrario, es una democracia cercana,

fácilmente inteligible, y sobre todo desmistificadora y desacralizadora de esas funciones de gobierno, las que ahora son llevadas a cabo por simples obreros, que resuelven de buena fe y con criterio práctico e inteligente, todos los asuntos colectivos, y con ello, todas las tareas de gobierno necesarias y posibles. Lo que se cumple a partir de la lógica del séptimo principio neozapatista del buen gobierno, que postula que hay que “Proponer y no Imponer”, lo que además, materializa de manera muy concreta y evidente el objetivo del autogobierno popular, ahora concretado en el hecho de que sucesivamente y por turnos, absolutamente todos los ciudadanos, sin excepción, cumplen esas tareas de gobierno, y gobiernan sencilla y racionalmente, haciendo entonces realidad la tesis de que todos somos gobierno y de que el gobierno somos realmente todos.

Desplegando entonces todos estos rasgos mencionados, de la muy vieja y también muy nueva *democracia directa*, característicos del verdadero autogobierno popular, la Comuna de París da forma a ese genuino gobierno del pueblo y para el pueblo, que según Marx quiebra absolutamente con “...la ilusión de que la administración y el gobierno político eran algo misterioso, funciones trascendentes que no se podían confiar sino en las manos de una casta entrenada de parásitos estatales, de sicofantes abundantemente pagados, y de sinecuristas que, colocados en los cargos superiores, absorbían la inteligencia de las masas y la volvían contra ellas mismas, en los rangos inferiores de la jerarquía”¹⁷.

Pasemos a ver ahora, en un segundo momento, la revolución operada por la Comuna de París respecto del plano de las



¹⁷ Para esta cita de Marx, cfr. el “Primer borrador de La guerra civil en Francia”, en *La guerra civil en Francia*, ya citado, p. 189.

formas del Estado burgués en particular, pero también, de la forma misma del Estado en general.

LA COMUNA Y LA DESTRUCCIÓN RADICAL DEL ESTADO

Al tratar de caracterizar, en el plano de lo que son las formas de Estado y más allá de las formas de gobierno, a la Comuna de París, Marx la concibe como una “República Obrera”, o también como una “República Proletaria”, lo mismo que como la forma al fin descubierta de la “República Social”, o también, de la por él postulada dos décadas atrás “Dictadura del Proletariado”. Lo que entonces nos aclara más precisamente, qué es lo que Marx entiende por este concepto de forma de Estado.

Pues en este nivel de las formas generales estatales, no se trata ya simplemente de las formas de ejercicio de la dominación, o de las modalidades concretas del mando y la obediencia, sino más bien del contenido de clase profundo de dichas formas de dominación, y por ende, de la estructuración clasista singular del monopolio de la violencia, del sometimiento, y del control

político de una sociedad en general.

Por eso, para Marx es obvio que ese control político por parte del proletariado o del pueblo, deberá adoptar la forma de una República social o proletaria, u obrera, la que será el soporte de la forma de gobierno de una democracia, también obrera, o proletaria, o popular. República social que además, no sólo se contrapone radicalmente a la República burguesa, y más en general a toda forma posible del Estado burgués, sino que también adoptará una forma que, por sus diferencias radicales frente al Estado burgués, e incluso al Estado de clase o clasista en general, bien puede caracterizarse como una forma de no-Estado, o de anti-Estado, o también como dirá Lenin, de “disolución del Estado”, y por lo tanto, de negación en acto y en proceso de toda forma estatal posible.

De este modo, frente al Estado burgués, al que Marx concibe directamente como “un instrumento de guerra del capital contra el trabajo”, y también como la “máquina estatal”, u “órgano de clase” para la opresión y dominación burguesas sobre el proletariado¹⁸, va a erigirse la Comuna como forma directa y como tentativa concreta de



¹⁸ Marx caracteriza muy claramente al Estado burgués, como la máquina o instrumento de la dominación burguesa sobre el proletariado, y sobre todo el pueblo en general. Cfr. por ejemplo, *La guerra civil en Francia*, ya citada, pp. 181-191. Pero como lo estamos viendo aquí, esta definición sólo alude a una de las tantas dimensiones y funciones de ese Estado burgués, la que sin duda es una dimensión central e ineludible en todo análisis posible de este mismo Estado, pero no la única. Por eso, resulta extraña la crítica de los teóricos políticos modernos, que pretenden criticar a Marx por esta tesis, afirmando que es una visión reductora o simplista del Estado. Y esto, cuando Marx maneja el complejo y estratificado esquema que aquí intentamos reconstruir, y cuando es Marx el que en otros textos suyos ha calificado también a ese Estado burgués de ser una forma de la “comunidad ilusoria”, o también de ser la “síntesis o resumen oficial” de la sociedad civil, en sus textos ya antes referidos de *La ideología alemana* o de *La Miseria de la filosofía*, entre varios otros. Y también cuando, tanto Lenin como Gramsci, entre varios otros autores marxistas, han intentado por vías diversas reconstruir esa compleja visión de Marx, tanto sobre el Estado burgués y el Estado de clase en general, como sobre la política y lo político en general. Sobre toda esta problemática, cfr. Vladimir Ilich Lenin, *El Estado y la revolución*, ya antes citado, *Sobre el Estado*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1974, y el texto de su participación en el “I Congreso de la Internacional Comunista”, en *Obras escogidas*, tres tomos, ya antes citado, vol. 3, pp. 145-159, y también Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Ed. Juan Pablos, México, 1998.

negación radical de ese Estado, de su *abolición y destrucción completas*, y en esta vía, como esfuerzo de sustitución absoluta de dicha máquina estatal, no sólo burguesa sino en general, por una estructura tan diversa, tan antitética de este órgano estatal, que ya no puede ser nombrada con ese mismo término y concepto de “Estado”.

Por eso, Marx será muy reiterativo en contraponer a las distintas revoluciones burguesas, que sólo depuran, perfeccionan y ponen a punto a dicho Estado burgués, con la revolución proletaria, la que tomando un camino radicalmente diferente, más bien desmonta y desestructura desde sus propias bases a los fundamentos generales de ese Estado burgués, e incluso de todo Estado de clase posible. Y entonces, frente a la creciente centralización y multiplicación de funciones del Estado burgués, que lo convierte en un “paralizante íncubo” según las palabras de Marx, que le roba funciones a la sociedad, y que crece y crece hipertrofiadamente, la Comuna de París va a instaurar la máxima descentralización de funciones y la mayor desconcentración de las tareas, bajo un esquema y una lógica que lo que promueve es, al contrario del Estado burgués, la mayor autonomía y autogestión, y autogobierno posibles, de los distintos estratos, grupos, capas y clases sociales, y de las diferentes regiones, partes y miembros diversos del entero cuerpo social.

También, y directamente conectado con esta centralización y crecimiento desmesurado del Estado, se da su progresiva

“independización” de la sociedad, lo que lleva a Marx a calificarlo de ser un verdadero “aborto social”, y una clara “excrecencia parasitaria” de la propia sociedad. Frente a lo cual, la Comuna va a avanzar en el sentido exactamente opuesto, promoviendo la reabsorción de las antiguas “tareas estatales” por parte de toda la sociedad, y devolviéndole a esta última todo el protagonismo que le fue expropiado durante siglos y milenios, por todas las variantes de los Estados clasistas derivados del antagonismo entre las clases sociales, y naturalmente, también por el moderno Estado burgués.

Relanzamiento del protagonismo del cuerpo entero de la sociedad, por la vía de la promoción de sus prácticas y dimensiones autónomas y autogestivas¹⁹, que igualmente quebrará los procesos propios del Estado burgués, respecto de la multiplicación y sofisticación de funciones inútiles e innecesarias, y de creación de un falso halo de misterio y mistificación de todo el aparato estatal, para sustituirlos, en cambio, por una simplificación de las tareas y por su reducción a lo realmente necesario, junto a la desmistificación y destrucción de ese falso misterio de lo estatal, por medio de la transparencia y de la acción sencilla, organizada e inteligente de los propios obreros y del pueblo en general.

Proceso de destrucción total del Estado burgués por parte de la Comuna de París, y creación diversa de otro modo radicalmente distinto de encarar y acometer las antiguas



¹⁹ Para darse una idea de las muy diversas vías, no siempre bien encaminadas, por las que ha avanzado esta reflexión sobre la *autonomía* y la *autogestión* en tanto formas alternativas al actual dominio del Estado burgués, cfr. sólo a título de algunos ejemplos posibles, Cornelius Castoriadis, *Escritos políticos*, Ed. Los libros de la Catarata, Madrid, 2005, Miguel Mazzeo, *El sueño de una cosa. Introducción al poder popular*, Ed. El perro y la rana, Caracas, 2007, Pierre Rosanvallon, *La contrademocracia*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2007, y Miguel Benasayag y Diego Sztulwark, *Du contre-pouvoir*, Ed. La Découverte, París, 2003.

“funciones estatales”, que de paso, arrojan luz sobre el debate reciente respecto de la “toma del poder” por parte de los actuales movimientos anticapitalistas y antisistémicos hoy existentes en todo el mundo, los que tienen su claro destacamento de vanguardia en el hoy privilegiado espacio de nuestra América Latina²⁰. Pues de acuerdo a las lecciones de Marx, en este texto suyo de *La guerra civil en Francia* que aquí comentamos, es claro que dicha “toma del poder” no significa la simple ocupación, o control, o apoderamiento, o dirección del viejo Estado burgués, y ni siquiera tampoco la creación y luego control, ocupación, o dirección, de un “nuevo Estado” ahora proletario, o progresista, o popular, sino más bien y como lo explica detenidamente Marx, la *destrucción radical* del Estado capitalista, e incluso de *todo tipo de Estado posible*, y la creación, en su lugar, de un simple órgano de gestión inteligente de los asuntos colectivos, órgano que reabsorbe lo antiguamente político dentro de lo social, y que reinstaura el protagonismo directo del propio cuerpo social, en el cumplimiento y resolución de las antiguas “funciones estatales”, ahora reconvertidas en simples tareas sociales de autogestión y autogobierno directos.

Lo que permite entender claramente la tesis neozapatista de que ellos, más que querer “tomar el poder”, lo que intentan es “revolucionar el poder desde abajo”, tesis que se corresponde perfectamente, tanto con la obra práctica y los avances concretos alcanzados por esta Comuna de París, como también con su teorización y explicitación por parte de Marx en el libro de *La guerra*

civil en Francia. Obra práctica de real *disolución del Estado y de lo político* dentro de lo propio social, que salta a los ojos cuando comparamos ahora, de un lado el funcionamiento específico y el modo de existencia de los diferentes órganos del Estado burgués, y del otro, el de los alternativos y sustitutivos órganos y modos de existir y funcionar de la Comuna parisina de 1871. Y también, y no casualmente, de las Juntas de Buen Gobierno, y de los Municipios Autónomos Rebeldes neozapatistas.

Así, mientras que el Estado burgués se apoya para su existencia y su salvaguarda, en un ejército profesional alejado del pueblo y opuesto a él, y en una policía también divorciada de la población y que le infunde miedo a ésta y la reprime periódicamente, la Comuna de París, en cambio, toma como su *primera medida la de la supresión* de estos dos cuerpos, la policía y el ejército, y la de su sustitución por parte del pueblo en armas. Lo que de modo fáctico y evidente, ejemplifica y materializa cómo lo antes “político” se vuelve inmediatamente social, y es ahora reabsorbido por la sociedad misma, adquiriendo con ello un carácter diametralmente opuesto a todas sus formas anteriores, e imposible de encuadrar en los viejos conceptos y términos.

Porque el pueblo en armas ya no es un ejército en el sentido estricto y tradicional de este término, como no es tampoco una policía, en el sentido hasta aquí considerado bajo este nombre. Más bien y en la lógica ya referida anteriormente, ese pueblo armado es la antítesis misma y la negación absoluta tanto del ejército como de la policía en tanto



²⁰ Sobre este rol de *frente de vanguardia de las luchas antisistémicas mundiales*, que hoy le corresponde ocupar a nuestra América Latina, que nos sea permitido volver a referirnos a nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *América Latina en la encrucijada*, ya antes mencionado.

que tales²¹. Y vale la pena subrayar, como lo hace también Marx, el hecho de que con esta supresión de la policía y del ejército, y con la organización de las milicias populares que sustituyen a ambas, París vivió su época más segura y tranquila, disminuyendo casi totalmente los robos, los asaltos y las riñas callejeras, y prevaleciendo un orden interno y una calma general nunca antes conocidas en la célebre ciudad luz.

Sustitución de los cuerpos represivos del viejo Estado burgués por el pueblo en armas, que no casualmente nos recuerda de inmediato al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el que no sólo es una clara estructura del pueblo indígena chiapaneco ahora en armas, sino también un ejército que de manera consciente y explícita reniega de sí mismo y de todo ejército posible, autoproclamándose como “la guerrilla más pacífica del mundo”, y declarando en reiteradas ocasiones que es un ejército que

Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el que no sólo es una clara estructura del pueblo indígena chiapaneco ahora en armas, sino también un ejército que de manera consciente y explícita reniega de sí mismo y de todo ejército posible...

lucha precisamente por autonegarse y autodisolverse a sí mismo, y más en general, por crear un mundo nuevo en el que no sea ya posible, nunca más, la existencia misma de ejércitos²².

También, y frente a la enorme e hipertrofiada realidad que representa la burocracia moderna de ese Estado burgués, que hace más lenta, difícil, torpe y complicada inútilmente, toda la resolución de los asuntos públicos, enredando innecesariamente los problemas, y rodeándose todo el tiempo de una falsa aura de misterio y de supuesta complejidad de sus tareas, frente a toda esta parafernalia del aparato burocrático capitalista y burgués, contrasta totalmente el trabajo de la Comuna parisina, en la que simples obreros y ciudadanos, pagados con el salario de un miembro



²¹ Todavía hoy se discute, en relación a esta necesaria y saludable supresión del ejército y de la policía, y de su sustitución por el pueblo en armas o milicias populares, respecto de la suerte y el destino que pudiese haber tenido la revolución chilena de 1970-1973. Pues si Salvador Allende hubiese armado al pueblo en 1973, tal y como se lo proponía el Movimiento de Izquierda Revolucionaria chileno, quizá eso habría cambiado toda la historia ulterior de Chile, hasta hoy. Sobre este punto, cfr. el libro *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, MIR, Ed. Lom, Santiago de Chile, 2004. Un tema que además, es interesante reflexionar respecto de los gobiernos supuestamente de izquierda que hoy se desarrollan en varios países de América Latina, como los de Hugo Chávez, Evo Morales o Rafael Correa entre otros, los que han dejado intactos no sólo al antiguo ejército y a la antigua policía, sino a *todo el conjunto* de los órganos y aparatos del Estado burgués anterior, limitándose precisamente a “tomarlo” u “ocuparlo”, con lo cual han terminado reproduciendo al capitalismo venezolano, o boliviano, o ecuatoriano, aunque en una variante más socialdemócrata y menos neoliberal que los gobiernos que los habían antecedido. Sobre este punto, cfr. nuevamente nuestra obra, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *América Latina en la encrucijada*, ya citado, y también la entrevista a Bolívar Echeverría Andrade, “El socialismo del siglo XXI es un capitalismo cristiano corregido” en el suplemento *Líderes* del diario *El Comercio* de diciembre de 2008, en www.revistalideres.ec.

²² Esta es una postura reiterada muchas veces por el neozapatismo. Al respecto, y sólo como algunos ejemplos posibles entre muchos otros, cfr. los textos del Subcomandante Insurgente Marcos incluidos en el libro *EZLN. Documentos y comunicados*, tomo 1, Ed. Era, México, 1994, pp. 161-62, 166 y 320.

promedio de la clase trabajadora, resuelven ágilmente los asuntos colectivos de la comunidad, y operacionalizan las tareas sencillas y elementales del buen gobierno, al modo, según nos dice Marx, de una verdadera y poco complicada “Corporación de Trabajo”.

Lo que otra vez, ilustra esa reabsorción de lo antes político por lo social, al devolverle al pueblo común ese trabajo del real autogobierno, ahora simplificado y aligerado, tanto por el nuevo papel de la Asamblea Popular en la toma de decisiones, como también por la desacralización y desmistificación de estas tareas antes estatales y ahora cumplidas por el pueblo mismo. Lo que una vez más, se reproduce igualmente en los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas y en las Juntas de Buen Gobierno, en donde los indígenas mismos, sin sueldo alguno y con la sola lógica de la satisfacción del deber cumplido, cumplen las tareas y funciones del buen gobierno neozapatista, como actuales corporaciones de trabajo, directas y sencillas.

Otro de los órganos o aparatos del Estado burgués existente en Francia en la época de la Comuna de 1871, a pesar de los efectos de la Revolución Francesa de 1789, es el órgano del clero, el que era directamente subvencionado por el Estado y apoyado por él, para utilizarlo, claramente, como instrumento de difusión de la ignorancia en el seno del pueblo, y también como un poder ideológico dependiente del Estado, y encargado de reproducir la ideología dominante, justificadora de la explotación económica y propagadora de la resignación

popular frente a la injusticia, el despotismo, la discriminación y la desigualdad sociales entonces reinantes. Función clara de embrutecimiento de la conciencia popular, y de legitimación ideológica del orden capitalista dominante, a la que la Comuna de París va a contraponerle la radical separación de la Iglesia y el Estado, pero también y sobre todo, la eliminación de todas las subvenciones estatales a la Iglesia, e incluso, la expropiación de los bienes y las tierras pertenecientes a dicho clero eclesiástico.

Separación Estado-Iglesia, y fin del apoyo y cobijo gubernamental y estatal a la Iglesia, que se complementa además con la promoción y defensa explícita de la educación laica y gratuita, lo que Marx resume lapidariamente en la frase de que la Comuna, lo que hizo en este nivel, fue simplemente “sustituir al Cura por el Maestro de Escuela”, y con ello, a la atrasada educación religiosa por la nueva educación laica, racionalista y científica. Lo que se asemeja a la postura neozapatista, que declara a la religión como un “asunto estrictamente privado”, a la vez que impulsa una educación que además de laica, racional y científica, es también una educación crítica, política, y concientizadora, al estructurarse en torno de las trece demandas zapatistas, y desde una pedagogía nueva, con nuevos métodos, nuevos contenidos, y nuevas formas de aproximación a los procesos de generación y transmisión de los conocimientos en general²³.

Por último, otro aparato u órgano importante del viejo Estado burgués y



²³ Sobre este interesante proyecto de la educación neozapatista, cfr. las ponencias de las Juntas de Buen Gobierno desarrolladas en el Primer Encuentro de los Pueblos Zapatistas con los Pueblos del Mundo, e incluidas en la revista *Contrahistorias*, núm. 8, México, 2007, y también nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, antes citado, en especial las páginas 171-196.

capitalista, es el de la Magistratura, el del conjunto de jueces muchas veces venales, corruptos y degradados, que están prestos a vender la aplicación de la ley al mejor postor, y que imparten una justicia cuya función es siempre la de legitimar, defender y mantener el orden social vigente, con toda su desigualdad y todas sus distintas y escandalosas asimetrías profundas. Justicia que si en el papel se pretende presentar como una práctica imparcial de impartición equitativa de una legislación neutral y objetiva, en los hechos, en cambio y recurrentemente, se hace presente como una justicia de clase, que aplica distintos criterios y raseros a los ricos y a los pobres, y que solapa, encubre y legitima, muchas de las prácticas ilegales de las clases y de los grupos dominantes, adaptándose además, según las circunstancias y de acuerdo a las presiones externas e internas, a las interpretaciones más diversas, retorcidas y tramposas, de sus propias leyes generales²⁴.

Magistratura y justicia propias del Estado burgués, que una vez más, son demolidas y barridas totalmente por la Comuna de París, la que elimina los jueces nombrados por el propio poder estatal y los sustituye por jueces elegibles, que son ahora funcionarios de la Comuna, pagados con salarios equivalentes al de un obrero promedio, y que rinden cuentas y son también revocables en cualquier momento, por parte de esa misma Comuna que los elige democráticamente y que los emplea directamente bajo su servicio. Lo que naturalmente, transparenta

y simplifica la aplicación de la justicia y de la ley, permitiendo que ahora sí se aplique de modo igual a toda la gente, y logrando que la justicia real se corresponda con la que está en los textos, y que se interprete de una manera verdaderamente objetiva y neutral.

Algo que nuevamente nos recuerda a la justicia neozapatista, la que como todo el mundo reconoce, incluso hasta sus propios enemigos, es una justicia nueva que no se vende ni se compra, y que mediante el diálogo razonado y el ejercicio de su imparcial aplicación, sigue sobre todo la lógica de hacer resarcir el daño a aquel que lo ha provocado, y de restituirle a la víctima, hasta donde esto es posible, aquello que ha perdido o sufrido, a partir del principio inteligente y muy sensato de darle a cada quien aquello que con sus acciones y con sus actos ha ameritado. Justicia incluso superior a la de aplicar directamente el mismo rasero a todos, que a partir de este darle a cada quien lo que se merece, se vuelve una justicia más bien *cualitativa*, y como Marx lo vaticinó claramente, una justicia “más justa”, en la medida en que es realmente una justicia desigual²⁵.

Contraposición entonces diametral y antitética, de todos y cada uno de los órganos y aparatos del Estado burgués, con los órganos del no-Estado o anti-Estado que es la Comuna de París, que todavía y en un nivel más profundo, nos remiten doblemente, tanto a las modificaciones igualmente radicales de la esfera de la llamada “superestructura política”, como



²⁴ Sobre este punto, baste citar los agudos y críticos análisis de Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, ya antes citado, y también de Edward Palmer Thompson, “Costumbre, ley y derecho comunal”, en el libro *Costumbres en común*, Ed. Crítica, Barcelona, 1991, o *Whigs and hunters. The origin of the Black Act*, Ed. Penguin Books, Middlesex, 1977.

²⁵ Marx dice sabiamente que “el derecho para que sea justo tiene que ser desigual”, pues no debería aplicarse un rasero igual a personas que son siempre cualitativamente diversas y diferentes. Por eso, el derecho o la justicia más “justo”, es aquel que es desigual, lo que demuestra la inteligencia del concepto neozapatista de la justicia. Sobre esta definición de Marx, cfr. su *Crítica del Programa de Gotha*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978.

también a los cambios similarmente profundos y totales de la conformación misma del poder político, y de su articulación con las otras formas restantes del poder social.

LA COMUNA DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN DE LA SUPERESTRUCTURA Y DEL PODER POLÍTICOS

Al teorizar la esfera de las relaciones políticas, Marx distingue, más allá de las formas de gobierno primero, y de las formas de Estado en una segunda instancia, un tercer nivel, que es el del mundo de la política o de lo político, también llamado por él, el nivel de la superestructura política. Pues además de los elementos y componentes de ese gobierno y ese Estado que ya hemos explicado antes, el nivel de la política incluye, además, espacios e instituciones que existen más allá de ese Estado-gobierno, como el Parlamento –suerte de institución “paraestatal”, o puente entre el Estado y la sociedad civil–, los partidos políticos, y también la lógica misma de configuración general de ese mismo universo vasto de la política o lo político en general.

Tres dimensiones de la superestructura política, que serán también impactadas y transformadas de raíz por la Comuna de París, la que una vez más habrá de revolucionarlas a fondo.

Así sucede con el Parlamento burgués, el que en su definición general, pretende ser una suerte de eslabón intermedio, que si de un lado es pagado por el gobierno y por el Estado, por el otro lado pretende estar

constituido por el conjunto de los “representantes” del pueblo y de la sociedad civil. Parlamento burgués que es teóricamente el instrumento legislativo de la sociedad, y el contrapeso como poder, del poder ejecutivo e incluso de la acción del Estado mismo como conjunto, y que en los hechos se transforma, sin embargo, y según nos explica Marx, en el lugar de una simple retórica altisonante pero ineficaz, de la palabrería hueca, y de los inútiles torneos oratorios de sus diferentes miembros.

Parlamento burgués que se autoasume como el “representante” del pueblo, pero que en los hechos se arroga el poder que la sociedad le ha delegado mediante las elecciones, para terminar representándose sólo a sí mismo, suplantando al colectivo de sus electores, y fracturando y vaciando de contenido todo vínculo real con estos últimos²⁶.

Frente a esto, la Comuna de París reactualiza la vigencia de la sabia sentencia de Jean-Jacques Rousseau, al afirmar que “no hay representación, allí donde el representado está presente”. Pues al devolverle a los obreros y al pueblo de París el *protagonismo directo* de la conducción de sus destinos, y de la toma de las decisiones fundamentales en general, la Comuna redefine también de modo radical la idea misma de esta representación, eliminando de golpe el divorcio y la independización recurrentes de los representantes respecto de sus representados, y llenando otra vez de contenido y de sentido a dicha tarea de la representación.

Porque la Comuna, efectivamente representa a todo el pueblo de París, del mismo en que las cinco Juntas de Buen



²⁶ Sobre este punto, véanse las reflexiones que ha realizado Jean-Paul Sartre, reflexiones agudas y certeramente críticas, en su ensayo, “Las elecciones: una trampa para bobos”, en la revista *Contrahistorias*, núm. 14, México, 2010.

Gobierno neozapatistas representan también realmente al conjunto de los cientos de comunidades zapatistas de base, pero esto a partir de una noción muy otra de la representación, en la que el eje de gravedad está siempre e irrenunciablemente en los representados, en las Asambleas populares, y en la que mediante los mecanismos ya antes explicados, de la permanente y en todo momento posible elegibilidad, rendición de cuentas y revocabilidad, se hace imposible quebrar el vínculo representante–representados, limitando a la vez la tarea de dichos representantes, a funciones sólo operativas y de implementación práctica y logística, y manteniendo permanentemente el control de dichos representantes por parte de sus representados.

De este modo la Comuna sustituye a ese espacio de la palabrería hueca y altisonante que es el Parlamento burgués, por un órgano efectivo de reales representantes populares, los que como verdadera corporación de trabajo serán, a decir de Marx, un órgano legislativo y ejecutivo a la vez²⁷.

Un segundo componente de la superestructura política burguesa, es el del

sistema de partidos políticos, los que de modo semejante al Parlamento, pretenden también constituirse en *mediaciones obligadas* entre la sociedad civil y el Estado. Así, monopolizando en ocasiones la

postulación de candidatos, los partidos políticos pretenden ser un modo de expresión de la sociedad, reflejando su heterogeneidad y diversidad políticas, y autoproclamándose también como una suerte de “representantes colectivos” u organizados de los distintos grupos, sectores, fracciones y

clases sociales específicos.

Autoconcibiéndose entonces como la totalidad de una clase, o como su vanguardia, o como su parte más activa, o como su fermento constante, etc., esos partidos se asumen como las correas de transmisión y de vinculación del pueblo con el parlamento, o también del pueblo con el conjunto del Estado o del gobierno.

Pero la Comuna, al eliminar el Parlamento y al redefinir totalmente la idea de la representación política, elimina también completamente a esta mediación que son los

Pero la Comuna, al eliminar el Parlamento y al redefinir totalmente la idea de la representación política, elimina también completamente a esta mediación que son los partidos políticos, los que a partir de todo esto se vuelven organismos simplemente inútiles.



²⁷ Desde esta noción muy otra de la representación, practicada por la Comuna de París, puede repensarse el actual debate de algunos de los movimientos sociales de América Latina, respecto de la relación entre ellos, en tanto que movimientos, y los Estados que pretenden ser sus “representantes” en el ámbito político. ¿Conservan los movimientos, en todos estos casos, el *protagonismo central* y el control de esos Estados? ¿Esos Estados y gobiernos “Mandan Obedeciendo” al modo neozapatista? ¿No se han separado e independizado de sus bases sociales, de sus electores, de sus “representados”, esos órganos políticos, y esos Estados y gobiernos? ¿Siguen entonces dichos Estados, autonómicos “progresistas”, y que se reclaman seguidores del “Socialismo del siglo XXI”, las prácticas y las lecciones de esta Comuna de París, o del neozapatismo mexicano, que hemos ido registrando y señalando en este texto, o van en cambio por una vía muy distinta? Pensamos que más bien es esto último, lamentablemente. En este sentido, es interesante revisar la “Carta pública a Evo Morales y Alvaro García contra el gasolinazo y por el autogobierno de nuestro pueblo” del 30 de diciembre de 2010, publicada en distintos sitios de internet.

partidos políticos, los que a partir de todo esto se vuelven organismos simplemente inútiles. Pues la Comuna instauro la elección directa de los representantes por parte de las bases populares, así como su control también permanente e inmediato, haciendo superfluos a dichos partidos políticos, y devolviéndole al pueblo el protagonismo hasta entonces usurpado por estas mismas estructuras partidarias, inventadas por la Revolución Francesa de 1789. Y si hoy, aún podría tener sentido la existencia de algún “partido”, debería ser únicamente desde la condición de que asuma radicalmente estas lecciones políticas de la Comuna parisina, y también ahora, de las Juntas de Buen Gobierno zapatistas, en el sentido de ser, más que un representante, un verdadero instrumento al servicio de los movimientos sociales, nacido de ellos mismos, y siempre a ellos vinculado orgánicamente, que los acompañe y que permanezca siempre con ellos en sus luchas, funcionando efectivamente desde la lógica y desde el espíritu de “Mandar Obedeciendo”. Tipo de organización que, en verdad, dista mucho de la vieja noción de “partido” vigente hasta hace muy pocos lustros, es decir, hasta la revolución cultural mundial de 1968.

Un tercer componente o dimensión de la superestructura política, o del universo global de la política burguesa, es el de su lógica profunda de funcionamiento general, y de configuración de todas las realidades que precisamente quieren insertarse dentro de ese ámbito de lo político, y adquirir así, dicho estatuto de hechos, o sucesos, o aparatos, precisamente políticos. Lógica que nos remite muchas veces, ya no sólo a la política burguesa, sino incluso y más allá, a toda política posible, es decir, a la naturaleza clasista despótica y dominadora, de esa dimensión política de las sociedades humanas de los últimos dos mil quinientos años transcurridos. Pues aquí no se trata ya, ni de los aparatos de gobierno, ni de los

órganos del Estado, e incluso tampoco de las instituciones de la política, sino más bien de las modalidades posibles y múltiples, pero limitadamente determinadas, del ejercicio mismo de lo que por siglos y milenios hemos llamado, siguiendo a Aristóteles, política, y también poder específicamente político.

Lógica y modos de la política burguesa, y también de la política clasista en general, con los que igualmente va a quebrar la Comuna de París, mostrando así su profundo impacto y significación, y con ello, su valor en tanto experiencia de dimensiones histórico-universales, como lo ha planteado Marx. Pues la irrupción y el trabajo de la Comuna de París, aún cuando fue muy breve en términos temporales, no deja de significar una radical y esencial *revolución profunda de larga duración* de ese ámbito de la política y del poder político mismos, revolución que avanza, como ya hemos planteado, en el sentido mismo de la verdadera “muerte de la política” en tanto actividad humana, y en la lógica de la reabsorción total de todas las funciones antes cumplidas por esa política, por parte del propio cuerpo de la sociedad.

Por eso, mientras que para la política burguesa y clasista, los asuntos políticos son tarea de unos cuantos, es decir de pequeñas élites, de políticos profesionales, y en general de miembros de las clases dominantes, de los “de arriba”, para la Comuna en cambio, esa política es un asunto de todos los miembros de la sociedad, de las vastas mayorías de los “de abajo”, y por ende, de los obreros y los ciudadanos todos, más allá de las élites y más allá de los políticos de oficio o profesionales. O también, mientras que la política clasista y burguesa es concebida como una actividad espectacular y episódica, de los “grandes momentos” que son las elecciones o las crisis políticas, y también de los grandes lugares especiales y privilegiados, como los palacios, los parlamentos o las casas presidenciales, para la Comuna parisina la política, en cambio, debe ser un asunto de todos los días,

en la medida en que es el autogobierno popular cotidiano, regular y permanente, siendo además una actividad que está presente en todos los espacios sociales posibles, como la escuela, la fábrica, la Universidad, la calle, la casa o el mercado, entre muchos otros.

Conversión de la política en asunto de muchos y de todos, de todos los días y de todos los lugares, que no sólo la desacraliza y desmistifica totalmente, al reabsorberla para el colectivo social en su conjunto, sino que también se repite, y no casualmente, como demanda y reclamo explícito del neozapatismo mexicano, cuando reivindica también frente a esa política burguesa y clasista contemporáneas, la exigencia de una *muy otra política*, diametralmente opuesta a la primera²⁸.

Igualmente, mientras que la política capitalista y de opresión de clase es concebida como una actividad instrumental y pragmática, basada en el principio de que el fin justifica los medios, y en la moral de que puede elegirse entre dos males el mal menor, y por ende, es una política degradada, corrupta, que acepta venderse y entrar en compromisos sucios e inconfesables en aras del supuesto lograr los fines propuestos, la política de la Comuna de París, y hoy también la de las Juntas de Buen

Gobierno neozapatistas, es por el contrario, una política que se autoconcibe siempre como actividad social y con un sentido profundamente colectivo y comunitario, afirmando que los medios deben ser tan rectos, nobles, claros, transparentes y defendibles como los fines, y generando una actividad basada en la lógica de perseguir siempre el bien colectivo, y de sólo esperar como compensación, la satisfacción del deber cumplido, siendo siempre fieles a los principios, a la palabra, a la memoria y a la historia propias.

Finalmente, y en el plano último y más profundo de esta dimensión de la política y lo político, se encuentra el estrato del poder político mismo, es decir, de la reconfiguración del poder social o del poder humano en general, como poder específicamente político, estrato que también es impactado y modificado profundamente por la acción de la Comuna de París. Estrato del poder en su expresión como poder político, que ha sido estudiado, escudriñado y radiografiado con detalle y agudeza, en una buena parte de la obra de Michel Foucault²⁹.

Revolución, por parte de la Comuna, de esa expresión deformada del poder social que ha sido durante siglos y siglos dicho poder político, que frente a su naturaleza



²⁸ Sobre esta muy otra forma de hacer política del neozapatismo mexicano, cfr. la entrevista a Sergio Rodríguez Lascano, “La forma zapatista de hacer política”, en *Viento Sur*, núm. 83, noviembre de 2005, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La Otra Política de La Otra Campaña”, en *ContraHistorias*, num. 6, México, 2006.

²⁹ En este sentido, vale la pena recuperar con más cuidado toda esa producción foucaultiana sobre el tema del poder. Para eso, además de sus obras ya citadas en las notas anteriores, cfr. los cuatro tomos de *Dits et Ecrits* I, II, III y IV, Ed. Gallimard, París, 1994, Francisco Vázquez García, “De la microfísica del poder a la gubernamentalidad neoliberal” en *ContraHistorias*, núm. 12, México, 2009, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Generando el contrapoder desde abajo y a la izquierda” en *ContraHistorias*, núm. 8, México, 2007 y “Michel Foucault en el espejo de Clío”, en el libro *De Carlos Marx a Immanuel Wallerstein. Nueve ensayos de historiografía contemporánea*, Ed. Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile, 2010, pp. 143-158. Sobre la compleja y todavía no bien estudiada relación entre Marx y Foucault, cfr. el libro colectivo *Marx y Foucault*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2006, libro que demuestra lo lejos que estamos de haber estudiado y esclarecido como se debería, esta importante comparación y diálogo posibles entre estos dos importantes autores.

clasista ineludible, que lo dirige siempre hacia la reproducción de la dominación de una clase sobre otra, y sobre la mayoría de la población, y que hace que su objetivo sea siempre el de mantener oprimidos a los diferentes sectores y clases subalternos de la sociedad, frente a todo esto, esa Comuna va a erigir en cambio una nueva forma del poder social, ya no político, sino ahora nueva y directamente social, el que será un poder popular de vocación positiva y afirmativa de todo el cuerpo entero de la sociedad, ya no dirigido contra ningún sector o grupo social, y sí en cambio encaminado a promover la emancipación social general, la abolición de las clases y de su secular antagonismo, y el desarrollo armónico y superior de toda la sociedad.

Poder otra vez social y ya no político, que trasciende y supera toda forma delegativa del anterior poder político, con su representación sustitutiva y su continua suplantación y autonomización respecto de lo social, para poner en su lugar a un poder social directo, que es autónomo y autogestivo de todo el pueblo de París, ayer, y de todas las comunidades neozapatistas hoy. Poder que lejos de la hipertrofiada e innecesaria complicación y sofisticación del poder político clasista y burgués, se hace presente como un poder ágil, sencillo, y realmente operativo y eficaz.

Y finalmente, un poder social nuevo, que a diferencia de la mistificación y sacralización que rodean al poder político antiguo y actual, envolviéndolo en un aura sobrenatural de simbolismos y de naturaleza supuestamente extraordinaria de sus detentores, va en cambio a presentarse sin misterio alguno, como una sencilla corporación de trabajo, de gente común y corriente, que cumple y resuelve de buena fe y con sentido común, los problemas específicos de toda la comunidad o de toda la sociedad en cuestión.

RECUPERANDO EL VALOR HISTÓRICO-UNIVERSAL DE LA COMUNA DE PARÍS

Una vez que hemos ido recorriendo las distintas lecciones que Marx descubre en la experiencia de la Comuna de París de 1871, y las formas específicas de su impacto en los cuatro niveles constitutivos de la esfera del mundo de la política, nos es ahora posible, al final de este recorrido, preguntarnos acerca del valor histórico que tuvo y que tiene aún ahora, esa misma experiencia *communarde*.

Y entonces, resulta claro su carácter, de un lado estructural y profundamente *revolucionario*, frente a todos y cada uno de esos estratos constitutivos del mundo de la actividad política, y del otro lado, su carácter claramente *pionero y anunciador* de las nuevas y cada día más próximas formas por venir, en términos de la reorganización radical de las sociedades humanas, una vez que estas se hayan desprendido de su caduca y cada vez más anacrónica costra capitalista, para afirmarse en cambio, como sociedades libres, sin explotación económica, sin desigualdad social, sin despotismo político, y sin discriminación cultural o social de ningún tipo.

Porque como ya hemos visto, la Comuna fue capaz de reinstaurar por primera vez en muchos siglos, el antiquísimo y ya olvidado gobierno del pueblo por el pueblo, el *autogobierno popular*, recuperando otra vez las formas y los métodos de la *democracia directa*, aunque ahora bajo una forma superior, apoyada en la reconstrucción de nuevas figuras complejas de los vínculos y de las estructuras comunitarias humanas.

Y también fue capaz de eliminar al Estado, verdadera excrecencia de las sociedades humanas, según el propio Marx, para sustituirlo por un no-Estado, o anti-Estado, que sencillamente administra y resuelve los asuntos colectivos como una simple y elemental corporación de trabajo, a partir

sobre todo de devolverle a las comunidades y a todo el conjunto de la sociedad, el ejercicio de su autonomía general y de su autogestión global.

También, la Comuna fue capaz de prefigurar en la práctica la verdadera muerte de la política, cuestionando de raíz su carácter elitista, espectacular, episódico, degradado, instrumental, sacralizado y mistificado, para sustituirlo con la reabsorción total de todas las funciones “políticas” por parte del propio cuerpo social, lo que además de extinguir dicha política, vuelve a dotar de nuevo sentido a esas funciones, ahora cumplidas por todos de manera sencilla, transparente, continua, moral, y simplificada racional.

Finalmente, la Comuna reunifica al poder político con el poder social, disolviendo al primero en el segundo, y despojándolo así de su sentido clasista perverso de opresión y dominación, igual que de su aureola de falsa excepcionalidad y sobrenaturalidad, para crear en su lugar un poder directo y afirmativo de la comunidad, que se vuelve una palanca, entre otras, de la liberación social y de la emancipación humana en general. Cúmulo entonces de logros, de lecciones y de conquistas, a la luz de las cuales podemos entonces medir en su justo

sentido y significación las sabias palabras de Marx, cuando afirma que “sea cual sea el resultado final” de esta experiencia emprendida por la Comuna de París, con ella “ya se ha obtenido un nuevo punto de partida, cuya relevancia es sin duda de alcance histórico-universal”. Y a la luz también de las actuales experiencias de los Caracoles neozapatistas, de los Asentamientos de los Sin Tierra en Brasil, de algunas comunidades indígenas autónomas de Ecuador y de Bolivia, y de algunos Barrios Piqueteros argentinos, genuinamente autónomos, podemos sin duda y con certeza reafirmar la verdad de este sabio aserto de Carlos Marx, planteado en su momento, en referencia a esta fundamental y siempre recuperable experiencia de valor histórico-universal, que ha sido esa heroica y profundamente aleccionadora Comuna de París.

* * *

Ciudad de México, 23 de enero de 2011.



☞ CARLOS MARX ☞



Fragmento del libro La guerra civil en Francia¹

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

En la alborada del 18 de marzo de 1871, París despertó entre un clamor de gritos de “Vive la Commune!” ¿Qué es la Comuna, esa esfinge que tanto atormenta los espíritus burgueses? “Los proletarios de París –decía el Comité Central en su Manifiesto del 18 de marzo–, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el Poder”.² Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines.

El Poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura –órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo–, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo. Sin embargo, su desarrollo se veía entorpecido por toda la basura medieval: derechos señoriales, privilegios locales,

monopolios municipales y gremiales, códigos provinciales. La escoba gigantesca de la Revolución Francesa del siglo XVIII barrió todas estas reliquias de tiempos pasados, limpiando así, al mismo tiempo, el suelo de la sociedad de los últimos obstáculos que se alzaban ante la superestructura del edificio del Estado moderno, erigido en tiempos del Primer Imperio, que, a su vez, era el fruto de las guerras de coalición de la vieja Europa semifeudal contra la Francia moderna.

CARLOS MARX/FRAGMENTO DEL LIBRO LA GUERRA CIVIL EN ...

CARLOS MARX/FRAGMENTO DEL LIBRO LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA...



¹ Este texto, que *Contrahistorias* rescata ahora para todos sus lectores, es un fragmento del libro *La guerra civil en Francia*, texto en donde Marx lleva a cabo un brillante y agudo análisis de la fundamental experiencia de la Comuna de París de 1871. Y a 140 años de su escritura, sorprende aún la actualidad candente y la enorme vigencia de estos análisis para la comprensión adecuada de las actuales experiencias de ejercicio de la autonomía y del autogobierno que hoy llevan a cabo los movimientos antisistémicos de América Latina. Este fragmento ha sido tomado de la edición china de este libro, Carlos Marx, *La guerra civil en Francia*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978, pp. 67–79.

² *Journal Officiel de la République Française*, núm. 80, del 21 de marzo de 1871.

Durante los *regímenes* siguientes, el Gobierno, colocado bajo el control del Parlamento —es decir, bajo el control directo de las clases poseedoras—, no sólo se convirtió en un vivero de enormes deudas nacionales y de impuestos agobiadores, sino que, con la seducción irresistible de sus cargos, prebendas y empleos, acabó siendo la manzana de la discordia entre las fracciones rivales y los aventureros de las clases dominantes; por otra parte, su carácter político cambiaba simultáneamente con los cambios económicos operados en la sociedad. Al paso que los progresos de la moderna industria desarrollaban, ensanchaban y profundizaban el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, el Poder estatal fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase.

Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases, se acusa con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente represivo del Poder del Estado. La Revolución de 1830, al dar como resultado el paso del Gobierno de manos de los terratenientes a manos de los capitalistas, lo que hizo fue transferirlo de los enemigos más remotos a los enemigos más directos de la clase obrera. Los republicanos burgueses, que se adueñaron del Poder del Estado en nombre de la Revolución de Febrero, lo usaron para provocar las matanzas de Junio, para probar a la clase obrera que la República “social” era la República que aseguraba su sumisión social, y para convencer a la masa monárquica de los burgueses y terratenientes de que podían dejar sin peligro los cuidados y los gajes del gobierno a los “republicanos” burgueses. Sin embargo, después de su única hazaña heroica de Junio, no les quedó a los republicanos burgueses otra cosa que pasar de la cabeza a la cola del Partido del Orden, coalición formada por

todos los sectores y fracciones rivales de la clase apropiadora, en su antagonismo, ahora abiertamente declarado, contra las clases productoras.

La forma más adecuada para este gobierno del capital asociado era la *República Parlamentaria*, con Luis Bonaparte como presidente. Fue éste un régimen de franco terrorismo de clase y de insulto deliberado contra la *vile multitude* (vil muchedumbre). Si la República Parlamentaria, como decía el señor Thiers, era “la que menos los dividía” (a las diversas fracciones de la clase dominante), en cambio abría un abismo entre esta clase y el conjunto de la sociedad situado fuera de sus escasas filas. Su unión venía a eliminar las restricciones que sus discordias imponían al Poder del Estado bajo *regímenes* anteriores, y, ante el amenazante alzamiento del proletariado, se sirvieron del Poder estatal, sin piedad y con ostentación, como de una máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo. Pero esta cruzada ininterrumpida contra las masas productoras les obligaba, no sólo a revestir al Poder Ejecutivo de facultades de represión cada vez mayores, sino, al mismo tiempo, a despojar a su propio baluarte parlamentario —la Asamblea Nacional—, de todos sus medios de defensa contra el Poder Ejecutivo, uno por uno, hasta que éste, en la persona de Luis Bonaparte, les dio un puntapié. El fruto natural de la República del Partido del Orden fue el Segundo Imperio.

El Imperio, con el *coup d'Etat* por fe de bautismo, el sufragio universal por sanción y la espada por cetro, declaraba apoyarse en los campesinos, amplia masa de productores no envuelta directamente en la lucha entre el capital y el trabajo. Decía que salvaba a la clase obrera destruyendo el parlamentarismo y, con él, la descarada sumisión del Gobierno a las clases poseedoras. Decía que salvaba a las clases poseedoras manteniendo en pie su supremacía económica sobre la clase obrera;

y, finalmente, pretendía unir a todas las clases, al resucitar para todos, la quimera de la gloria nacional. En realidad, era la única forma de gobierno posible, en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar la nación y la clase obrera no la había adquirido aún.

El Imperio fue aclamado de un extremo a otro del mundo como el salvador de la sociedad. Bajo su égida, la sociedad burguesa, libre de preocupaciones políticas, alcanzó un desarrollo que ni ella misma esperaba. Su industria y su comercio cobraron proporciones gigantescas; la especulación financiera celebró orgías cosmopolitas; la miseria de las masas contrastaba con la ostentación desvergonzada de un lujo suntuoso, falso y envilecido. El Poder del Estado, que aparentemente flotaba por encima de la sociedad, era, en realidad, el mayor escándalo de ella y el auténtico vivero de todas sus corrupciones. Su podredumbre y la podredumbre de la sociedad a la que había salvado, fueron puestas al desnudo por la bayoneta de Prusia, que ardía a su vez en deseos de trasladar la sede suprema de este *régime* de París a Berlín. El imperialismo es la forma más prostituida y al mismo tiempo la forma última de aquel Poder estatal que la sociedad burguesa naciente había comenzado a crear como medio para emanciparse del feudalismo, y que la sociedad burguesa adulta acabó transformando en un medio para la esclavización del trabajo por el capital.

La antítesis directa del Imperio era la Comuna. El grito de “República social”, con que la Revolución de Febrero fue anunciada por el proletariado de París, no expresaba más que el vago anhelo de una República que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta República.

París, sede central del viejo Poder gubernamental y, al mismo tiempo, baluarte social de la clase obrera de Francia, se había levantado en armas contra el intento de Thiers y los “rurales” de restaurar y perpetuar aquel viejo Poder que les había sido legado por el Imperio. Y si París pudo resistir fue únicamente porque, a consecuencia del asedio, se había deshecho del ejército, substituyéndolo por una Guardia Nacional, cuyo principal contingente lo formaban los obreros. Ahora se trataba de convertir este hecho en una institución duradera. Por eso, el primer decreto de la Comuna fue para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado.

La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo. En vez de continuar siendo un instrumento del Gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los servidores públicos debían devengar *salarios de obreros*. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad privada de los testaferros del Gobierno central. En manos de la Comuna se pusieron no solamente la administración municipal, sino toda la iniciativa ejercida hasta entonces por el Estado.

Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo Gobierno, la Comuna tomó medidas inmediatamente para destruir la fuerza espiritual de represión, el “poder de los curas”, decretando la separación de la Iglesia y el Estado y la expropiación de todas las iglesias como corporaciones poseedoras. Los curas fueron devueltos al retiro de la vida privada, a vivir de las limosnas de los fieles, como sus antecesores, los apóstoles. Todas las instituciones de enseñanza fueron abiertas gratuitamente al pueblo y al mismo tiempo emancipadas de toda intromisión de la Iglesia y del Estado. Así, no sólo se ponía la enseñanza al alcance de todos, sino que la propia ciencia se redimía de las trabas a que la tenían sujeta los prejuicios de clase y el poder del Gobierno.

Los funcionarios judiciales debían perder aquella fingida independencia que sólo había servido para disfrazar su abyecta sumisión a los sucesivos gobiernos, ante los cuales iban prestando y violando, sucesivamente, el juramento de fidelidad. Igual que los demás funcionarios públicos, los magistrados y los jueces habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables.

Como es lógico, la Comuna de París había de servir de modelo a todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido en París y en los centros secundarios el *régime* comunal, el antiguo Gobierno centralizado tendría que dejar paso también en las provincias a la autoadministración de los productores. En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser

la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país, y que en los distritos rurales el ejército permanente habría de ser reemplazado por una milicia popular, con un periodo de servicio extraordinariamente

corto. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente, y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de Delegados de París, entendiéndose que todos los delegados

serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el *mandat impératif* de sus electores. Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un gobierno central, no se suprimirían, como se ha dicho, falseando intencionadamente la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales que, gracias a esta condición, serían estrictamente responsables.

No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el Poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, de la cual no era más que una excrecencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo Poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas serían arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirlas a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada

Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo Gobierno, la Comuna tomó medidas inmediatamente para destruir la fuerza espiritual de represión, el “poder de los curas”...

tres o seis años qué miembros de la clase dominante habían de “representar” al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios. Y es bien sabido que lo mismo las compañías que los particulares, cuando se trata de negocios, saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que le corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza. Por otra parte, nada podía ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica.

Generalmente, las creaciones históricas por completo nuevas, están destinadas a que se las tome por una reproducción de formas viejas e incluso difuntas de la vida social, con las cuales pueden presentar cierta semejanza. Así, esta nueva Comuna, que quiebra el Poder estatal moderno, ha sido confundida con una reproducción de las comunas medievales, que, habiendo precedido a ese Estado, le sirvieron luego de base. Al régimen comunal se le ha tomado erróneamente por un intento de fraccionar, como lo soñaban Montesquieu y los girondinos, esa unidad de las grandes naciones en una federación de pequeños Estados, unidad que, aunque instaurada en sus orígenes por la violencia política, se ha convertido hoy en un poderoso factor de la producción social.

El antagonismo entre la Comuna y el Poder estatal se ha presentado, equivocadamente, como una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo centralismo. Circunstancias históricas peculiares pueden en otros países haber impedido el desarrollo clásico de la forma burguesa de gobierno, tal como se dio en Francia, y haber permitido, como en Inglaterra, completar en las ciudades los grandes órganos centrales del Estado con

asambleas parroquiales (*vestries*) corrompidas, concejales concusionarios y feroces administradores de la beneficencia, y, en el campo, con jueces virtualmente hereditarios. El régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia.

La burguesía de las ciudades de la provincia francesa veía en la Comuna un intento de restaurar el predominio que ella había ejercido sobre el campo bajo Luis Felipe y que, bajo Luis Napoleón, había sido suplantado por el supuesto predominio del campo sobre la ciudad. En realidad, el régimen comunal colocaba a los productores del campo bajo la dirección intelectual de las cabeceras de sus distritos, ofreciéndoles aquí, en las personas de los obreros, a los representantes naturales de sus intereses. La sola existencia de la Comuna implicaba, evidentemente, la autonomía municipal, pero ya no como contrapeso a un Poder estatal que ahora era superfluo.

Sólo en la cabeza de un Bismarck, que, cuando no está metido en sus intrigas de sangre y hierro, gusta de volver a su antigua ocupación, que tan bien cuadra a su calibre mental, de colaborador del *Kladderadatsch* (el Punch de Berlín), sólo en una cabeza como ésa podía haber cabido la aspiración de reproducir aquella caricatura de la organización municipal francesa de 1791 que es la organización municipal de Prusia, donde la administración de las ciudades queda rebajada al papel de simple rueda secundaria de la maquinaria policiaca del Estado prusiano. Ese tópico de todas las revoluciones burguesas, “un gobierno barato”, la Comuna lo convirtió en realidad al destruir sus dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del

Estado. Su sola existencia presuponía la no existencia de la monarquía que, en Europa al menos, es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la República de una base de instituciones realmente democráticas. Pero, ni el gobierno barato, ni la “verdadera República” constituían su meta final; no eran más que fenómenos concomitantes.

La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un *gobierno de la clase obrera*, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política, al fin descubierta, que permitía realizar la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición, el régimen comunal habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase. Emancipado el trabajo, cada hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser el atributo de una clase.

Es un hecho extraño. A pesar de todo lo que se ha hablado y escrito con tanta profusión durante los últimos sesenta años acerca de la emancipación del trabajo, apenas en algún sitio los obreros toman resueltamente la cosa en sus manos, vuelve a resonar de pronto toda la fraseología apologética de los portavoces de la sociedad actual, con sus dos polos de capital y esclavitud asalariada (hoy, el propietario de

tierras no es más que el socio sumiso del capitalista), como si la sociedad capitalista se hallase todavía en su estado más puro de inocencia virginal, con sus antagonismos todavía en germen, con sus engaños todavía encubiertos, con sus prostituidas realidades todavía sin desnudar. ¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores.

Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción —la tierra y el capital— que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el “irrealizable” comunismo! Sin embargo, los individuos de las clases dominantes que son lo bastante inteligentes para darse cuenta de la imposibilidad de que el actual sistema continúe —y no son pocos— se han erigido en los apóstoles molestos y chillones de la producción cooperativa. Ahora bien, si la producción cooperativa ha de ser algo más que una impostura y un engaño; si ha de sustituir al sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, sino comunismo, comunismo “realizable”?

La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantar por decreto del pueblo. Saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual

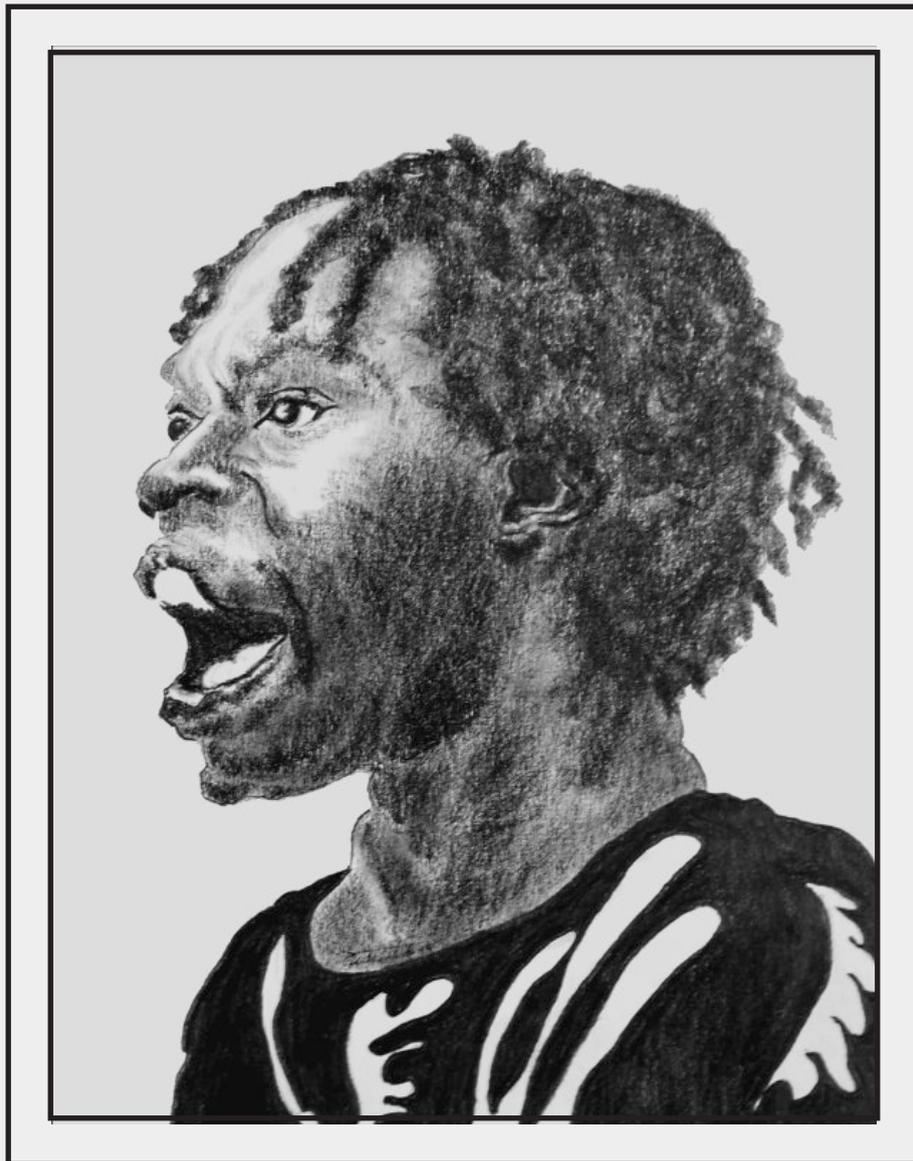
por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva ya en su seno. Plenamente consciente de su misión histórica y heroicamente resulta a obrar con arreglo a ella, la clase obrera puede mofarse de las burdas invectivas de los lacayos de la pluma, y de la protección profesoral de los doctrinarios burgueses bien intencionados, que vierten sus perogrulladas de ignorantes y sus sectarias fantasías con un tono sibilino de infalibilidad científica.

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución;

cuando, por primera vez en la historia, simples obreros se atrevieron a violar el privilegio gubernamental de sus “superiores naturales”, de las clases poseedoras, y en circunstancias de una dificultad sin precedentes, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz, con sueldos el más alto de los cuales apenas representaba una quinta parte de la suma que según una alta autoridad científica es el sueldo mínimo del secretario de un consejo de instrucción pública de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Hôtel de Ville.

* * *





DULCE ISABEL AGUIRRE BARRERA
¡Ya es Suficiente!
Técnica: Medios Mixtos



*El Carácter de la Comuna*¹

Imago  MundiImago  MundiImago  MundiImago  MundiImago  Mundi

El aparato de Estado centralizado que, con sus órganos militares, burocráticos, clericales y judiciales, omnipresentes y complicados, encierra (envuelve) el cuerpo vivo de la sociedad civil como una boa constrictor, fue forjado primero en los días de la monarquía absoluta como un arma de la naciente sociedad moderna en su lucha de emancipación del feudalismo. Los privilegios señoriales de los aristócratas, y de las ciudades, y del clero en la época medieval, fueron transformados en los atributos de un Poder estatal unificado, que reemplaza a los dignatarios feudales por funcionarios estatales asalariados, transfiere las armas de los servidores medievales de los terratenientes, y de las corporaciones urbanas, a un ejército permanente, sustituye a la abigarrada (polícroma) anarquía de poderes medievales en conflicto por el plan reglamentado de un Poder estatal, por una división sistemática y jerárquica del trabajo.

La primera Revolución Francesa, cuya tarea era fundar la unidad nacional (crear una nación) tenía que romper toda independencia local, territorial, urbana y provincial. Ella estaba obligada pues, a desarrollar lo que la monarquía absoluta había comenzado: la centralización y organización del Poder estatal, y a ampliar el radio de acción y las atribuciones del Poder estatal, el número de sus instrumentos, su independencia y su sobrenatural predominio sobre la sociedad real, que de hecho ocupó el lugar del cielo sobrenatural

del Medioevo, con sus santos. Todo interés menor y aislado, engendrado por las relaciones de los grupos sociales, fue separado de la sociedad misma, determinado, y colocado como independiente de ella y en oposición a ella, en razón al interés del Estado, que era administrado por curas del Estado con funciones jerárquicas exactamente determinadas.

Esta parasitaria (excrecencia) de la sociedad civil, que pretendía ser su réplica ideal, alcanzó su completo desarrollo bajo el

CARLOS MARX/EL CARÁCTER DE LA COMUNA



¹ Este texto, cuyo título es del propio Marx, y que *Contrahistorias* recupera aquí para todos sus lectores, es un fragmento del Primer Borrador del libro *La guerra civil en Francia*, borrador que sirvió como base para la redacción definitiva de la versión más conocida y difundida de dicha obra. Y aunque su argumento principal es muy similar al texto final, esta primera variante contiene también tesis y matices no incluidos en esa versión última, los que son útiles e importantes para una mejor y más fina comprensión de los profundos aportes de la fundamental experiencia de la Comuna de París de 1871. Por eso reeditamos este texto, que también ha sido tomado de la edición china del libro, Carlos Marx, *La guerra civil en Francia*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978, pp. 179 – 191.

reinado del Primer Bonaparte. La Restauración y la Monarquía de Julio no agregaron a ella más que una mayor división del trabajo, que crecía en la misma medida en que la división del trabajo dentro de la sociedad civil creaba nuevos grupos de intereses y, en consecuencia, nuevos materiales para la actividad del Estado. En su lucha contra la Revolución de 1848, la República Parlamentaria de Francia y los Gobiernos de toda la Europa continental se vieron obligados a fortalecer, mediante sus medidas represivas contra el movimiento popular, los medios de acción y la centralización de ese poder gubernamental. Todas las revoluciones tuvieron pues, como única consecuencia, perfeccionar la maquinaria del Estado en vez de hacer a un lado a este paralizante íncubo.

Las fracciones y partidos de las clases dominantes que alternadamente lucharon por la supremacía, consideraron la ocupación (control) (toma), y la dirección de esta inmensa maquinaria de gobierno, como el principal botín del vencedor. Esta maquinaria centró su actividad en la creación de inmensos ejércitos permanentes, de una multitud de sabandijas del Estado, y de enormes deudas públicas. Durante la época de la monarquía absoluta constituyó un medio de lucha de la sociedad moderna contra el feudalismo, lucha que fue coronada por la Revolución Francesa, y bajo el Primer Bonaparte, sirvió no solamente para someter a la revolución y liquidar todas las libertades populares, sino que también fue un instrumento de la Revolución Francesa para golpear afuera, para crear en provecho de Francia en el continente, en lugar de monarquías feudales, Estados hechos más o menos a la imagen de Francia.

Bajo la Restauración y la Monarquía de Julio, se convirtió no solamente en un medio de la violenta dominación de clase de la clase media, sino también en un medio de agregar a la explotación económica directa, una

segunda explotación del pueblo, asegurando a sus (por ejemplo, la clase media) familias todas las ricas prebendas de la casa estatal. Durante el tiempo de la lucha revolucionaria de 1848, en fin, sirvió como instrumento para aniquilar esa Revolución y todas las aspiraciones de emancipación de las masas populares. Pero el parásito estatal sólo recibió su desarrollo final durante el Segundo Imperio. El Poder gubernamental, con su ejército permanente, su burocracia que lo dirige todo, su clero embrutecedor y su jerarquía de tribunales serviles, se habían hecho tan independientes de la sociedad misma, que un aventurero de grotesca mediocridad, a la cabeza de una hambrienta banda de desesperados, era suficiente para ejercerlo.

Este Poder ya no tuvo la necesidad de justificar su existencia por la coalición armada de la vieja Europa contra el mundo moderno, establecido por la Revolución de 1789. Ya no apareció como un instrumento de dominación de clase, sometido al ministerio parlamentario o a una asamblea. El sometía a su poder, incluso los intereses de las clases dominantes, cuyo espectáculo parlamentario, aquél lo reemplazó con los *Corps Législatifs* seleccionados por él mismo, y con Senados pagados por él; su autoridad absoluta fue sancionada por el sufragio universal; fue reconocido como una necesidad para mantener el "orden", que es la dominación del terrateniente y del capitalista sobre el productor; encubrió, con los harapos de la mascarada del pasado, las orgías de la corrupción del presente, y la victoria de la fracción más parasitaria, la de los timadores financieros, dio carta blanca al *libertinaje* de todas las influencias reaccionarias del pasado –pandemónium de infamias–, el Poder estatal había recibido su última y suprema expresión en el Segundo Imperio.

En apariencia, se trataba de la victoria final de este poder gubernamental sobre la

sociedad, aunque de hecho, era la orgía de todos los elementos corruptos de esa sociedad. A los ojos de los iniciados, esto aparecía solamente como la victoria del Ejecutivo sobre el Legislativo, como la derrota final que a la forma de dominación de clase que pretendía ser el autogobierno de la sociedad, infligía la forma de esta dominación, que pretendía ser un poder colocado por encima de la sociedad. Pero de hecho, no era más que la última forma degradada, y la única posible, de esa dominación de clase, que era tan humillante para esas clases mismas, como para las clases trabajadoras, a las que mantenía encadenadas.

El 4 de septiembre no fue más que la reivindicación del retorno a la República, contra el grotesco aventurero que la había asesinado. La verdadera antítesis del *Imperio mismo*, es decir, el Poder estatal, el ejecutivo centralizado, del cual el Segundo Imperio no fue sino su fórmula acabada, fue *La Comuna*. Este Poder estatal es, de hecho, la creación de la burguesía; fue el instrumento que sirvió, primero para destruir el feudalismo, y después una herramienta para ahogar las aspiraciones emancipadoras de los productores, de la clase obrera. Todas las reacciones y todas las revoluciones no han servido sino para transferir ese poder organizado, esa fuerza organizada de la esclavitud del trabajo, de una mano a la otra, de una fracción de las clases dominantes a la otra.

Había sido para las clases dominantes, como un medio de sometimiento y de lucro. Había succionado nuevas fuerzas de cada nuevo cambio. Había servido como el instrumento para aplastar cada

levantamiento popular, para golpear a las clases trabajadoras después de que éstas habían combatido y recibido la orden de asegurar la transferencia de ese Poder de un grupo de sus opresores a otro grupo.

Esa no fue pues, una revolución contra tal o cual forma de Poder estatal, legitimista, constitucional, republicano o imperial. Fue una revolución contra el Estado mismo, este aborto sobrenatural de la sociedad, la

Esa no fue pues, una revolución contra tal o cual forma de Poder estatal, legitimista, constitucional, republicano o imperial. Fue una revolución contra el Estado mismo, este aborto sobrenatural de la sociedad, la reasunción por el pueblo y para el pueblo de su propia vida social.

reasunción por el pueblo y para el pueblo de su propia vida social. No fue una revolución que se hizo para transferir ese Poder de una fracción de las clases dominantes a la otra, sino una revolución para acabar con la propia horrenda maquinaria de la dominación de clase. No fue una de esas luchas enanas entre las formas ejecutivas de dominación de clase y las parlamentarias, sino una rebelión contra estas dos

formas juntas, que se integran la una en la otra, y de las cuales la forma parlamentaria no era sino el engañoso apéndice del Ejecutivo. El Segundo Imperio fue la forma acabada de esta usurpación estatal. La Comuna fue su negación definitiva, y, por eso, el inicio de la revolución social del siglo XIX.

Cualquiera que sea pues su suerte en París, ella dará la vuelta al mundo. Ella fue a la vez aclamada por la clase obrera de Europa y de los Estados Unidos como la palabra mágica de liberación. Las glorias y los actos antediluvianos del conquistador prusiano, sólo parecían alucinaciones de un pasado concluido.

Sólo la clase obrera podía formular, por medio de la palabra “Comuna” y a través de la lucha de la Comuna de París, esta nueva

aspiración. Incluso la última expresión del Poder estatal en el Segundo Imperio, aunque humilló el orgullo de las clases dominantes y dispersó en el viento sus pretensiones parlamentarias de autogobierno, no constituyó sino la última forma posible de su dominación de clase. Mientras políticamente las desposeía, ella era la orgía en la cual todas las infamias económicas y sociales de su *régime* obtuvieron vía libre. La burguesía media y la pequeña burguesía eran, por sus condiciones económicas de vida, excluidas del inicio de una nueva revolución, e inducidas a seguir o las pisadas de las clases dominantes, o a seguir a la clase obrera. Los campesinos eran la base económica pasiva del Segundo Imperio, de ese último triunfo de un Estado separado de la sociedad e independiente de ella.

Solamente los proletarios, inflamados por la nueva tarea social, que ellos debían cumplir por toda la sociedad, de suprimir todas las clases y la dominación de clase, eran los hombres que podían aplastar el instrumento de este dominio de clase que era el Estado, aplastar este poder gubernamental centralizado y organizado que, por usurpación, era el amo de la sociedad en lugar de ser su servidor. En la activa lucha librada contra ellos por las clases dominantes, apoyadas por la adhesión pasiva del campesinado, el Segundo Imperio, coronamiento supremo y al mismo tiempo la más insigne prostitución del Estado, que había tomado el lugar de la iglesia medieval, fue engendrado. Fue contra los proletarios que nació. Y por ellos fue aplastado, no como una forma peculiar de poder gubernamental (centralizado), sino como su más poderosa expresión, que parecía independiente de la sociedad y, por eso, también su más prostituida realidad, cubierta por la ignominia de arriba abajo, teniendo como eje la absoluta corrupción en lo interno y la absoluta impotencia en lo externo.

Pero esta forma de dominio de clase se había roto solamente para hacer del Ejecutivo, de la maquinaria estatal de gobierno, el único y gran objeto de ataque de la revolución.

El parlamentarismo en Francia había tocado a su fin. Su último periodo y su más completa floración fue la República Parlamentaria desde mayo de 1848 hasta el *coup d'Etat*. El Imperio que lo mató, fue su propia creación. Bajo el Imperio, con su *Corps Législatif* y su Senado –en esta forma ha sido reproducido por las monarquías militares de Prusia y de Austria–, el parlamentarismo había sido una simple farsa, un mero apéndice del despotismo en su más grosera forma. El parlamentarismo había pues muerto en Francia, y la revolución de los obreros, por supuesto, no iba a despertarlo de su muerte.

La *Comuna* es la reasunción del Poder estatal por la sociedad como su propia fuerza viva, y ya no como la fuerza que la controla y la somete, es la reasunción del Poder estatal por las masas populares mismas, que constituyen su propia fuerza, en reemplazo de la fuerza organizada que las reprime, la forma política de su emancipación social, en lugar de la fuerza artificial (apropiada por sus opresores) (su propia fuerza opuesta a los opresores y organizada contra ellos) de la sociedad, puesta al servicio de sus enemigos para oprimirlas. La forma era simple, como todas las cosas grandes. El tiempo requerido para los desarrollos históricos, siempre había sido perdido, en todas las revoluciones del pasado, en los mismos días del triunfo popular, cada vez que el pueblo había entregado sus armas victoriosas, dejándolas que se volvieran contra él mismo.

Reaccionando contra este hábito de las revoluciones precedentes, la Comuna reemplazó al ejército por la Guardia Nacional. “Por primera vez desde el 4 de septiembre, la República se liberó del *gobierno de sus enemigos...* (ha dado) a la

ciudad una milicia nacional, que defiende a los ciudadanos contra el Poder (el gobierno), *en vez de un ejército permanente que defiende al gobierno* contra los ciudadanos”. (Proclama del Comité Central del 22 de marzo)². (El Pueblo solamente tenía que organizar esta milicia a escala nacional, terminar con los ejércitos permanentes; (ésta es) la primera condición económica *sine qua non* de todos los progresos sociales; ella descartaba inmediatamente esta fuente de impuestos y de deuda pública, y también este peligro constante de usurpación gubernamental de la dominación de clase—trátese de la forma ordinaria de dominación de clase, o de un aventurero que pretenda salvar a todas las clases); al mismo tiempo, era la más segura garantía contra la agresión extranjera, y hacía de hecho imposible el costosísimo aparato militar en todos los demás Estados; la emancipación del campesinado del impuesto en sangre y (de ser) la más fértil fuente de todos los tributos y deudas de Estado.

He aquí ya el punto en el cual la Comuna es una *suerte para el campesino*, la primera palabra de su emancipación. Con la “policía independiente” abolida, y sus rufianes suplantados por servidores de la Comuna. El sufragio universal, del que hasta hoy se ha abusado tanto, sea como sanción parlamentaria del sacrosanto Poder estatal, sea como juguete en las manos de las clases dominantes, y del cual el pueblo no se sirve sino para sancionar (escoger los instrumentos de) la dominación de clase parlamentaria a intervalos de muchos años, ese sufragio es adaptado a su verdadero objetivo, que es el de hacer elegir por las comunas a sus propios funcionarios de administración y legislación.

(Había) la ilusión de que la administración y el gobierno político eran algo misterioso,

funciones trascendentes que no se podían confiar sino en las manos de una casta entrenada de parásitos estatales, de sicofantes abundantemente pagados y de sinecuristas que, colocados en los cargos superiores, absorbían la inteligencia de las masas y la volvían contra sí mismas en los rangos inferiores de la jerarquía. La Comuna se desembaraza completamente de la jerarquía estatal, y reemplaza a los arrogantes amos del pueblo con sus servidores siempre revocables, reemplaza una responsabilidad ilusoria con una responsabilidad auténtica, ya que los últimos actúan constantemente bajo el control del pueblo. Pagados como obreros calificados, doce libras por mes, percibían un salario que no excedía las 240 libras por año, salario que, según una alta autoridad científica, el profesor Huxley, era apenas superior a un quinto de lo que se necesita para pagar a un empleado del Consejo de Instrucción Pública de Londres.

Toda la comedia de los misterios y pretensiones del Estado fue suprimida por una Comuna que, compuesta sobre todo de simples obreros, organizó la defensa de París, hizo la guerra a los pretorianos de Bonaparte, aseguró el abastecimiento de esa inmensa ciudad, llenando todos los puestos hasta entonces divididos entre gobierno, policía y prefectura, haciendo su trabajo públicamente, sencillamente, bajo las más difíciles y complicadas circunstancias, y haciéndolo, como Milton hizo su *Paraiso Perdido*, por unas cuantas libras, actuando a la brillante luz del día, sin ninguna pretensión de infalibilidad, sin ocultarse detrás de una burocracia papelera, sin sentir vergüenza de confesar sus errores con el fin de corregirlos.

Ella ha cumplido por igual con todas las funciones públicas — militares, administrativas, políticas—, haciendo de ellas



² En el *Journal Officiel de la République Française*, núm. 84, del 25 de marzo de 1871.

funciones verdaderamente de los obreros, en vez de los ocultos atributos de una casta entrenada; (manteniendo el orden en medio de la turbulencia de la guerra civil y la revolución) (emprendiendo medidas de regeneración general). Cualquiera que sea el mérito de cada una de las medidas de la Comuna, su más grandiosa medida fue su propia organización, que improvisó, con el enemigo extranjero en una puerta, y el enemigo de clase en la otra, probando con su existencia su vitalidad, y confirmando sus tesis con su acción. Su aparición fue una victoria sobre los vencedores de Francia. París cautiva retomó con un ímpetu audaz la dirección de Europa, sin depender de la fuerza bruta, sino poniéndose a la cabeza del movimiento social, materializando los anhelos de la clase obrera de todos los países.

Con todas las grandes ciudades organizadas en Comunas, según el modelo de París, ningún gobierno podría reprimir el movimiento mediante los golpes de una inesperada reacción. Incluso estas medidas preparatorias habrían dejado el tiempo necesario para la incubación, que era la garantía del movimiento. Toda Francia se habría organizado en comunas, que se habrían administrado y gobernado por sí mismas, el ejército permanente habría sido reemplazado por las milicias populares, el ejército de parásitos de Estado habría sido removido, la jerarquía clerical habría sido desplazada por el maestro de escuela, la justicia de Estado convertida en organismos comunales; la elección de la representación nacional no habría sido más un asunto de prestidigitación para un gobierno omnipotente, sino la expresión deliberada de las comunas organizadas; las funciones del Estado habrían sido reducidas a unas pocas funciones, que respondieran a fines generales y nacionales.

Tal es la Comuna, *forma política de la emancipación social*, de la liberación del trabajo respecto de las usurpaciones

(esclavizamiento) por parte de aquellos que monopolizan los medios de trabajo, creados por los trabajadores mismos, o que constituyen un don de la naturaleza. Así como la maquinaria estatal y el parlamentarismo no constituyen la vida real de las clases dominantes, sino solamente los órganos generales organizados de su dominación, las garantías políticas y las formas y expresiones del viejo orden de cosas, del mismo modo la Comuna no constituye el movimiento social de la clase obrera, y por ende de la regeneración general de la humanidad, sino los medios organizados de su acción.

La Comuna no suprime las luchas de clases, por medio de las cuales la clase obrera se esfuerza por abolir todas las clases, y por eso, toda (dominación de) clase (porque ella no representa un interés particular; ella representa la liberación del “trabajo”, es decir, la condición fundamental y natural de la vida individual y social, que solamente por usurpación, fraude y artimañas, puede ser desviada hacia el dominio de una minoría sobre la mayoría), pero la Comuna crea el ambiente racional dentro del cual esa lucha de clases puede recorrer sus diferentes fases de la manera más racional y humana. Ella podía ser el punto de partida de reacciones violentas y de revoluciones asimismo violentas. Ella da comienzo a la *emancipación del trabajo*—su gran objetivo—, barriendo la obra improductiva y malévola de los parásitos de Estado, corta, por una parte, las raíces del mal por las cuales se destinaba una inmensa parte del producto nacional a alimentar el monstruo estatal; y por otra, cumple la obra real de la administración local y nacional, cobrando salarios de obreros. Comienza, por lo tanto, con un inmenso ahorro, con una reforma económica, así como con una transformación política.

Una vez establecida firmemente a escala nacional la organización comunal, las

catástrofes que ella aún hubiera podido sufrir, habrían sido esporádicas insurrecciones de esclavistas, las que, mientras momentáneamente habrían interrumpido el trabajo del progreso pacífico, únicamente habrían logrado acelerar el movimiento, poniendo la espada en las manos de la revolución social.

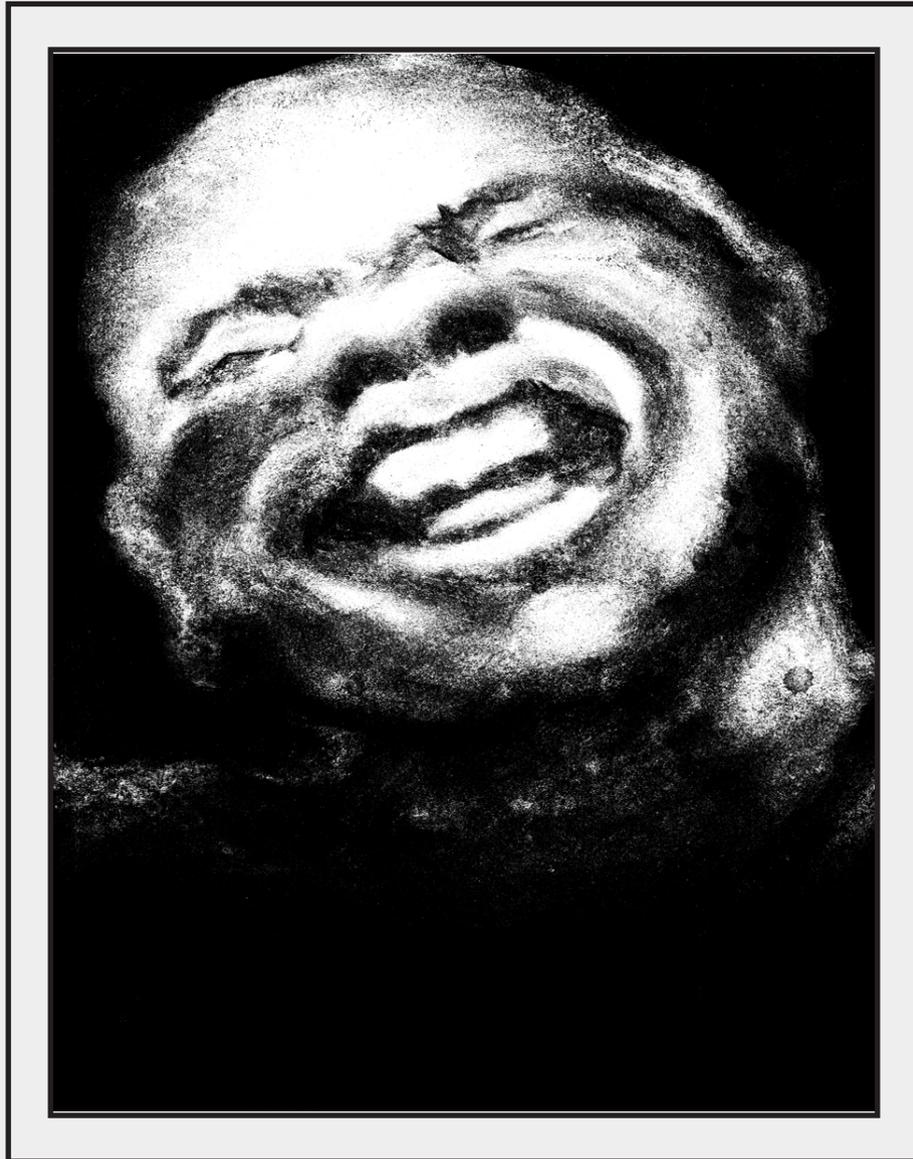
La clase obrera sabe que ella tiene que pasar por diferentes fases de la lucha de clases. Sabe que el reemplazo de las condiciones económicas de la esclavitud del trabajo por las condiciones del trabajo libre y asociado, no puede operarse sino mediante el trabajo progresivo del tiempo, (que es la transformación económica), que esas condiciones requieren no solamente un cambio en la distribución, sino una nueva organización de la producción, o más aún, la liberación (desembarazo) de las formas sociales de producción tal como ellas existen en la organización actual del trabajo (engendradas por la industria moderna), arrancándolas de las ataduras de la esclavitud, de su actual carácter de clase, y realizando por fin la coordinación armoniosa de esas formas en el plano

nacional e internacional.

Sabe que su trabajo de regeneración será una y otra vez frenado y obstaculizado por la resistencia de intereses creados, y de los egoísmos de clase. Sabe que la actual “acción espontánea de las leyes naturales del capital y de la propiedad de la tierra” solamente puede ser superada por “la acción espontánea de las leyes de la economía social del trabajo libre y asociado”, mediante un largo proceso de desarrollo de nuevas condiciones, del mismo modo que lo fue la “acción espontánea de las leyes económicas de la esclavitud” y la “acción espontánea de las leyes económicas de la servidumbre”. Pero sabe, al mismo tiempo, qué grandes pasos pueden ser dados inmediatamente a través de la forma comunal de organización política, y que ha llegado el momento de iniciar ese movimiento para ella misma y para toda la humanidad.

* * *





DULCE ISABEL AGUIRRE BARRERA
Ironía Popular.
Técnica: Medios Mixtos

VLADIMIR ILICH LENIN



*Fragmento de las Cartas desde Lejos*¹

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Guiados por su instinto de clase, los obreros han comprendido que en un período revolucionario necesitan organizaciones no sólo corrientes, sino completamente diferentes, y han emprendido con acierto el camino señalado por la experiencia de nuestra revolución de 1905 y de la Comuna de París de 1871; han creado un *Soviet de Diputados Obreros*, han comenzado a desarrollarlo, ampliarlo y fortalecerlo, atrayendo a él a diputados de los soldados y, sin duda alguna, a diputados de los asalariados rurales y, además (en una u otra forma) de todos los campesinos pobres.

La principal tarea, la más importante, y que no puede ser postergada, es crear organizaciones de ese tipo en todos los lugares de Rusia sin excepción, para todos

los gremios y todas las capas de la población proletaria y semiproletaria sin excepción, es decir, para todos los trabajadores y todos los explotados, para emplear un término menos exacto desde el punto de vista de la economía, pero más popular. Señalaré, anticipándome, que nuestro partido (espero poder ocuparme en una de mis próximas Cartas de su papel especial en el nuevo tipo de organizaciones proletarias) debe recomendar especialmente a toda la masa campesina que organice Soviets de Trabajadores Asalariados y Soviets de Pequeños Agricultores que no venden su cereal, *independientemente* de los campesinos ricos. Sin esta condición será en general² imposible, tanto aplicar una auténtica política proletaria, como abordar

VLADIMIR ILICH LENIN/FRAGMENTO DE LAS CARTAS DESDE LEJOS



¹ Este texto es sólo un fragmento de la tercera Carta, de las 4 cartas que Lenin escribió en marzo de 1917, en las vísperas del triunfo de la revolución rusa de 1917 y que son conocidas como las *Cartas desde lejos*. Esa tercera Carta esta dedicada al tema 'A propósito de una milicia proletaria', y en ella Lenin explica la importancia y la naturaleza que tienen los soviets rusos no sólo en tanto forma de organización de la lucha de las clases populares, sino también como verdaderos embriones del posible nuevo autogobierno de esas mismas clases subalternas de Rusia. Por eso, *Contrahistorias* lo recupera en esta entrega de nuestra revista, retomando el texto editado en Vladimir Ilich Lenin, *Obras Completas*, Ediciones Salvador Allende, México, sin fecha, volumen 24, pp. 362 – 370.

² En las zonas rurales se desarrollará ahora una lucha por los pequeños campesinos y, en parte por los campesinos medios. Los terratenientes, apoyándose en los campesinos ricos, tratarán de que éstos se subordinen a la burguesía. Nosotros, apoyándonos en los asalariados rurales y en los pobres del campo, debemos conducirlos a la más estrecha unión con el proletariado urbano.

con acierto la cuestión práctica, en extremo importante, que es cuestión de vida o muerte para millones de hombres: la justa distribución de los cereales, el aumento de su producción, etc.

Surge la pregunta: ¿Cuál debe ser la función de los Soviets de Diputados Obreros? “Deben ser considerados como los órganos de la insurrección, como los órganos del poder revolucionario”, decíamos ya en el número 47 del *Sotsial-Demokrat* de Ginebra, el 13 de octubre de 1915.

Esta proposición teórica, deducida de la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905, debe ser explicada y desarrollada concretamente, basándose en la experiencia práctica, precisamente de la etapa actual, de la actual revolución en Rusia.

Necesitamos un gobierno revolucionario, necesitamos (durante un cierto período de transición) un Estado. Esto es lo que nos distingue de los anarquistas. La diferencia entre los marxistas revolucionarios y los anarquistas, no sólo consiste en que los primeros son partidarios de la gran producción comunista centralizada, mientras que los segundos son partidarios de la pequeña producción dispersa. No, la diferencia entre nosotros, precisamente en la cuestión del gobierno, del Estado, consiste en que nosotros estamos por la utilización revolucionaria de formas revolucionarias de Estado en la lucha por el socialismo y los anarquistas están en contra.

Necesitamos un Estado. Pero no la clase de Estado que ha creado la burguesía en todas partes, desde las monarquías constitucionales hasta las repúblicas más

democráticas. Y en ello nos distinguimos de los oportunistas y de los kautskistas de los viejos y decadentes partidos socialistas, que han deformado u olvidado las enseñanzas de la Comuna de París y el análisis que de estas enseñanzas hicieron Marx y Engels³.

Necesitamos un Estado, pero no del tipo que necesita la burguesía, con organismos de gobierno —en forma de policía, ejército y burocracia (funcionarios públicos)— separados del pueblo y en contra de él. Todas las revoluciones burguesas se han limitado a perfeccionar esa maquinaria del Estado, a transferirla simplemente de manos de un partido a las de otro.

Por otra parte, si el proletariado quiere defender las conquistas de la presente revolución y seguir adelante, si quiere conquistar la paz, el pan y la libertad, debe, empleando la expresión de Marx, “destruir” esa maquinaria del Estado “prefabricada” y remplazarla por otra nueva, fusionando la policía, el ejército y la burocracia con *todo el pueblo armado*. Siguiendo el camino indicado por la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905, el proletariado debe organizar y armar a todos los sectores pobres y explotados de la población, a fin de que ellos mismos puedan tomar directamente en sus propias manos los organismos del poder del Estado y *puedan ellos mismos establecer* esos organismos del poder del Estado.

Los obreros de Rusia emprendieron ya ese camino en la primera etapa de la primera revolución, en febrero-marzo de 1917. Ahora todo estriba en comprender claramente cuál es este nuevo camino, en seguir adelante por él, con firmeza y



VLADIMIR ILLICH LENIN/FRAGMENTO DE LAS CARTAS DESDE LEJOS

³ En una de mis próximas cartas o en un artículo especial trataré en forma detallada de este análisis hecho especialmente en *La guerra civil de Francia*, de C. Marx, en el prefacio de Engels a la tercera edición de dicha obra, en las cartas de Marx del 12 de abril de 1871 y de Engels del 18 y del 28 de marzo de 1875, así como de la forma en que Kautsky tergiversó por completo el marxismo en la polémica que sostuvo en 1912 con Pannekoek sobre el problema de la llamada “destrucción del Estado”.

perseverancia.

Los capitalistas anglo-franceses y rusos “sólo” querían alejar a Nicolás II, o sólo “asustarlo”, y dejar intacta la vieja maquinaria del Estado, la policía, el ejército y la burocracia.

Los obreros fueron más lejos y la destruyeron. Y ahora no sólo los capitalistas anglo-franceses, sino también los alemanes, *braman* con furia y espanto al ver, por ejemplo, que los soldados rusos fusilan a sus oficiales, como en el caso del almirante Nepenin, ese partidario de Guchkov y de Miliukov.

He dicho que los obreros han destruido la vieja maquinaria del Estado. Más correcto sería decir: han comenzado a destruirla. Tomemos un ejemplo concreto.

En Petersburgo y en muchos otros lugares la policía en parte ha sido liquidada y en parte dispersada. El gobierno Guchkov-Miliukov no puede restaurar la monarquía ni, en general, conservar el poder sin restablecer antes la fuerza policial como una organización especial de hombres armados a las órdenes de la burguesía, separada del pueblo y en contra de él. Esto es claro como el día.

Por otra parte, el nuevo gobierno se ve obligado a tener en cuenta al pueblo revolucionario, a alimentarlo con concesiones a medias y con promesas, a ganar tiempo. Por ello recurre a medidas a medias: organiza una “milicia popular” con oficiales designados por elección (¡esto suena terriblemente respetable, terriblemente democrático, revolucionario y hermoso!), pero en primer lugar, pone esta milicia bajo el control de los zemstvos y las municipalidades, es decir, ¡¡a las órdenes de los terratenientes y de los capitalistas elegidos según las leyes promulgadas por Nicolás II el Sanguinario y por Stolipin el Verdugo!! En segundo lugar, a pesar de que la llama “milicia popular”, para echar tierra a los ojos del “pueblo”, no llama a todo el

pueblo a incorporarse a esta milicia y *no obliga* a los patronos y capitalistas a *pagar* a los obreros y empleados el salario corriente *por las horas y los días* que consagran al servicio público, es decir, a la milicia.

Esta es la trampa. Así es como el gobierno terrateniente y capitalista de los Guchkov y los Miliukov consigue tener una “milicia popular” en el papel, mientras que en realidad restablece poco a poco, bajo cuerda, la milicia burguesa, antipopular. Al principio consistirá en “8,000 estudiantes y profesores” (como describen los periódicos extranjeros a la actual milicia de Petersburgo) —¡evidentemente una niñería!— y después, poco a poco, será organizada con las antiguas y las nuevas fuerzas de seguridad.

¡Impedir el restablecimiento de las fuerzas de seguridad! ¡No dejar escapar de las manos los gobiernos locales! ¡Organizar una milicia que abarque al pueblo entero, auténticamente universal, dirigida por el proletariado! Esta es la tarea del día, esta es la consigna del momento, que responde por igual a los intereses bien comprendidos de la ulterior lucha de clase del ulterior movimiento revolucionario y al instinto democrático de cada obrero, de cada campesino, de cada trabajador explotado, que no puede dejar de odiar a la policía, a las patrullas de la gendarmería, a los esbirros de la aldea, al imperio de los terratenientes y capitalistas sobre hombres armados con poder sobre el pueblo.

¿Qué clase de fuerzas de seguridad necesitan ellos, los Guchkov y los Miliukov, los terratenientes y los capitalistas? Del mismo tipo que las existentes bajo la monarquía zarista. Todas las repúblicas burguesas y democrático-burguesas del mundo crearon o restablecieron, después de los más breves períodos revolucionarios, precisamente esas fuerzas de seguridad, una organización especial de hombres armados subordinados de una u otra forma, a la

burguesía, separados del pueblo y en contra de él.

¿Qué clase de milicia necesitamos nosotros, el proletariado, todo el pueblo trabajador? Una auténtica milicia popular, es decir, una milicia que en primer lugar, esté formada por la población entera, por todos los ciudadanos adultos de ambos sexos y que, en segundo lugar, combine las funciones de un ejército popular con funciones de policía, con las funciones de órgano principal y fundamental del orden público y de la administración pública.

Para hacer más comprensibles estas ideas tomaré un ejemplo puramente esquemático. No es necesario decir que sería absurdo querer trazar cualquier tipo de “plan” para una milicia proletaria: cuando los obreros y el pueblo entero la lleven a la práctica, verdaderamente en forma masiva, la constituirán y organizarán cien veces mejor que cualquier teórico. Yo no propongo un “plan”, sólo quiero ilustrar mi idea.

Petersburgo tiene una población de alrededor de dos millones de habitantes; de éstos, más de la mitad oscilan entre los 15 y los 65 años. Tomemos la mitad, un millón. Restémosle incluso toda una cuarta parte: los físicamente incapacitados, etc., que no participan hoy en el servicio público por causas justificadas. Quedan 750,000 personas que, sirviendo en la milicia, digamos, un día de cada quince (y percibiendo el salario de estos días de su patrono), formarían un ejército de 50,000 hombres.

¡Este es el tipo de “Estado” que necesitamos!

Este es el tipo de milicia que sería una “milicia popular”, en los hechos y no sólo de palabra.

Así es como debemos proceder para evitar el restablecimiento de una fuerza de seguridad especial o de un ejército especial, separado del pueblo.

Esa milicia compuesta en un 95 por ciento

por obreros y campesinos, expresaría el pensamiento, la voluntad verdaderos, la fuerza y el poder de la inmensa mayoría del pueblo. Esa milicia armaría de verdad a todo el pueblo y le daría instrucción militar, sería una garantía –no al estilo de Guchkov o Miliukov– contra todas las tentativas de restablecer la reacción, contra todos los designios de los agentes zaristas. Esa milicia sería el organismo ejecutivo de los “Soviets de Diputados Obreros y Soldados”, gozaría del respeto y la confianza *ilimitados* del pueblo, pues ella misma sería una organización del pueblo entero. Esta milicia transformaría la democracia, de hermoso rótulo que encubre la esclavización y tormento del pueblo por los capitalistas, en un medio de verdadera *educación de las masas* para que participen en todos los asuntos del Estado. Esta milicia incorporaría a los jóvenes a la vida política, y los educaría no sólo con palabras, sino mediante la acción, mediante el trabajo. Esta milicia desplegaría las funciones que, hablando en lenguaje científico, entran dentro de la esfera del “cuidado del bienestar público”, la inspección sanitaria, etc., e incorporarían a esta labor a todas las mujeres adultas. Si no se incorpora a las mujeres a las funciones públicas, a la milicia y a la vida política, si no se arranca a las mujeres del ambiente embrutecedor del hogar y la cocina, será imposible incluso construir la democracia, sin hablar ya del socialismo.

Esta milicia sería una milicia proletaria, porque los obreros industriales y urbanos ejercerían una influencia dirigente sobre la masa de los pobres de manera tan natural e inevitable como desempeñaron el papel dirigente en la lucha revolucionaria del pueblo, tanto en 1905-1907 como en 1917.

Esta milicia aseguraría el orden absoluto y observaría con toda abnegación una disciplina basada en la camaradería. Al mismo tiempo, en la grave crisis que sufren todos los países en guerra, esta milicia

permitiría combatir dicha crisis por medios verdaderamente democráticos, procediendo a hacer un reparto justo y rápido de los cereales y de otros víveres, introduciendo el “servicio de trabajo obligatorio”, al que los franceses llaman hoy “movilización civil” y los alemanes “servicio civil”, y sin el cual es imposible –se ha probado que es imposible– restañar las heridas que ha infligido y continúa infligiendo la terrible guerra de rapiña.

¿Acaso el proletariado de Rusia derramó su sangre sólo para recibir hermosas promesas de reformas democráticas de carácter político y nada más? ¿Será posible que no exija y garantice que todo trabajador vea y perciba *inmediatamente* alguna mejora en sus condiciones de vida? ¿Que cada familia tenga pan? ¿Que cada niño tenga una botella de buena leche y que ni un solo adulto de familia rica se atreva a consumir más de su ración de leche mientras no la tengan los niños? ¿Que los palacios y los ricos apartamentos abandonados por el zar y la aristocracia no queden desocupados y den refugio a los que no tienen hogar y a los indigentes? ¿Quién puede aplicar estas medidas excepto la milicia popular, en la que las mujeres deben participar al igual que los hombres?

Esas medidas aún no constituyen el socialismo. Atañen a la regulación del consumo, y no a la reorganización de la producción. No significarían aún la “dictadura del proletariado”, sino solamente la “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado pobre”. No se trata de hacer una clasificación teórica. Cometeríamos un grave error si quisiéramos meter por la fuerza los objetivos de la

revolución, complejos, apremiantes y en rápido desarrollo, en el lecho de Procusto de una “teoría” estrechamente concebida, en lugar de considerar la teoría ante todo y sobre todo como *una guía para la acción*.

Cometeríamos un grave error si quisiéramos meter por la fuerza los objetivos de la revolución, complejos, apremiantes y en rápido desarrollo, en el lecho de Procusto de una “teoría” estrechamente concebida, en lugar de considerar la teoría ante todo y sobre todo como una guía para la acción.

¿Posee la masa de los obreros rusos suficiente conciencia de clase, firmeza y heroísmo para realizar “prodigios de organización proletaria” después de haber realizado, en la lucha revolucionaria directa, prodigios de audacia, de iniciativa y de espíritu de sacrificio? Esto no lo sabemos, y sería ocioso entregarse a conjeturas, pues sólo la práctica puede dar respuesta a

semejantes cuestiones.

Lo que sí sabemos con certeza, y lo que nosotros, como partido, debemos explicar a las masas es, por una parte, que la enorme potencia de la locomotora de la historia está engendrando una crisis sin precedente, el hambre y calamidades incalculables. Esa locomotora es la guerra, hecha por los capitalistas de ambas coaliciones beligerantes con fines de rapiña. Esa “locomotora” ha conducido al borde de la ruina a muchas naciones de las más ricas, más libres y más cultas. Obliga a los pueblos a poner en tensión, hasta el límite, todas sus energías, colocándolos en una situación insoportable, poniendo a la orden del día, no la aplicación de ciertas “teorías” (una ilusión contra la cual Marx previno siempre a los socialistas), sino la aplicación de las medidas prácticas más extremas, porque sin medidas extremas, a millones de seres les espera la muerte, la muerte inmediata y cierta por hambre.

No es necesario demostrar que el entusiasmo revolucionario de la clase avanzada puede mucho cuando la situación objetiva exige de todo el pueblo la adopción de medidas extremas. Este aspecto lo ve y lo siente claramente todo el mundo, en Rusia.

Es importante comprender que en tiempos revolucionarios la situación objetiva cambia con la misma rapidez y brusquedad que el curso de la vida en general. Y nosotros debemos saber adaptar nuestra táctica y nuestras tareas inmediatas a las *características específicas* de cada situación dada. Hasta febrero de 1917 la tarea inmediata era realizar una audaz propaganda revolucionaria internacionalista, llamar a las masas a luchar, despertarlas. Las jornadas de febrero-marzo exigieron el heroísmo de una lucha abnegada para aplastar al enemigo inmediato, el zarismo. Ahora nos encontramos en un período de transición de esta primera etapa de la revolución a la segunda, de “pelear” con el zarismo a “pelear” con el imperialismo terrateniente y capitalista de Guchkov-Miliukov. La tarea inmediata es la *organización*, no sólo en el sentido estereotipado de entregarse a constituir organizaciones estereotipadas, sino en el sentido de incorporar, en proporciones nunca vistas, a amplias masas de las clases oprimidas a una organización que se haría cargo de las funciones militares, políticas y económicas del Estado.

El proletariado ha abordado y abordará de diversas maneras esta tarea original. En algunos lugares de Rusia la revolución de febrero-marzo ha puesto casi la totalidad del poder en sus manos; en otros, el proletariado quizá comience a organizar y desarrollar en forma “subrepticia” la milicia proletaria; y en otros probablemente luchará por elecciones inmediatas, sobre la base del sufragio universal, etc., a los municipios y a los zemstvos, para convertirlos en centros revolucionarios, etc., hasta que el crecimiento de la organización proletaria, la

unión de los soldados con los obreros, el movimiento entre el campesinado y la desilusión que muchos experimentarán respecto del gobierno guerrillista imperialista de Guchkov y Miliukov, acerquen la hora de remplazar ese gobierno por el “gobierno” del Soviet de Diputados Obreros.

Tampoco debemos olvidar que muy cerca de Petersburgo se encuentra uno de los países más avanzados, realmente republicano, o sea Finlandia, que desde 1905 a 1917, escudado por las batallas revolucionarias de Rusia, ha desarrollado, en forma relativamente pacífica, la democracia y ha conquistado para el socialismo a la mayoría de su población. El proletariado de Rusia garantizará a la república finlandesa una libertad completa, incluida la libertad de separación (ahora que el kadete Ródichev regatea tan indignamente en Helsingfors migajas de privilegios para los gran rusos, es difícil que un solo socialdemócrata abrigue dudas al respecto), y precisamente de esa manera se ganará la confianza completa y la ayuda fraterna de los obreros finlandeses a la causa del proletariado de toda Rusia. Los errores son inevitables en toda empresa difícil y grande; tampoco los evitaremos nosotros.

Los obreros finlandeses son mejores organizadores, nos ayudarán en este aspecto, impulsarán, a su manera, la instauración de la república socialista.

Las victorias revolucionarias en la propia Rusia –los éxitos de la organización pacífica en Finlandia, escudada por esas victorias–, el paso de los obreros rusos a las tareas revolucionarias de organización en una nueva escala –la toma del poder por el proletariado y las capas más pobres de la población–, el estímulo y el desarrollo de la revolución socialista en Occidente: tal es el camino que nos conducirá a la *paz* y al *socialismo*.



La Dualidad de Poderes¹

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

El problema del Poder del Estado es el fundamental en toda revolución. Sin comprenderlo claramente no puede ni pensarse en participar de modo consciente en la revolución y mucho menos en dirigirla.

Una particularidad notable en grado sumo de nuestra revolución consiste en que ha engendrado *una dualidad de poderes*. Es necesario, ante todo, explicarse este hecho, pues sin ello será imposible seguir adelante. Es menester saber completar y corregir las viejas “fórmulas”, por ejemplo, las del bolchevismo, acertadas en general, como se ha demostrado, pero cuya realización concreta ha resultado ser diferente. Nadie pensaba ni podía pensar antes en la dualidad de poderes.

¿En qué consiste la dualidad de poderes? En que junto al Gobierno Provisional, junto al gobierno de la burguesía, se ha formado otro gobierno, débil aún, embrionario, pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los Soviets de Diputados Obreros y Soldados.

¿Cuál es la composición de clase de este otro gobierno? El proletariado y los campesinos (con uniforme de soldado). ¿Cuál es el carácter político de este gobierno? Es una dictadura revolucionaria, es decir, un Poder que se apoya directamente en la conquista revolucionaria, en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo, y no en la ley promulgada por el Poder centralizado del Estado. Es un Poder completamente diferente del de la república parlamentaria democrático–burguesa, del tipo general que impera hasta ahora en los países avanzados de Europa y América. Esta circunstancia se olvida con frecuencia, no se medita sobre ella, a pesar de que en ella reside toda la esencia del problema. Este Poder es un Poder del mismo tipo que la Comuna de París de 1871.

Los rasgos fundamentales de este tipo de Poder son: 1. La fuente del Poder no está en una ley, previamente discutida y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares, desde abajo y en cada lugar, en la “toma” directa del Poder,

VLADIMIR ILICH LENIN/LA DUALIDAD DE ... VLADIMIR ILICH LENIN/LA DUALIDAD DE ... VLADIMIR ILICH LENIN/LA DUALIDAD DE ...



¹ Este breve pero incisivo texto, que ha originado tantos debates y tantas malas interpretaciones, nos parece un complemento muy adecuado del texto anterior de Lenin, pues en el se prolonga una de las líneas centrales del razonamiento y la argumentación contenidos en las *Cartas desde Lejos*. Por eso lo incluimos también en este número de *Contrahistorias*, a partir del texto editado en Vladimir Ilich Lenin, *Obras Escogidas*, 3 tomos, Ed. Progreso, Moscú, sin fecha, tomo 2, pp. 40–42.

para emplear un término en boga. 2. Sustitución de la policía y del ejército, como instituciones apartadas del pueblo y contrapuestas a él, por el armamento directo de todo el pueblo; con este Poder guardan el orden público los mismos obreros y campesinos armados, el mismo pueblo en armas. 3. Los funcionarios y la burocracia son sustituidos también por el Poder directo del pueblo o, al menos, sometidos a un control especial, se transforman en simples funcionarios públicos, no sólo elegibles, sino también amovibles en todo momento, en cuanto el pueblo lo exija; se transforman de casta privilegiada, con una elevada retribución, con una retribución burguesa de sus “puestecitos”, en obreros de una “rama” especial, cuya remuneración no excede al salario corriente de un obrero calificado.

En esto, y sólo en esto, radica la esencia de la Comuna de París como tipo especial de Estado. Y esta esencia es la que han olvidado y desfigurado los señores Plejánov (los chovinistas manifiestos, que han traicionado al marxismo), Kautsky (los “centristas”, es decir, los que vacilan entre el chovinismo y el marxismo) y, en general, todos los socialdemócratas, socialrevolucionarios, etc., que dominan hoy día.

Salen del paso con frases, se refugian en el silencio, escurren el bulto, se felicitan mutuamente una y mil veces por la revolución y no quieren reflexionar en lo que son los Soviets de Diputados Obreros y Soldados. No quieren ver la verdad manifiesta de que en la medida en que esos Soviets existen, en la medida en que son un Poder, existe en Rusia un Estado del tipo de la Comuna de París.

Subrayo “en la medida”, pues sólo se trata de un Poder en estado embrionario. De un Poder que, pactando directamente con el Gobierno Provisional burgués y haciendo una serie de concesiones de hecho, ha cedido y cede sus posiciones a la burguesía.

¿Por qué? ¿Quizá porque Chjeidze, Tsereteli, Steklov y Cía. cometan un “error”? ¡Tonterías! Así puede pensar un filisteo, pero no un marxista. La causa está en el insuficiente grado de conciencia y en la insuficiente organización de los proletarios y de los campesinos. El “error” de los jefes mencionados reside en su posición pequeñoburguesa, en que embotan la conciencia de los obreros en vez de abrirles los ojos, en que les inculcan ilusiones pequeñoburguesas en vez de destruirselas, en que refuerzan la influencia de la burguesía sobre las masas en vez de emancipar a éstas de esa influencia.

Lo dicho debiera bastar para comprender por qué también nuestros camaradas cometen tantos errores al formular “simplemente” esta pregunta: ¿se debe derribar inmediatamente al Gobierno Provisional?

Respondo: 1) se le debe derribar, pues es un gobierno oligárquico, un gobierno burgués, y no del pueblo; un gobierno que no puede dar ni paz, ni pan, ni plena libertad; 2) no se le puede derribar inmediatamente, pues se sostiene gracias a un pacto directo e indirecto, formal y efectivo, con los Soviets de Diputados Obreros y, sobre todo, con el principal de ellos, el Soviet de Petrogrado; 3) en general, no se le puede “derribar” por la vía habitual, pues se asienta en el “apoyo” que presta a la burguesía el segundo gobierno, el Soviet de Diputados Obreros, y éste es el único gobierno revolucionario posible, que expresa directamente la conciencia y la voluntad de la mayoría de los obreros y campesinos. La humanidad no ha creado hasta hoy, ni nosotros conocemos, un tipo de gobierno superior ni mejor que los Soviets de Diputados Obreros, Trabajadores Rurales, Campesinos y Soldados.

Para convertirse en Poder, los obreros conscientes tienen que ganarse a la mayoría: mientras no exista violencia contra las masas, no habrá otro camino para llegar al Poder.

No somos blanquistas, no somos partidarios de la toma del Poder por una minoría. Somos marxistas, partidarios de la lucha proletaria de clase contra la embriaguez pequeñoburguesa, contra el defensismo chovinista, contra las frases huecas, contra la dependencia respecto de la burguesía.

Fundemos un partido comunista proletario; los mejores militantes del bolchevismo han creado ya los elementos de ese partido; unámonos estrechamente en la labor proletaria de clase y veremos cómo vienen a nosotros, en masas cada vez mayores, los proletarios y los campesinos pobres. Porque la vida se encargará de destruir cada día las ilusiones pequeñoburguesas de los “socialdemócratas”, de los Chjeidze, de los Tsereteli, de los Steklov, etc., de los “socialrevolucionarios”, de los pequeños burgueses todavía más “puros”, etc., etc.

La burguesía defiende el Poder único de la burguesía.

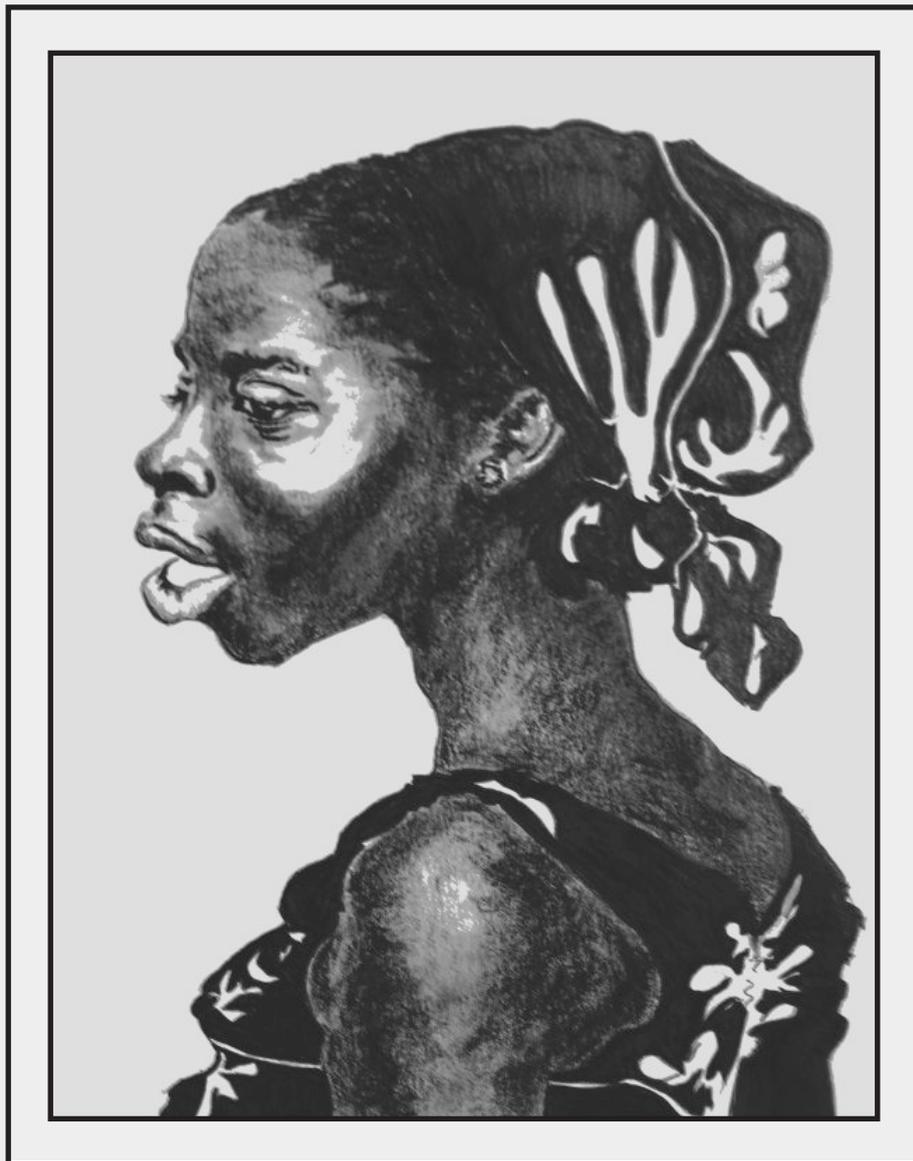
Los obreros conscientes defienden el Poder único de los Soviets de Diputados Obreros, Trabajadores Rurales, Campesinos y Soldados, el Poder único que es necesario preparar esclareciendo la conciencia proletaria, emancipando al proletariado de la influencia de la burguesía, y no por medio de aventuras.

La pequeña burguesía –los “socialdemócratas”, los social–revolucionarios, etc., etc.– vacila, entorpeciendo este esclarecimiento, esta emancipación.

Tal es la verdadera correlación de las fuerzas de clase, que determina nuestras tareas.

* * *





DULCE ISABEL AGUIRRE BARRERA
A la Espera
Técnica: Medios Mixtos



EL HIL DE ARIADNA

Todos somos como una suerte de Teseos modernos, cuando nos enfrentamos al laberinto complejo del verdadero análisis crítico de la realidad histórica y del mundo de lo social. Y si lo que queremos, es entender esa realidad no solamente en su limitada y superficial positividad inmediata, sino también en su siempre inquieta y creadora negatividad, nos hace falta ese hilo de Ariadna de la perspectiva crítica y a contrapelo de los hechos, fenómenos y procesos que el Minotauro del poder, el sometimiento y la dominación, resguarda para que se mantenga igual el injusto orden social existente.

*Por eso esta sección será una cantera siempre abierta de nuevas pistas, de permanentes búsquedas, de audaces tentativas y de constantes ensayos para poder acercarnos a ese 'lado malo de la historia' por el que irrumpe siempre el cambio, y por el que se cuelean todo el tiempo esas **Contra**historias subversivas que aquí habrán de encontrar tanto su foro, como también uno de los mejores lugares de cultivo y de vasta proyección.*

León Trotsky

EL SOVIET DE PETERSBURGO DE 1905¹



EL HILO DE ARIADNA

La formación del Soviet de Diputados Obreros

Octubre, noviembre y diciembre de 1905: es la época culminante de la revolución. Comenzó por la modesta huelga de los tipógrafos moscovitas y se cerró con el saqueo de la antigua capital de los zares, entregada a las tropas del gobierno. Pero con la excepción de la hora final –la de la insurrección moscovita–, el primer lugar en los acontecimientos de este periodo no corresponde a Moscú.

El papel de Petersburgo en la Revolución Rusa no puede compararse con el de París en la revolución que cierra el siglo XVIII. Las condiciones generales de la economía aún primitiva de Francia, el estado rudimentario de sus medios de comunicación por una parte, y por otra su centralización administrativa, permitían a París localizar de hecho la revolución entre sus murallas. Todo lo contrario sucedió entre nosotros. El desarrollo capitalista suscitó en Rusia otros focos revolucionarios separados, tantos como centros industriales existían, y éstos, aún conservando la independencia y espontaneidad de sus movimientos, seguían estando estrechamente ligados entre sí. El ferrocarril y el telégrafo descentralizaban la revolución, a pesar del carácter centralizado del Estado, y sin embargo, los mismos medios de comunicación daban unidad a todas las manifestaciones locales de la fuerza revolucionaria. Sí, a fin de cuentas, puede admitirse que la voz de Petersburgo haya tenido una influencia preponderante, esto no quiere decir que toda la revolución estuviera concentrada en la Perspectiva Nevski o delante del Palacio de

¹ Este texto de León Trotsky es una crónica muy vívida y de primera mano del nacimiento y del papel del Soviet de Petersburgo de 1905, del cual él mismo fue Presidente. En ella se refleja cómo las clases populares desatan su enorme iniciativa creativa, en cuanto deciden ponerse en movimiento y comenzar a subvertir radicalmente el actual orden existente. Por esta razón, *Contrahistorias* recupera este texto, publicado inicialmente en el libro coordinado por Ernest Mandel, *Control Obrero, Consejos Obreros, Autogestión*, Ed. Era, México, 1974, pp. 64–76.

Invierno; significa simplemente que las consignas y los métodos de lucha que preconizaba Petersburgo, encontraron un poderoso eco revolucionario en todo el país. La organización de Petersburgo, la prensa de Petersburgo, proporcionaban modelos rápidamente adoptados por las provincias. Los acontecimientos que se produjeron en los diversos rincones del país, con excepción de las rebeliones de la flota y de las fortalezas, nunca presentaron un valor independiente.

Por lo tanto, si tenemos derecho a colocar la capital del Neva en el centro de todos los acontecimientos con que acaba 1905, en el propio Petersburgo, hemos de conceder el lugar más alto al Consejo o Soviet de Diputados Obreros. Esta es, realmente, la más importante organización obrera que haya conocido Rusia hasta hoy. Además, el Soviet de Petersburgo fue un ejemplo y un modelo para Moscú, Odesa y varias otras ciudades. Pero hay que señalar sobre todo que esta organización, que verdaderamente emanaba de la clase de los proletarios, fue la organización—tipo de la revolución. Todos los acontecimientos giraron en torno al Soviet, todos los hilos se anudaron a él, todos los llamamientos procedieron de él.

¿Qué era el Soviet?

El Soviet de Diputados Obreros se formó para responder a una necesidad objetiva, suscitada por la coyuntura de entonces: era preciso tener una organización que gozase de una autoridad indiscutible, libre de toda tradición, que agrupara desde el primer momento a las multitudes diseminadas y desprovistas de enlace; esta organización debía ser la confluencia para todas las corrientes revolucionarias en el interior del proletariado; tenía que ser capaz de iniciativa

y de controlarse a sí misma automáticamente; lo esencial, en fin, era poder ponerla en marcha en veinticuatro horas.

La organización socialdemócrata, que vinculaba estrechamente, en sus retiros clandestinos, a varios cientos, y mediante la circulación de las ideas, a miles de obreros en Petersburgo, estaba en condiciones de dar a las masas una consigna que iluminase su experiencia natural a la luz fulgurante del pensamiento político; pero el partido no hubiera sido capaz de unificar por un nexo vivo, en una sola *organización*, a los miles y miles de hombres de que se componía la multitud: en efecto, el partido siempre había realizado lo esencial de su trabajo en laboratorios secretos, en los antros de la conspiración que las masas ignoraban. La organización de los socialistas revolucionarios sufría de las mismas enfermedades de la vida subterránea, agravadas incluso por su impotencia e inestabilidad. Las dificultades existentes entre las dos fracciones igualmente fuertes de la socialdemocracia, por una parte, y su lucha con los socialistas revolucionarios por otra, hacían absolutamente indispensable la creación de una organización *imparcial*.

Para tener autoridad sobre las masas, al día siguiente de su formación, tenía que instituirse sobre la base de una representación muy amplia. ¿Qué principio había de adoptarse? La respuesta era obvia. Al ser el proceso de producción el único nexo que existía entre las masas proletarias, desprovistas de organización, no había otra alternativa sino atribuir el derecho de representación a las fábricas y los talleres². Se tenía como ejemplo y precedente la

² Había un delegado por cada quinientos obreros. Las pequeñas empresas industriales se unían para formar agrupaciones de electores. Los jóvenes sindicatos recibieron igualmente el derecho de representación. Es preciso decir, sin embargo, que estas normas no eran observadas con mucho rigor; algunos delegados no representaban más que a cien o doscientos obreros, e incluso menos (1909).

comisión del senador Chidlovski. Una de las dos organizaciones socialdemócratas de Petersburgo tomó la iniciativa de la creación de una administración autónoma revolucionaria obrera el 10 de octubre, en el momento en que se anunciaba la mayor de las huelgas. El 13 por la noche, en el edificio del Instituto Tecnológico, tuvo lugar la primera sesión del futuro Soviet. Sólo estaban unos treinta o cuarenta delegados.

Fue decidido llamar inmediatamente al proletariado de la capital a la huelga política general, y a la elección de delegados. “La clase obrera—decía el llamamiento redactado en la primera sesión—se ha visto obligada a recurrir a la última medida de que dispone el movimiento obrero mundial: la huelga general... En el plazo de unos días, deben producirse acontecimientos decisivos en Rusia. Determinarán para muchos años la suerte de la clase obrera; tenemos pues que ir por delante de los hechos con todas las fuerzas disponibles, unificadas bajo la égida de nuestro Soviet común...”

Esta decisión de importancia incalculable fue adoptada por unanimidad; ni siquiera hubo debate sobre el principio de la huelga general, sobre los métodos que convenían, sobre los fines y las posibilidades que podían contemplarse, y fueron sin embargo estas cuestiones las que suscitaron, poco tiempo después, una lucha ideológica apasionada en las filas de nuestro partido alemán. No existe necesidad alguna de explicar este hecho por las diferencias psicológicas de las nacionalidades; por el contrario, es a nosotros los rusos a quienes podría reprocharse una predilección enfermiza por las filigranas de la táctica y el abuso de las sutilezas en el detalle. La razón verdadera de la conducta adoptada se encuentra en el carácter revolucionario del periodo. El Soviet, desde el momento en que fue instituido hasta el de su pérdida, permaneció bajo la poderosa presión del elemento revolucionario, el cual, sin perderse en

consideraciones vanas, desbordó el trabajo de la *intelligentsia* política.

Cada uno de los niveles de la representación obrera estaba predeterminado, “la táctica” a seguir se imponía de manera evidente. No había que examinar los métodos de lucha, apenas se contaba con el tiempo de formularlos...

La huelga de octubre caminaba con paso seguro hacia su apogeo. A la cabeza del cortejo avanzaban los obreros del metal y la imprenta. Fueron los primeros en entrar en combate y formularon en forma neta y precisa, el 13 de octubre, sus lemas políticos.

“Declaramos la huelga política—articulaba la fábrica de Obujov, ciudadela de la revolución— y lucharemos hasta el fin por la convocatoria de la Asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto, con el fin de instaurar en Rusia la república democrática.”

Al promulgar los mismos lemas, los obreros de las plantas eléctricas declaraban: “Unidos con la socialdemocracia, lucharemos por nuestras reivindicaciones hasta el fin, y afirmamos ante toda la clase obrera que estamos dispuestos a combatir con las armas en la mano por la liberación total del pueblo”.

La exigencia del momento era definida de manera aún más atrevida por los obreros tipógrafos que enviaban, el 14 de octubre, sus diputados al Soviet: “Reconociendo que la lucha pasiva es por sí misma insuficiente, que no basta con abandonar el trabajo, decidimos: que es preciso transformar las tropas de la clase obrera en huelga en un ejército revolucionario, es decir, organizar inmediatamente compañías de combate. Que estas compañías se ocupen de armar al resto de las masas obreras, si es preciso mediante el saqueo de las armerías y arrebatando sus armas a la policía y el ejército allí donde se pueda.” Esta resolución no se quedó en meras palabras. Las compañías de

tipógrafos armados alcanzaron un éxito notable al apoderarse de las grandes imprentas que sirvieron para la publicación de las *Noticias del Soviet de Diputados Obreros* [*Izvestia*]; rindieron servicios inapreciables con ocasión de la huelga de correos y telégrafos.

El 15 de octubre, todavía trabajaban en su mayor parte las fábricas textiles. Con el fin de arrastrar a la huelga a los abstencionistas, el Soviet elaboró toda una serie de medios graduales, desde las exhortaciones hasta el empleo de la violencia. No se vio obligado, empero, a recurrir a este extremo. Si los llamamientos impresos permanecían sin efecto, bastaba con la aparición de una multitud de huelguistas, a veces incluso de unos cuantos hombres, para que cesase el trabajo.

“Yo pasaba delante de la fábrica Pecquelieu, informa al Soviet uno de los diputados. Veo que trabajan dentro. Llamo. “Diga que es un diputado del Soviet Obrero”. “¿Y qué quiere usted?, pregunta el gerente”. “En nombre del Soviet, exijo que su fábrica cierre inmediatamente.” “Bien, a las tres abandonaremos el trabajo”.

El 16 de octubre, todas las fábricas textiles estaban ya en huelga. Sólo en el centro de la ciudad estaban abiertas las tiendas. En los barrios obreros todo comercio había cesado. Al ampliar la huelga, el Soviet se ampliaba y afirmaba a sí mismo. Toda fábrica que abandonaba el trabajo nombraba un representante y lo enviaba, provisto de los papeles necesarios, al Soviet. En la segunda sesión, 40 grandes fábricas estaban ya representadas, así como dos fábricas y tres sindicatos: los de los tipógrafos, empleados de almacén y contables. A esta sesión, que

... el pueblo revolucionario de Petersburgo por nosotros representado, se encontraría apretado en las ratoneras que nos ofrece el general Trepov. Declaramos nuestro propósito de continuar nuestras Asambleas en las Universidades, en las fábricas, en las calles y allí donde nos convenga”.

tuvo lugar en el anfiteatro de física del Instituto Tecnológico, asistía por primera vez el autor del presente artículo.

Era el 14 de octubre: la huelga por una parte, la división en las filas del gobierno por otra, todo afirmaba la proximidad de una crisis. En aquel día apareció el célebre decreto de Trepov: “No disparar al aire y no ahorrar munición”. Al día siguiente, el 15 de octubre, el mismo Trepov reconocía de repente que

“entre el pueblo, se hacía sentir la necesidad de reuniones” y, aún prohibiendo los mítines en los establecimientos de enseñanza superior, prometía poner tres edificios de la ciudad a la disposición de las Asambleas. “Qué cambio en veinticuatro horas—escribíamos entonces en *Izvestia*—: ayer sólo estábamos maduros para la munición y hoy lo estamos para las reuniones públicas. Este truhán sanguinario tiene razón: en las grandes jornadas de lucha, el pueblo gana madurez de hora en hora”.

A pesar de la prohibición, las escuelas superiores estaban atestadas en la noche del 14. Las reuniones se celebraban en todas partes. “Nosotros, reunidos aquí, declaramos—tal fue la respuesta que se dio al gobierno—, que el pueblo revolucionario de Petersburgo por nosotros representado, se encontraría apretado en las ratoneras que nos ofrece el general Trepov. Declaramos nuestro propósito de continuar nuestras Asambleas en las Universidades, en las fábricas, en las calles y allí donde nos convenga”. En la sala de actos del Instituto Tecnológico, donde tuvimos ocasión de hablar sobre la necesidad de reclamar de la Duma municipal el armamento de la milicia obrera, nos trasladamos al anfiteatro de

física. Allí vimos por primera vez el Soviet de Diputados, que sólo existía desde la víspera. Había, sobre los escalones, un centenar de delegados obreros y miembros de los partidos revolucionarios.

El presidente y los secretarios estaban sentados en la mesa de demostraciones. La Asamblea tenía más aire de consejo de guerra que de parlamento. ¡Ni rastro de verbosidad, esa plaga de las instituciones representativas! Las cuestiones sobre las que se deliberaba —la extensión de la huelga y las exigencias a presentar a la Duma—, eran de carácter puramente práctico, y los debates se proseguían sin frases inútiles, en términos breves, enérgicos. Se sentía que cada segundo valía un siglo. La menor veleidad de retórica tropezaba con una resuelta protesta del presidente, apoyada por todas las simpatías de la austera Asamblea. Fue encargada, una diputación especial, de formular ante la Duma municipal las reivindicaciones siguientes: 1º. Adoptar medidas inmediatas para reglamentar el aprovisionamiento de la masa obrera; 2º. Abrir locales para las reuniones; 3º. Suspender toda distribución de provisiones, locales, fondos a la policía, a la gendarmería, etc.; 4º. Asignar las sumas necesarias para el armamento del proletariado de Petersburgo que lucha por la libertad.

Era bien sabido que la Duma estaba compuesta de burócratas y propietarios; exigencias de naturaleza tan radical no tenían otro objeto que producir la agitación. El Soviet, naturalmente, no se hacía ilusión alguna sobre este punto. No esperaba resultados prácticos; tampoco los hubo.

El 16 de octubre, tras una serie de incidentes, varios intentos de arresto de miembros del Soviet, etc. —recordamos que todo esto sucedía antes de la promulgación del Manifiesto Constitucional—, una diputación del Soviet fue recibida en “consulta privada” por la Duma municipal de Petersburgo. Ante todo, a demanda

formal de la diputación, enérgicamente apoyada por un grupo de consejeros, la Duma decidió que si eran detenidos los diputados obreros, enviaría al alcalde de la ciudad a ver al jefe superior de policía, con el encargo de declarar que los consejeros consideraban el arresto de los diputados como un insulto a la Duma. Sólo después, pasó la diputación a formular sus exigencias.

El golpe de Estado que tiene lugar en Rusia —decía al terminar su discurso el camarada Radin (el hoy fallecido Knuniantz), portavoz de la diputación—, es una transformación burguesa que apunta al interés de las clases poseedoras. Os interesa, pues, señores, acelerar su realización. Y si sois capaces de ver un poco lejos, si comprendéis de forma verdaderamente amplia los intereses de vuestra clase, debéis ayudar con todas vuestras fuerzas al pueblo para vencer lo antes posible al absolutismo. No tenemos necesidad de la expresión de vuestra simpatía, ni del apoyo platónico que podríais conceder a nuestras reivindicaciones. Exigimos que nos deis vuestro apoyo mediante una serie de gestos prácticos.

El monstruoso sistema de elecciones ha querido que los bienes de una ciudad que cuenta con millón y medio de habitantes se encuentren entre las manos de representantes de unos miles de propietarios. El Soviet de Diputados Obreros exige —tiene derecho a exigir, no a solicitar, pues representa a varios cientos de miles de obreros, habitantes de esta capital, mientras que vuestra voz es sólo la de un puñado de electores—. El Soviet de Diputados Obreros exige que los bienes municipales sean puestos a disposición de todos los habitantes de la ciudad, para sus necesidades. Y como, en este momento, la lucha contra el absolutismo es la tarea más importante que se impone a la sociedad, y como nosotros necesitamos para proseguir esta lucha lugares de reunión, ¡abridnos

nuestros edificios municipales!

Necesitamos recursos para continuar la huelga, ¡asignad los fondos de la municipalidad para este objeto, y no para mantener a la policía y a los gendarmes!

Necesitamos armas para conquistar y guardar la libertad, ¡asignad los fondos necesarios para la organización de una milicia de proletarios!

Bajo la guardia de un grupo de consejeros, la diputación abandonó el salón de sesiones. La Duma se negó a satisfacer las exigencias esenciales del Soviet y expresó su confianza en la policía, protectora del orden.

A medida que se desarrollaba la huelga de octubre, el Soviet se convertía naturalmente en el centro que atraía la atención general de los hombres políticos. Su importancia crecía literalmente de hora en hora. El proletariado industrial había sido el primero en cerrar filas en torno a él. La Unión de los Sindicatos que se había adherido a la huelga a partir del 14 de octubre, tuvo casi inmediatamente que reconocer el protectorado del Soviet.

Numerosos comités de huelga —los de ingenieros, abogados, funcionarios del gobierno— regulaban sus actos por las decisiones del Soviet. Sometiendo a las organizaciones independientes, el Soviet unificó en torno suyo la revolución.

Al mismo tiempo, la división se hacía sentir cada vez más en las filas del gobierno.

Trepov no escatimaba nada y acariciaba con la mano sus ametralladoras. El 12, se hizo colocar por Nicolás a la cabeza de todas las tropas de la guarnición de Petersburgo. El 14, daba órdenes de no ahorrar munición. Dividió la capital en cuatro sectores militares, mandado cada uno de ellos por un general. En calidad de general-gobernador, amenaza a todos los vendedores de comestibles con hacerlos deportar en el plazo de veinticuatro horas si cierran sus tiendas. El 16, custodia las puertas de todas las escuelas superiores de Petersburgo, que son ocupadas por las tropas. Sin que la ley

marcial sea proclamada, de hecho está en vigor. Patrullas a caballo siembran el terror en la calle. Por todas partes están acantonadas las tropas: en los edificios públicos, en los establecimientos del Estado, en los patios de las casas particulares. Mientras los mismos artistas del ballet imperial se unían a la huelga, Trepov, incansable, llenaba de soldados los teatros vacíos. Gruñía y se frotaba las manos, presintiendo algo importante.

Se equivocaba en sus cálculos. Sus adversarios políticos, representados por una corriente burocrática que buscaba un compromiso fraudulento con la historia, se impusieron. Witte, jefe de este partido, fue llamado al poder.

El 17 de octubre, los esbirros de Trepov dispersaron la reunión del Soviet de Diputados Obreros. Pero éste encontró la posibilidad de reunirse una vez más. Decidió que se proseguiría la huelga con redoblada energía. Recomendó a los obreros que no pagasen ni sus alquileres, ni las mercancías que tomaban a crédito antes de la vuelta al trabajo, e invitó a propietarios y comerciantes a no mostrarse exigentes hacia los obreros. Ese mismo 17 de octubre, apareció el primer número de las *Noticias del Soviet de Diputados Obreros [Izvestia]*.

Y, el mismo día el zar firmaba el Manifiesto de la Constitución. [...]

Los últimos días del Soviet.

Tras la detención de Jrustalev, el Soviet no podía abandonar el campo de batalla; el parlamento de la clase obrera, libremente elegido, obtenía su fuerza precisamente del carácter público de su actividad. Disolver la organización era tanto como abrir voluntariamente las puertas de la fortaleza al enemigo. No quedaba, pues, otra alternativa que seguir el camino en que se estaba comprometido: había que marchar al encuentro del conflicto. En la sesión del

Comité Ejecutivo que tuvo lugar el 26 de noviembre, el representante del partido de los socialistas revolucionarios (Chernov “en persona”) propuso declarar que a cada medida de represión del gobierno, respondería el Soviet con un atentado terrorista. Nos declaramos hostiles a esta medida: en el poco tiempo que quedaba hasta el comienzo de la batalla, el Soviet tenía que establecer un enlace, y el más estrecho posible, con las uniones de campesinos, ferroviarios, correos y telégrafos, con el ejército; a este objeto, a mediados de noviembre, había enviado dos delegados, uno al sur y otro al Volga.

La organización de una caza terrorista contra tal o cual ministro hubiera absorbido sin duda toda la atención y toda la energía del comité ejecutivo. Propusimos, en consecuencia, someter a deliberación la moción siguiente. “El 26 de noviembre, el gobierno del zar ha puesto en cautividad al presidente del Soviet de Diputados Obreros, nuestro camarada Jrustalev-Nosar. El Soviet de Diputados Obreros elige una presidencia temporal y continúa sus preparativos para la insurrección armada“. Se proponían tres candidatos para la presidencia: el del Comité Ejecutivo Ianovski (bajo este nombre figuraba en el Soviet el autor del presente libro), el cajero Vedenski (Sverchkov) y el obrero Zlidnev, diputado de la fábrica de Obujov.

La Asamblea General del Soviet tuvo lugar al día siguiente, a puertas abiertas como siempre. Trescientos dos diputados se hallaban presentes. Se apreciaba un fuerte nerviosismo en la reunión, numerosos miembros del Soviet querían dar una respuesta inmediata y directa al golpe de mano del ministerio. Pero, tras breves debates, la Asamblea adoptó por unanimidad la moción del comité ejecutivo y eligió por escrutinio secreto los candidatos que le fueron propuestos para la presidencia.

El representante del comité principal de la

Unión de Campesinos, que asistía a la sesión, hizo conocer a la Asamblea la decisión adoptada en noviembre por el Congreso de esta Unión: se rehusaría la entrega de reclutas al gobierno y pagar los impuestos, y se retirarían de los Bancos del Estado y de las cajas de ahorro todos los depósitos realizados. Dado que el Comité Ejecutivo, el 23 de noviembre, había adoptado una resolución invitando a los obreros a prever “la bancarrota inminente del Estado”, a no aceptar, por consiguiente, el importe de sus salarios más que en oro y a retirar de las cajas de ahorro todas las sumas depositadas, fue adoptada una decisión para generalizar estas medidas de boicot financiero y se resolvió darlas a conocer al pueblo por medio de un manifiesto redactado en nombre del Soviet, de la Unión de Campesinos y de los partidos socialistas.

¿Serían en adelante posibles las reuniones generales del parlamento proletario? No era seguro. La Asamblea decidió que, en el caso de que no fuera posible convocar al Soviet, el ejercicio de sus funciones correspondería al Comité Ejecutivo ampliado. Tras la detención del Soviet, el 3 de diciembre, sus poderes, de acuerdo con esta decisión, pasaron al Comité Ejecutivo del segundo Soviet.

A continuación, la Asamblea escuchó la lectura de comunicaciones de ardiente simpatía enviadas por los soldados conscientes de los batallones finlandeses, por el partido socialista polaco y por la Unión Panrusa de Campesinos. El delegado de esta Unión prometió que en la hora decisiva no faltaría la ayuda fraterna del campo revolucionario. Despertando un entusiasmo indescriptible entre los diputados y toda la asistencia, bajo una tempestad creciente de aplausos y ovaciones, se estrecharon la mano el representante de la Unión de Campesinos y el presidente del Soviet. La Asamblea se dispersó muy avanzada la noche. El destacamento de policía que, como siempre,

permanecía en la entrada, por orden del jefe de policía, dejó su puesto el último. Para caracterizar la situación, es interesante señalar que en la misma noche un pequeño funcionario de la policía, por orden del mismo jefe de policía, había prohibido una reunión legal y pacífica de electores burgueses, a la cabeza de los cuales se encontraba Miliukov.

La mayoría de las fábricas de Petersburgo dieron su adhesión a la resolución del Soviet, que obtuvo igualmente el asentimiento de los Soviets de Moscú y de Samara, asentimiento expresado en mociones particulares, así como el de los sindicatos de ferroviarios y de correos y telégrafos, y numerosas organizaciones provinciales. La oficina central de la Unión de Sindicatos se adhirió a la decisión del Soviet y lanzó un llamamiento, invitando a “todas las fuerzas vivas del país” a prepararse enérgicamente para la huelga política próxima y “a la última colisión armada con los enemigos de la libertad popular”. Sin embargo, entre la burguesía liberal y radical, las simpatías sentidas en octubre hacia el proletariado habían tenido tiempo de enfriarse. La situación se agravaba sin cesar; y el liberalismo, exasperado por su propia inacción, gruñía contra el Soviet.

La masa, que apenas participa en la política, consideraba al Soviet de forma entre benevolente y obsequiosa. El que temía ser sorprendido en viaje por una huelga de ferrocarriles iba a informarse a la oficina del Soviet. Otros, durante la huelga de correos y telégrafos, venían a someter un texto telegráfico al examen de la oficina y, si ésta reconocía la importancia del telegrama, le hacía salir. Por ejemplo, la viuda del senador B., después de haber recorrido en vano las cancillerías de los ministerios, se dirigió finalmente al Soviet, en una grave circunstancia familiar, solicitándole ayuda. Una orden escrita por este mismo Soviet dispensaba a las personas de someterse a las

leyes. Un taller de grabadores no consintió en fabricar un sello para el sindicato de correos y telégrafos, cuya existencia no estaba sancionada por la ley, sino después de recibir “la autorización” escrita del Soviet.

El Banco del Norte descontó un cheque caducado en beneficio del Soviet. La imprenta del Ministerio de Marina preguntaba al Soviet si tenía que hacer huelga. En el peligro, se dirigían aún y siempre al Soviet, buscando junto a él protección contra particulares, contra funcionarios e incluso contra el gobierno. Al ser declarada la ley marcial en Livonia, los letones de Petersburgo invitaron al Soviet “a decir su palabra” respecto a la nueva violencia del zarismo. El 30 de noviembre, el Soviet tuvo que ocuparse del sindicato de enfermeros, a quienes la Cruz Roja había arrastrado a la guerra mediante falaces promesas, para dejarles después privados de todo; la detención del Soviet puso fin a las medidas enérgicas que había emprendido por correspondencia a este respecto ante la Dirección General de la Cruz Roja.

En el local del Soviet, siempre había una multitud de pedigüeños, solicitantes y querellantes; eran, casi siempre, obreros, criados, dependientes, campesinos, soldados, marineros... Algunos se formaban una idea absolutamente fantástica del poder del Soviet y de sus métodos. Un inválido ciego que había hecho la guerra ruso-turca, cubierto de cruces y de medallas, se quejaba de su miseria y pedía al Soviet “que empujara un poco al patrón”, esto es, al zar... Se recibían declaraciones y solicitudes de localidades ajenas. Los habitantes de una comarca de una de las provincias polacas enviaron al Soviet, después de la huelga de noviembre, un telegrama de agradecimiento. Un viejo cosaco, del fondo del gobierno de Poltava, enviaba su queja al Soviet contra la injusticia de los príncipes Repnin. La dirección de esta curiosa súplica estaba redactada así: “Petersburgo.

Dirección Obrera”; y, sin embargo, el correo revolucionario, sin dudar, entregó el pliego en su destino.

Desde el gobierno de Minsk llegó al Soviet, para obtener una información, un diputado especialmente enviado por una mutual de jornaleros a la que un propietario pretendía pagar tres mil rublos en acciones depreciadas. “¿Cómo hacer?, preguntaba el enviado. Tendríamos

buenas ganas de cogerlas, pero al mismo tiempo tenemos miedo. Hemos oído decir que vuestro gobierno quería que los obreros recibiesen sus salarios en moneda sonante: en oro o en plata”. Se averiguó que las acciones del propietario no tenían casi ningún valor... Los campos no fueron informados de la existencia del Soviet sino muy tarde, cuando ya su actividad tocaba a su fin. Las instancias y los deseos de los campesinos nos llegaban con frecuencia cada vez mayor. Gentes de Chernigov pedían que se les pusiese en relación con la organización socialista local; campesinos de la provincia de Mohile enviaron representantes encargados de hacer conocer las decisiones de varias Asambleas comunales, expresando que en adelante obrarían en completo acuerdo con los obreros de las ciudades y el Soviet...

Un vasto campo de actividad se abría pues ante el Soviet; en su derredor se extendían inmensos baldíos políticos, que solamente hubiera sido preciso trabajar con el fuerte arado revolucionario. Pero faltaba el tiempo. La reacción, febrilmente, forjaba cadenas y podía esperarse, de hora en hora, un primer golpe. El Comité Ejecutivo, a pesar de la masa de trabajos que tenía que realizar cada día, se apresuraba en ejecutar la decisión

El gobierno llega a la bancarrota. Ha hecho del país un montón de ruinas, lo ha sembrado de cadáveres. Agotados, hambrientos, los campesinos ya no están en situación de pagar los impuestos. El gobierno se ha servido del dinero del pueblo...

adoptada por la Asamblea del 27 de noviembre. Lanzó un llamamiento a los soldados, y en una conferencia con los representantes de los partidos revolucionarios aprobó el texto del manifiesto “financiero” propuesto por Parvus.

El 2 de diciembre, el manifiesto fue publicado en ocho periódicos de Petersburgo: cuatro socialistas y cuatro liberales. He aquí el texto de este

documento histórico:

“El gobierno llega a la bancarrota. Ha hecho del país un montón de ruinas, lo ha sembrado de cadáveres. Agotados, hambrientos, los campesinos ya no están en situación de pagar los impuestos. El gobierno se ha servido del dinero del pueblo para abrir créditos a los propietarios. Ahora no sabe qué hacer con las propiedades que le sirven de garantías. Los talleres y las fábricas no funcionan. Falta el trabajo. Por todas partes vemos el marasmo comercial. El gobierno ha empleado el capital de los empréstitos extranjeros en construir ferrocarriles, una flota, fortalezas, en hacer provisión de armas. Al agotarse las fuentes extranjeras, los pedidos del Estado no se reciben más. El comerciante, el gran proveedor, el empresario, el fabricante que han cogido la costumbre de enriquecerse a expensas del Estado, son privados de sus beneficios y cierran sus despachos y sus fábricas. Las quiebras se suceden y se multiplican. Los bancos se derrumban. Todas las operaciones comerciales se han restringido hasta el último límite.

La lucha del gobierno contra la revolución suscita perturbaciones incesantes. Nadie está seguro del día siguiente.

El capital extranjero pasa en sentido

contrario la frontera. El capital “puramente ruso” también se esconde en los bancos extranjeros. Los ricos venden sus bienes y emigran. Las aves de rapiña huyen del país, llevándose lo que es del pueblo.

Desde hace tiempo, el gobierno gasta todos los ingresos del Estado en mantener el ejército y la flota. No hay escuelas. Las carreteras están en un estado espantoso. A pesar de lo cual, falta el dinero, incluso para la alimentación del soldado. La guerra nos ha dado la derrota, en parte porque carecíamos de municiones. En todo el país, son señaladas sublevaciones del ejército reducido a la miseria y hambriento.

La economía de las vías férreas está obstaculizada por el fango; gran número de líneas han sido devastadas por el gobierno. Para reconstituir la economía de los ferrocarriles, serán precisos cientos y cientos de millones.

El gobierno ha dilapidado las cajas de ahorro y ha hecho uso de los fondos depositados para el sostenimiento de los bancos privados y de empresas industriales que, con frecuencia, son absolutamente dudosas. Con el capital del pequeño ahorro, juega a la bolsa, exponiendo los fondos a riesgos cotidianos.

La reserva de oro del Banco del Estado es insignificante en relación a las exigencias que crean los empréstitos gubernamentales y a las necesidades del movimiento comercial. Esta reserva será reducida a polvo si se exige en todas las operaciones que el papel sea cambiado contra moneda de oro.

Aprovechando que las finanzas carecen de todo control, el gobierno acordó tiempo atrás empréstitos que sobrepasaban en mucho la solvencia del país. Mediante nuevos empréstitos, paga los intereses de los precedentes.

El gobierno, de año en año, establece un presupuesto ficticio de ingresos y gastos, declarando éstos como aquellos por debajo de su importe real, a su voluntad, acusando

una plusvalía en lugar del déficit anual. Los funcionarios no controlados dilapidan el Tesoro, ya bastante agotado.

Sólo una Asamblea Constituyente puede poner fin a este saqueo de la Hacienda, después de haber derribado a la autocracia. La Asamblea someterá a una investigación rigurosa las finanzas del Estado y establecerá un presupuesto detallado, claro, exacto y verificado de los ingresos y los gastos públicos.

El temor del control popular que revelaría al mundo entero la incapacidad financiera del gobierno fuerza a éste a fijar siempre para más tarde la convocatoria de los representantes populares.

La quiebra financiera del Estado procede de la autocracia, del mismo modo que su quiebra militar. Los representantes del pueblo no tendrán primero como tarea más que pagar lo antes posible las deudas.

Tratando de defender su régimen con malversaciones, el gobierno fuerza al pueblo a llevar a cabo contra él una lucha a muerte. En esta guerra cientos y miles de ciudadanos perecen o se arruinan; la producción, el comercio y las vías de comunicación son destruidos de arriba abajo.

No hay más que una salida: es preciso derribar al gobierno, arrebatándole sus últimas fuerzas. Es necesario cerrar la última fuente de donde extrae su existencia: los ingresos fiscales. Esto es necesario no sólo para la emancipación política y económica del país, sino, en particular, para la puesta en orden de la economía financiera del Estado.

En consecuencia, decidimos que:

No se efectuará ninguna entrega de dinero por rescate de tierras ni pago alguno a las cajas del Estado. Se exigirá, en todas las operaciones, como pago de salarios y contratos, moneda de oro, y cuando se trate de una suma de menos de cinco rublos, se reclamará moneda sonante.

Se retirarán los depósitos hechos en las cajas de ahorro y en el Banco del Estado,

exigiendo el reembolso íntegro.

La autocracia nunca ha gozado de la confianza del pueblo y no estaba en modo alguno fundada en ella.

Actualmente, el gobierno se conduce en su propio Estado como en un país conquistado. Por estas razones decidimos no tolerar el pago de las deudas sobre todos los empréstitos que el gobierno del zar ha concertado mientras llevaba a cabo una guerra abierta contra todo el pueblo.

El Soviet de Diputados Obreros, el Comité Principal de la Unión Panrusa de Campesinos, el Comité Central y la Comisión de Organización del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario, el Comité Central del Partido Socialista Polaco”.

Lógicamente, este manifiesto no podía por sí mismo derribar al zarismo, ni sus finanzas. Seis meses más tarde, la primera Duma de Estado contaba con un milagro de ese género cuando lanzó el llamamiento de Viborg, que pedía a la población que se negase pacíficamente a pagar impuestos, “a la inglesa”. El manifiesto financiero del Soviet no podía servir más que de introducción a los levantamientos de diciembre. Apoyado por la huelga y por los combates que se libraron en las barricadas, encontró un poderoso eco en todo el país. Mientras que, para los tres años precedentes, los depósitos hechos en las cajas de ahorro en diciembre rebasaban los reembolsos en 4 millones de rublos, en diciembre de 1905 los reembolsos superaron a los depósitos en 90 millones: ¡El manifiesto había sacado de las reservas del Estado, en un mes, 94 millones de rublos! Cuando la insurrección fue aplastada por las hordas zaristas, el equilibrio se restableció en las cajas de ahorro...

[...] “El Soviet de Diputados Obreros —escribía *Novoie Vremia*—, no se desanima, sigue obrando enérgicamente e imprime sus

órdenes en un lenguaje verdaderamente lacónico, en términos breves, claros e inteligibles, lo que no se podría decir del gobierno del conde Witte, que prefiere los giros interminables y farragosos que emplearía en su lenguaje una anciana melancólica.” El 3 de diciembre, el gobierno de Witte, a su vez, se puso a hablar “en términos breves, claros e inteligibles”: hizo cercar el edificio de la Sociedad Económica Libre por tropas de todas las armadas; hizo detener al Soviet.

A las cuatro de la tarde, el Comité Ejecutivo se había reunido. El orden del día estaba señalado de antemano por la confiscación de los periódicos, por el reglamento draconiano sobre las huelgas que se acababa de decretar, y por el telegrama donde se revelaba la conjura de Durnovo. El representante del Comité Central del Partido Socialdemócrata (bolcheviques) propone en nombre del partido, las medidas siguientes: se aceptará el desafío del absolutismo, poniéndose de acuerdo inmediatamente con todas las organizaciones revolucionarias del país, para fijar el día de declaración de una huelga política general, el llamamiento a la acción de todas las fuerzas, todas las reservas y, apoyándose sobre los movimientos agrarios y las rebeliones militares, se irá en busca del desenlace...

El delegado del sindicato de ferroviarios afirma que sin ninguna duda el Congreso de ferrocarriles, convocado para el 6 de diciembre, se pronunciará por la huelga.

El representante del sindicato de correos y telégrafos se declara a favor de la moción propuesta por el partido, y espera que una acción común dé vida nueva a la huelga de correos y telégrafos que amenaza decaer... Los debates son interrumpidos por un aviso que se transmite al Comité: el Soviet debe ser detenido ese mismo día. Media hora más tarde, esta información es confirmada. En este momento, la gran sala, iluminada por

ambos lados por grandes ventanales, se ha llenado ya de delegados, representantes de los partidos, corresponsales e invitados. El Comité Ejecutivo, que celebra sesión en el primer piso, decide hacer salir a algunos de sus miembros, para conservar al Soviet una línea de sucesión en el caso de ser detenido.

¡Pero la decisión llega demasiado tarde! El edificio está acordonado por soldados del regimiento de la guardia Ismailovski, cosacos a caballo, guardias municipales, gendarmes... Se escuchan los pasos sordos, el chasquido de las espuelas, de los sables; estos ruidos llenan el edificio. Resuenan abajo las violentas protestas de algunos delegados. El Presidente abre la ventana del primer piso, se asoma y grita: “¡Camaradas, no opongáis resistencia! Declaramos de antemano que, si alguien dispara, no puede ser más que un policía o un provocador...” Unos instantes después, suben soldados al primer piso y se apostan a la entrada del local donde está reunido el Comité Ejecutivo.

El presidente (dirigiéndose al oficial): Le ruego que cierre las puertas y no estorbe nuestros trabajos.

Los soldados permanecen en el corredor, pero no cierran las puertas.

El presidente: La sesión continúa. ¿Quién pide la palabra?

El representante del sindicato de contables: Por este acto de violencia brutal, el gobierno ha confirmado los motivos que teníamos para declarar la huelga general. Lo ha decidido de antemano... El resultado de la

nueva y decisiva acción del proletariado dependerá de las tropas. ¡Que tomen ellas la defensa de la patria! (Un oficial se apresura a cerrar la puerta. El orador eleva la voz.) ¡Incluso a través de las puertas cerradas, los soldados escucharán el fraternal llamamiento de los obreros, la voz del país agotado en los tormentos!...

La puerta se abre de nuevo, un capitán de gendarmes se desliza en la cámara, pálido como la muerte (temía recibir una bala); tras él se adelantan dos decenas de agentes que se colocan detrás de las sillas de los delegados.

El presidente: Levanto la sesión del Comité Ejecutivo.

Abajo, resuena un rumor enérgico y casi cadencioso de metal; se diría que son herreros que golpean el yunque: son los delegados que desmontan y rompen sus revólveres antes que entregarlos a la policía.

Comienzan las pesquisas. Nadie consiente en dar su nombre. Los delegados son cacheados, se toman sus señas, se les numera y son confiados a una escolta de soldados de la guardia medio borrachos.

El Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo está en manos de los conspiradores de Tsarskoie-Selo.

* * *



Rosa Luxemburgo

¿QUÉ QUIERE LA LIGA ESPARTAQUISTA? (Programa del Partido Comunista Alemán)¹



EL HILO DE ARIADNA

El 9 de noviembre, en Alemania, los obreros y soldados han hecho añicos el antiguo régimen. Sobre los campos de batalla de Francia se había disipado la sangrienta ilusión de que el sable prusiano reinaba como dueño del mundo. La banda de criminales que había encendido la conflagración mundial y precipitado a Alemania en un mar de sangre, había llegado al fin de su aventura. Engañado durante cuatro años, el pueblo, que al servicio de ese Moloch había olvidado los deberes que impone la civilización, los sentimientos del honor y los de humanidad, que se había dejado utilizar por toda clase de infamias, se despertaba de su sueño de cuatro años, y vio cómo ante él se abría el abismo.

El 9 de noviembre, el proletariado alemán se levantó para desembarazarse del vergonzoso yugo que le agobiaba. Los Hohenzollern fueron expulsados, y al tiempo, fueron elegidos Consejos de Obreros y Soldados. Pero los Hohenzollern no han sido otra cosa que los gerentes de la burguesía imperialista y de los junkers. La burguesía y su dominación de clase, ésta es la verdadera responsable de la guerra mundial, en Alemania como en Francia, en Rusia como en Inglaterra, en Europa como en América. Son los capitalistas de todo el mundo los que han dado la señal de la masacre de los pueblos. El capital internacional es ese *Baal* insaciable a cuyas fauces sangrientas han sido arrojadas millones y

¹ Este texto, redactado por Rosa Luxemburgo, aunque firmado en su tiempo por la 'Liga Espartaquista', es un reflejo de la importante experiencia que vivió Alemania en 1918 – 1919, y en la cual la posibilidad de instaurar una verdadera 'República de los Consejos' en Alemania estuvo muy cerca de hacerse realidad, tal y como se muestra en las 'Medidas' de este programa. Lamentablemente, con la derrota y masacre de la Comuna de Berlín y el asesinato de la propia Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht, se anuló esta posibilidad histórica, definiendo así, en gran medida, el destino de Alemania y de Europa entera, e incluso en parte, de todo el mundo, durante el siglo XX histórico. Por eso, esta entrega de *Contrahistorias* incluye también este material, tomado del libro, Rosa Luxemburgo, *Táctica Revolucionaria*, Ed. Roca, México, 1975, pp. 55 – 69.

millones de víctimas humanas.

La guerra mundial ha colocado a la sociedad ante la alternativa siguiente: o mantenimiento del capitalismo, con nuevas guerras y un rápido hundimiento en el caos y la anarquía, o abolición de la explotación capitalista.

Con el fin de la guerra mundial, la burguesía y su dominación de clase han perdido todo derecho de existencia. La burguesía ya no está en condiciones de sacar a la sociedad del terrible caos económico que la orgía imperialista ha dejado tras ella. En enormes proporciones han sido aniquilados los medios de producción; millones de obreros, los mejores y más activos de la clase obrera, han sido masacrados, y cuando los que han quedado con vida vuelven a sus hogares, ven ante sus ojos el espectro del paro, del hambre y de las enfermedades, que amenazan con destruir hasta la raíz de la fuerza popular. El enorme lastre de las deudas de guerra hace ineluctable la bancarrota financiera del Estado.

Para escapar a esta confusión sangrienta, para no sucumbir ante abismo semejante, no existe otro recurso ni salida, no hay más salvación que el socialismo. Sólo la revolución mundial del proletariado puede poner orden en este caos, dar a todos pan y trabajo, poner término a los desgarrones recíprocos de los pueblos, aportar a la humanidad destrozada la paz, la libertad y una civilización verdadera. ¡Abajo el trabajo asalariado! Esta es la consigna del momento. El trabajo asalariado y la dominación de clase deben ser sustituidos por el trabajo cooperativo, y los medios de trabajo no deben ser el monopolio de una clase, sino convertirse en el bien común de todos. ¡No más explotadores ni explotados! ¡Reglamentación de la producción y reparto de los productos en interés de todos! ¡Supresión tanto del modo de producción actual, con su régimen de explotación y de pillaje, como asimismo del comercio actual,

que es una verdadera estafa!

En lugar de los patronos y de sus esclavos asalariados ¡trabajadores que cooperan libremente! ¡Que el trabajo deje de ser un tormento para algunos, para que pase a ser el deber de todos! ¡Existencia digna y humana para todo el que cumpla con sus obligaciones hacia la sociedad, y que a partir de ese momento no sea el hambre la maldición que pese sobre el trabajo, sino el castigo del ocio!

Sólo en una sociedad así, serán extirpadas las raíces del odio patrioter y el sojuzgamiento de los pueblos. Sólo entonces, la Tierra dejará de ser mancillada por el holocausto de los seres humanos, y sólo entonces podrá decirse: ¡esta guerra ha sido la última!

En la hora presente, el socialismo es la última tabla de salvación de la humanidad. Por encima de las murallas ruinosas de la sociedad capitalista, se ve brillar con letras de fuego el dilema profético del *Manifiesto del Partido Comunista*:

“¡Socialismo o retorno a la barbarie!”

II

La realización del régimen socialista es la tarea más grandiosa que haya correspondido jamás, en la historia del mundo, a una clase y a una revolución. Esta tarea requiere una transformación total del Estado, y un cambio completo de los fundamentos económicos y sociales de la sociedad. Esta transformación o este cambio, no podría ser decretado por ninguna autoridad, comisión o parlamento; tan sólo las masas pueden acometerlo y realizarlo.

En todas las revoluciones anteriores era una insignificante minoría de la población la que emprendía la lucha, fijaba sus objetivos y orientación, y no utilizaba a las masas más que para hacer triunfar sus propios y parciales intereses, los intereses de una minoría. La revolución socialista es la

primera que no podrá triunfar si no es salvaguardando el interés de la gran mayoría y gracias a la gran mayoría de los trabajadores.

La masa del proletariado está llamada a fijar conscientemente tanto el objetivo como la orientación de la revolución, y, además, paso a paso y por su propia actividad, debe hacer entrar el socialismo en la vida cotidiana. La esencia de la sociedad socialista reside en que la masa laboriosa deja de ser una masa a la que haya que gobernar, para que empiece ella misma a protagonizar la vida política y económica en su totalidad, orientándola en virtud de una determinación consciente y libre.

Desde la cumbre del Estado hasta la más pequeña comuna, la masa proletaria debe sustituir a los órganos de la dominación burguesa que ha heredado: *Bundesrat* (Consejo federal), parlamentos, consejos municipales, por sus propios órganos de clase: los Consejos de Obreros y Soldados. Le es preciso ocupar todos los puestos, controlar todas las funciones, medir todas las necesidades del Estado, con la medida de sus propios intereses de clase y la medida de las tareas socialistas. En virtud de esta ósmosis permanente, viva, entre las masas populares y sus organismos, los Consejos de Obreros y Soldados, se podrá insuflar al Estado un espíritu socialista.

A su vez, la revolución económica no se puede cumplir de otro modo que bajo la forma de un proceso cuyo agente sea la masa proletaria. Si se trata de la socialización, las medidas que tomen las autoridades revolucionarias supremas no serán más que frases vacías si no pasan del papel. Es la clase obrera y sólo ella quien puede darles vida con su acción. Manteniendo una lucha tenaz contra el capital, un cuerpo a cuerpo sostenido en cada empresa, ejerciendo la presión directa de las masas, desarrollando sus huelgas y merced a la construcción de sus organizaciones representativas

permanentes, los obreros pueden asegurarse el control, y en fin de cuentas, la dirección efectiva de la producción.

Las masas de proletarios deben aprender a no ser en adelante esas máquinas inertes que el capitalismo instala a todo lo largo del proceso de producción, sino a ser hombres que por sus pensamientos y sus actividades libres guíen ese proceso. Deben adquirir el sentido de la responsabilidad propio de los miembros activos de la comunidad, única propietaria de la totalidad de la riqueza social. Es necesario que den pruebas de celo sin el látigo del patrono, que desarrollen la productividad sin cabos de vara capitalistas, que den pruebas de disciplina sin que pese sobre ellos el menor yugo, y de orden sin que se lo mande ningún amo. El idealismo más elevado en interés de la comunidad, la autodisciplina más estricta, un sentido cívico verdadero, constituyen el fundamento moral de la sociedad socialista, del mismo modo que la pasividad, el egoísmo y la corrupción constituyen el fundamento moral de la sociedad capitalista.

Todas esas virtudes cívicas socialistas, así como los conocimientos y capacidades necesarios para la dirección de las empresas socialistas, no podrá adquirirlos la clase obrera más que en virtud de su propia actividad y haciendo ella misma su propia experiencia.

La socialización de la sociedad no podrá ser realizada en toda su amplitud más que a través de una lucha obstinada, infatigable, de las masas obreras en todos los lugares donde el trabajo se enfrente al capital, donde el pueblo y la burguesía con su dominación de clase se miren cara a cara. La liberación de la clase obrera debe ser necesariamente obra de la clase obrera misma.

III

En las revoluciones burguesas, la efusión de sangre, el terror, el crimen político eran

armas indispensables en las manos de las clases ascendentes. La revolución proletaria no tiene ninguna necesidad del terror para llevar a término sus objetivos; odia y aborrece el asesinato. No tiene necesidad de recurrir a esos medios de lucha porque no combate a individuos, sino a instituciones, porque no va al terreno de la lucha imbuido de ingenuas ilusiones que, una vez frustradas, conducen a la decepción, a la venganza sangrienta. No es la tentativa desesperada de una minoría la que ha de modelar por la fuerza el mundo según su ideal; es la acción de la gran masa de millones de hombres que componen el pueblo la llamada a cumplir su misión histórica y a hacer de la necesidad histórica una realidad.

La revolución proletaria anuncia al mismo tiempo los funerales de toda servidumbre y de toda opresión: he ahí por qué se levantan contra ella en una lucha a muerte, como un solo hombre, todos los capitalistas, los junkers, los pequeños burgueses, los dignatarios del Estado, en una palabra, todos los beneficiarios o los parásitos de la explotación y de la dominación de clase.

Es pura locura imaginarse que los capitalistas podrían plegarse de grado al veredicto socialista de un parlamento, de una asamblea nacional, que renunciara tranquilamente a la propiedad, al beneficio, a los privilegios de la explotación. Todas las clases dominantes han luchado hasta el fin en un esfuerzo desesperado por mantener sus prerrogativas, defendiéndolas con la más tenaz energía. Los patricios de Roma, igual que los barones feudales de la Edad Media, los gentlemen ingleses lo mismo que los traficantes de esclavos americanos, los

A la violencia de la contrarrevolución burguesa hay que oponer el poder revolucionario del proletariado; a los atentados, a las intrigas urdidas por la burguesía, la lucidez inquebrantable, la vigilancia y la actividad siempre tensas de la masa proletaria.

boyardos de Valaquia como los tejedores lioneses, todos han vertido torrentes de sangre, han caminado sobre cadáveres, en medio de incendios y de crímenes, han desencadenado la guerra civil y traicionado a su país para defender su poder y sus privilegios.

Último retoño de la casta de explotadores, la clase capitalista imperialista sobrepasa en brutalidad, en cinismo, la baja de todas las que la han precedido, y defenderá lo que es más

sagrado para ella —el beneficio y la arbitraria facultad para la explotación—, con uñas y dientes. Empleará los métodos sádicos que ha utilizado en toda su política colonial y en el curso de la última guerra. Contra el proletariado pondrá en movimiento el cielo y el infierno, movilizará al campesinado contra las ciudades, excitará a las capas más atrasadas de la clase obrera contra la vanguardia socialista, se servirá de oficiales para organizar masacres, tratará de paralizar toda medida socialista por los mil medios que ofrece la resistencia pasiva, suscitará contra la revolución veinte Vandées, llamará en su auxilio al enemigo exterior, a los Clemenceau, a los Lloyd George y los Wilson con sus armas, prefiriendo transformar Alemania en un montón de escombros humeantes antes que renunciar con buena voluntad a la esclavitud del asalariado.

Todas esas resistencias será preciso romperlas paso a paso, con mano de hierro, dando prueba de una energía sin desmayos. A la violencia de la contrarrevolución burguesa hay que oponer el poder revolucionario del proletariado; a los atentados, a las intrigas urdidas por la burguesía, la lucidez inquebrantable, la

vigilancia y la actividad siempre tensas de la masa proletaria. A las amenazas de la contrarrevolución, el armamento del pueblo y el desarme de las clases dominantes. A las maniobras de obstrucción parlamentaria de la burguesía, la organización innovadora y activa de las masas de obreros y soldados. A la omnipresencia y a los mil medios de que dispone la sociedad burguesa, será preciso oponer el poder de la clase obrera, decuplicado por la unión y la concentración. Sólo el frente unido del conjunto del proletariado, agrupando el del sur con el del norte de Alemania, el proletariado urbano con el agrícola, sólo el frente de los obreros y soldados, los contactos ideológicos vivos entre la Revolución alemana y la internacional, la ampliación de la Revolución alemana a las dimensiones de la Revolución mundial del proletariado permitirá crear el basamento de granito sobre el cual se construirá el edificio del porvenir.

La lucha por el socialismo es la guerra civil más fantástica que la historia del mundo haya conocido nunca, y la Revolución proletaria debe dotarse de los medios necesarios para acometer esa lucha victoriosamente, aprender a utilizarlos para luchar y vencer.

Dotar a la masa compacta de la población laboriosa de la totalidad del poder político para que cumpla las tareas revolucionarias es lo que se llama la dictadura del proletariado, la democracia verdadera. No hay democracia cuando el esclavo asalariado se sienta al lado del capitalista, el proletario agrícola al lado del junker en una igualdad engañosa para debatir de consuno, parlamentariamente, sus intereses vitales. Pero cuando la masa de millones de proletarios empuñen con sus callosas manos la totalidad del poder del Estado, como el dios Tor blandiendo su martillo, para abatirle sobre la cabeza de las clases dominantes, solamente entonces existirá

una democracia que no sea una burla.

Para permitir al proletariado cumplir sus tareas, la Liga Espartaquista exige:

1) MEDIDAS INMEDIATAS PARA ASEGURAR EL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN

1. Desarme de toda la policía, de todos los oficiales, así como de los soldados de origen no proletario; desarme de todos aquellos que forman parte de las clases dominantes.
2. Incautación de todos los depósitos de armas y de municiones, así como de las fábricas de armamento, a cargo de los Consejos de Obreros y Soldados.
3. Armar al conjunto del proletariado masculino adulto que constituirá una milicia obrera. Creación de una Guardia Roja compuesta de proletarios que será el núcleo activo de la milicia, y tendrá la misión de proteger permanentemente la revolución de los atentados y las intrigas contrarrevolucionarias.
4. Supresión de las facultades de mando de los oficiales y suboficiales. Sustitución de la obediencia pasiva, a la prusiana, por una disciplina libremente consentida por los soldados. Elección de todos los superiores por los hombres de tropa, con derecho permanente a revocarlos. Abolición de la jurisdicción militar.
5. Expulsión de los oficiales y de los cobardes de todos los Consejos de Soldados.
6. Sustitución de todos los órganos políticos y de todas las autoridades del antiguo régimen por hombres de confianza delegados por los Consejos de Obreros y Soldados.
7. Creación de un Tribunal Revolucionario ante el cual comparecerán los principales

responsables de la guerra y de su prolongación, los Hohenzollern, Ludendorff, Hindenburg, Tirpitz y sus cómplices, así como todos los conjurados de la contrarrevolución.

8. Incautación inmediata de todos los depósitos de víveres para asegurar el avituallamiento de la población.

2) MEDIDAS POLÍTICAS Y SOCIALES

1. Abolición de todos los Estados particulares. Creación de una república socialista unificada alemana.
2. Eliminación de todos los parlamentos y consejos municipales, siendo devueltas sus funciones a los Consejos de Obreros y Soldados, y a los Comités que éstos designen.
3. Elección de Consejos de Obreros en toda Alemania, a cargo de la clase obrera adulta de ambos sexos, en la ciudad y en el campo, por empresas. Elección de Consejos de Soldados por hombres de tropa con exclusión de los oficiales y de los cobardes. Tanto los obreros como los soldados tienen el derecho de revocar en todo instante a sus representantes.
4. Elección de delegados de los Consejos de Obreros y de Soldados en todo el Reich para constituir el Consejo Central de los Consejos de Obreros y de Soldados, que elegirá a su vez un Comité Ejecutivo; éste será el organismo supremo del poder legislativo y ejecutivo.
5. El Consejo Central se reunirá como mínimo una vez cada tres meses, reeligiendo en cada una de ellas a los delegados. El Consejo tendrá por misión ejercer el control permanente sobre la actividad del Comité Ejecutivo y establecer un contacto vivo entre la masa de los Consejos de Obreros y Soldados de todo el Reich y

el organismo gubernamental supremo que los representa. Los Consejos de Obreros y Soldados locales tienen el derecho en todo momento de revocar y reemplazar a sus delegados en el Consejo Central, en el caso de que éstos no actúen de conformidad con el mandato que les fue encomendado. El Comité Ejecutivo tiene el derecho de nombrar los Comisarios del Pueblo, así como las autoridades centrales del Reich, y a los funcionarios; puede igualmente revocarlos.

6. Supresión de todas las diferencias de casta, de todas las órdenes y de todos los títulos. Hombres y mujeres tienen los mismos derechos y la misma posición social.
7. Otras medidas sociales importantes serán: reducción del tiempo de trabajo para luchar contra el paro y para cuidar de la debilidad física que a resultas de la guerra mundial ha contraído la clase obrera. Fijación de la jornada de trabajo en seis horas como máximo.
8. El sistema de avituallamiento, de alojamiento, los servicios de sanidad y de educación nacional serán reorganizados de arriba abajo en el sentido y en el espíritu de la revolución proletaria.

3) MEDIDAS ECONÓMICAS INMEDIATAS

1. Confiscación de todos los bienes dinásticos y de todas las rentas dinásticas en beneficio de la comunidad.
2. Anulación de las deudas del Estado y de todas las demás deudas públicas, así como de todos los préstamos de guerra, excepto suscripciones inferiores a cierta cuota que será fijada por el Consejo Central de los Consejos de Obreros y Soldados.

3. Expropiación de todas las explotaciones agrícolas grandes y medias; constitución de cooperativas agrícolas socialistas dependientes de una dirección central a escala del Reich. Las pequeñas explotaciones campesinas permanecerán bajo la propiedad de sus detentadores actuales, hasta que éstos se adhieran libremente a las cooperativas socialistas.
4. La República de los Consejos procederá a la expropiación de todos los bancos, minas, fábricas, siderúrgicas, así como de todas las grandes empresas industriales y comerciales.
5. Confiscación de todas las fortunas por encima de un nivel que será fijado por el Consejo Central.
6. Apropiación del conjunto de los transportes públicos por la República de los Consejos.
7. Elección en todas las fábricas de Consejos de Empresa, que de acuerdo con los Consejos Obreros se encargarán de arreglar todos los asuntos interiores de la empresa, las condiciones de trabajo, el control de la producción, y finalmente, de asumir la dirección de la fábrica.
8. Creación de una Comisión Central de Huelga, que en colaboración permanente con los Consejos de Empresa tendrá como tarea coordinar el movimiento de huelga que se extiende en el conjunto del Reich, asegurando la orientación socialista del mismo, a través del apoyo sin reservas del poder político de los Consejos de Obreros y Soldados.

4) TAREAS INTERNACIONALES

Restablecimiento inmediato de relaciones con los partidos hermanos de los países

extranjeros, a fin de dar a la revolución socialista una base internacional, y para establecer y garantizar la paz por la fraternización internacional y el levantamiento revolucionario del proletariado del mundo entero.

¡He aquí lo que quiere la Liga Espartaquista!

Y porque Espartaco quiere eso, porque es él quien exhorta a los revolucionarios y les empuja a actuar, porque es la conciencia socialista de la revolución, es odiado, calumniado, perseguido por todos los enemigos, secretos o declarados, de la revolución y del proletariado.

¡Clavádle en la cruz a ese Espartaco!, gritan los capitalistas, temblando por sus cajas fuertes.

¡Clavádle en la cruz!, gritan los pequeñoburgueses, los oficiales, los antisemitas, los lacayos de la prensa burguesa, que tiemblan por la suerte de los bisteces que les proporciona la dominación de clase de la burguesía.

¡Clavádle en la cruz!, gritan los Scheidemann que, cual Judas Iscariote, han vendido los obreros a la burguesía, y tiemblan por los pequeños beneficios que les reporta la dominación política.

¡Clavádle en la cruz! Repiten como un eco incluso capas de la clase obrera a las que se engaña y de las que se abusa, así como soldados que no saben que acusan a su propia carne y a su propia sangre, cuando acusan a la Liga Espartaquista.

En esos gritos de odio, en esas calumnias, se mezclan las voces de todos los elementos contrarrevolucionarios hostiles al pueblo y al socialismo, de todos los elementos turbios y sospechosos a los que espanta la luz del día. Y este odio confirma que Espartaco es el corazón de la revolución y que a él pertenece el futuro.

La Liga Espartaquista no es un partido que quiere llegar al poder pasando por encima de

la clase obrera o sirviéndose de la masa de los obreros.

La Liga Espartaquista no es más que la fracción más consciente del proletariado mismo, que indica en cada momento a las amplias masas de la clase obrera sus tareas históricas, que, en cada etapa particular de la revolución, representa la meta final socialista, y que en todas las cuestiones nacionales defiende los intereses de la revolución proletaria mundial.

La Liga Espartaquista rechaza compartir el poder con los Scheidemann, los Ebert, con esos peones de la burguesía, porque considera que colaborar con ellos es traicionar los principios fundamentales del socialismo, reforzar la contrarrevolución y paralizar la revolución.

La Liga Espartaquista rehusará igualmente tomar el poder por el solo hecho de que los Scheidemann–Ebert se hubieran gastado en el usufructo del mismo, y los independientes hubieran llegado a un callejón sin salida colaborando con ellos.

La Liga Espartaquista no tomará nunca el poder más que por la voluntad clara y sin equívocos de la gran mayoría de las masas proletarias en el conjunto de Alemania. No lo tomará más que cuando las más amplias

masas acepten y aprueben conscientemente sus puntos de vista, los fines y los métodos de lucha de la Liga Espartaquista.

La revolución proletaria no puede llegar a una total lucidez y madurez más que escalando paso a paso, por grados, el amargo Gólgota de sus propias experiencias, y pasando por numerosas derrotas y victorias.

La victoria de la Liga Espartaquista no se sitúa en el comienzo, sino en el fin de la revolución; se identifica con la victoria de millones de hombres que constituyen la masa del proletariado socialista.

¡En pie, proletarios! ¡Al combate! Se trata de conquistar todo un mundo y de batirse contra todo un mundo. En esta última lucha de clases de la historia mundial, en la que residen los objetivos más nobles de la humanidad, lanzamos a nuestros enemigos esta sentencia: ¡sobre sus rostros, nuestros puños; y nuestra rodilla sobre sus pechos!

La Liga Espartaquista



Rosa Luxemburgo

DISCURSO EN EL CONGRESO DE FUNDACIÓN DE LA LIGA ESPARTACO¹



EL HILO DE ARIADNA

Se puede concluir lo que nos resta por hacer para asegurar las condiciones previas al buen éxito de la revolución, y por lo tanto resumiré así nuestras tareas inminentes: nos será necesario, sobre todo en el futuro, extender en todos los sentidos el sistema de los Consejos de Obreros y Soldados, pero especialmente el sistema de los Consejos Obreros. Lo que hemos emprendido el 9 de noviembre no es más que un tímido comienzo, y no solamente eso. Incluso, hemos vuelto a perder en la primera fase de la revolución una gran fuerza. Ustedes saben que la contrarrevolución ha emprendido un desmantelamiento asiduo del sistema de los Consejos de Obreros y Soldados.

En Hesse, los Consejos de Obreros y de Soldados han sido totalmente suprimidos por el gobierno contrarrevolucionario: en otros lugares, se les quita de las manos los instrumentos de poder. Es por esto que no podemos contentarnos con extender el sistema de Consejos de Obreros y Soldados, nos será necesario igualmente incorporar a los obreros agrícolas y a los pequeños campesinos a este sistema de Consejos. Debemos tomar el poder, debemos plantear por lo tanto la cuestión de la toma del poder; ¿qué hace, qué puede hacer, qué debe hacer cada Consejo de Obreros y Soldados en toda Alemania? Es allí donde reside el poder; debemos minar el Estado burgués en su base, en todas partes pondremos fin a la separación de los poderes públicos, de la legislación y la administración, los uniremos, los entregaremos a los Consejos de Obreros y Soldados.

Camaradas, he aquí un vasto campo para trabajar. Debemos hacer los preparativos a partir de la base, debemos dar a los Consejos de Obreros y Soldados un poder tal que el derrocamiento del gobierno de Ebert-

¹ Este discurso de Rosa Luxemburgo, nos parece un buen complemento del texto anterior de esta misma autora, y por eso lo incluimos en esta entrega de *Contrahistorias*, tomándolo de la versión publicada en el libro coordinado por Ernest Mandel, *Control Obrero, Consejos Obreros, Autogestión*, Ed. Daniel Bilbao, Buenos Aires, 1973, tomo 2, pp. 11 – 13.

Scheidemann, o de todo otro gobierno semejante, no será más que un acto final. Así, la conquista del poder no debe hacerse de una sola vez, sino progresivamente: nos introduciremos en el Estado burgués, hasta ocupar todas las posiciones y defenderlas de todos los zarpazos. En la lucha económica; en mi opinión, que es la de mis amigos más cercanos en el Partido, ella debe ser llevada igualmente por los Consejos de Obreros. También a los consejos de obreros les corresponderá dirigir el conflicto económico y hacerle tomar caminos cada vez más amplios.

Los Consejos Obreros deben disponer de todo el poder en el Estado. En ese sentido debemos actuar, en el futuro próximo; si asumimos esta tarea, resultará de ello que debemos contar en corto tiempo con un refuerzo gigantesco de la lucha. Puesto que se trata de lucha mano a mano, cuerpo a cuerpo, en cada Estado, en cada ciudad, en cada aldea, en cada comuna, a fin de entregar a los Consejos de Obreros y Soldados todos los instrumentos del poder que habrá que arrancar trozo a trozo a la burguesía. En este objetivo, será necesario primero educar a nuestros camaradas, educar a los proletarios.

Aún allí donde existen Consejos de Obreros y Soldados no se sabe cuál es su función. Primero debemos enseñar a las masas que el Consejo de Obreros y Soldados debe ser en todas partes el núcleo del funcionamiento del Estado, que debe apoderarse de todos los poderes, para hacerlos converger en una misma corriente: la sublevación socialista. Aún las masas trabajadoras, ya organizadas en Consejos de Obreros y Soldados, están todavía a millas de ello, salvo por supuesto, algunas pequeñas minorías de proletarios que tienen una clara conciencia de sus tareas. Esto no es una carencia, es absolutamente normal.

Al ejercer el poder la masa debe aprender a ejercer el poder. No existe otra manera de inculcarles la ciencia. Afortunadamente

estamos muy lejos del tiempo en que era cuestión de enseñar el socialismo al proletariado. Aparentemente esta etapa no se ha cumplido para los marxistas de la escuela de Kautsky. Educar a las masas proletarias quiere decir: hacerles discursos, difundir folletos y hojas de propaganda. No, la escuela socialista de los proletarios no tiene necesidad de todo eso. Su educación se hace cuando pasan a la acción. 'En el principio era la Acción', tal es aquí la divisa; y la acción, es que los Consejos de Obreros y Soldados se sientan llamados a llegar a ser la única fuerza pública en el Imperio, y aprendan a serlo. Es la única manera de minar el terreno, a fin de que esté maduro para la sublevación que debe coronar nuestra obra.

He aquí por qué camaradas, es por un cálculo claro, con una conciencia clara, que nosotros les hemos declarado ayer, que yo particularmente les he dicho: ¡Dejen de tomar la lucha a la ligera! Algunos camaradas lo han interpretado mal, creyendo que yo los acusaba de querer permanecer de brazos cruzados, boicoteando la Asamblea Nacional. No lo he pensado ni un solo instante, solamente, no podía extenderme más sobre ese problema; en el marco y en el contexto de hoy, tengo la posibilidad de hacerlo.

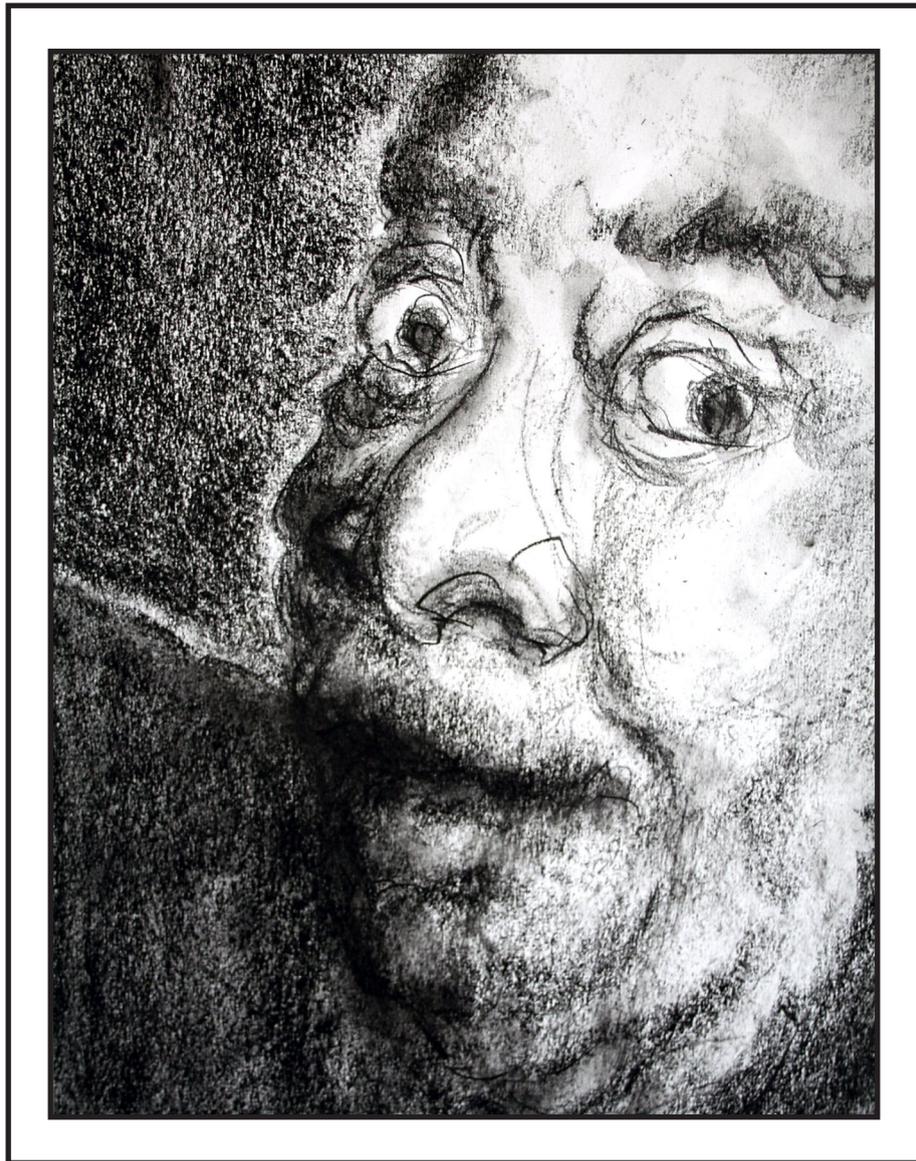
Quiero decir que la historia nos hace la tarea menos fácil que durante las revoluciones burguesas, donde bastó con derrocar el poder oficial en el centro, y reemplazarlo por algunas docenas de hombres nuevos, a lo más. Pero nosotros debemos actuar en la base, lo que corresponde bien al carácter de masas de nuestra revolución, cuyos objetivos se refieren a los fundamentos, a las raíces mismas de la constitución social, lo que corresponde al carácter de la revolución proletaria actual; debemos conquistar el poder político no por arriba, sino por la base.

El 9 de noviembre se ha tratado de remover

los poderes públicos, la hegemonía de clase, con una tentativa débil, incompleta, inconsciente, caótica. Lo que hay que hacer ahora es dirigir con plena conciencia, toda la fuerza del proletariado contra los fundamentos de la sociedad capitalista. Es allí, en la base, allí donde cada empleador se enfrenta a sus esclavos asalariados, es en la base, allí donde los organismos ejecutivos de la dominación política de clase hacen frente a los objetos de esta

dominación, es en la base donde debemos arrancar a los gobernantes, trozo a trozo, los instrumentos de su poderío. Tal como la describo, la marcha de la operación tiene un aire más lento de lo que se podría creer a primera vista. Pero creo que es bueno que miremos con plena claridad, todas las dificultades y todas las complicaciones de esta revolución.





DULCE ISABEL AGUIRRE BARRERA

Incertidumbre.

Técnica: Barras Conté

Antonio Gramsci

EL PROGRAMA DEL *ORDINE NUOVO*¹



EL HILO DE ARIADNA

I Cuando en el mes de abril de 1919, en tres, cuatro o cinco discusiones (los textos de nuestras discusiones y deliberaciones deben existir todavía, porque fueron compiladas y transcritas en copia las intervenciones verbales... ¡Sí señores, incluso esas intervenciones verbales... para la historia!), decidimos lanzar la publicación de este periódico *Ordine Nuovo*, ninguno de entre nosotros (quizás nadie), pensaba cambiar la faz del mundo, renovar los cerebros y los corazones de las masas humanas, nadie pensaba abrir un nuevo ciclo de la historia. Ninguno de entre nosotros (quizás nadie: alguno fantaseaba con llegar a tener unas 6,000 suscripciones en algunos meses), abrigaba falsas ilusiones sobre el buen éxito de la empresa. ¿Quiénes éramos nosotros? ¿Qué representábamos? ¿De qué nueva palabra éramos portadores? El único sentimiento que nos unía en nuestras reuniones, era el suscitado por una vaga pasión hacia una vaga cultura proletaria; queríamos hacer, hacer, hacer; nos sentíamos ansiosos, sin orientación, sumergidos en la vida ardiente de esos meses después del armisticio, cuando el cataclismo de la sociedad italiana nos parecía inmediato.

¹ Este texto, que fue publicado originalmente por Gramsci en el periódico *Ordine Nuovo* de los días 14 y 28 de Agosto de 1920, nos muestra cómo el nacimiento mismo de este grupo político, nucleado en torno de dicho periódico, estuvo directamente vinculado a la emergencia del importante movimiento de los Consejos Obreros en la Italia de la inmediata primera posguerra mundial. Y también, cómo es que Gramsci se hace eco, inmediatamente, de este movimiento consejista italiano, que sólo expresa la variante italiana de la verdadera ola consejista europea de aquellos mismos tiempos. *Contrahistorias* lo rescata ahora para sus lectores, desde la traducción del italiano al español, de Carlos Antonio Aguirre Rojas, del texto incluido en Antonio Gramsci, *Le Opere. La prima antologia di tutti gli scritti*, Ed. Riuniti, Roma, 1997, pp. 100 – 109.

La única palabra nueva que se hubo pronunciado en esas reuniones fue sofocada. Fue dicha por un técnico: “Es necesario estudiar la organización de la fábrica como instrumento de producción, debemos dedicar toda nuestra atención a los sistemas capitalistas de producción y de organización del trabajo, y debemos trabajar para hacer converger la atención de la clase obrera y del partido sobre este objeto”.

Otro más, que se ocupaba de la organización de los hombres, de la psicología de la clase obrera dijo también: “¿Existe en Italia una organización de la clase obrera que podría ser comparada al Soviet, cualesquiera que sea su naturaleza? Alguna cosa que nos permita afirmar: el Soviet es una forma universal, no es una institución rusa, solamente rusa; el Soviet es la forma en la cual, en todas partes donde existan proletarios en lucha para conquistar la autonomía industrial, la clase obrera manifiesta esta voluntad de emanciparse; el Soviet es la forma de autogobierno de las masas obreras. ¿Existe un embrión, un vislumbre, un bosquejo de Gobierno de Soviets en Italia, en Turín?”.

Un tercero, impresionado por esta pregunta, lanzó de sopetón a un camarada polaco: “¿Por qué no se ha realizado nunca en Italia un Congreso de las Comisiones Internas?”, para responderse a sí mismo en esas mismas reuniones: “Sí, si existe en Italia, en Turín, un germen de gobierno obrero, un germen de Soviets, y ese es la Comisión Interna: por eso, estudiemos esta institución obrera, hagamos una investigación, estudiemos incluso la fábrica capitalista, pero no como organización de la producción material, pues para eso necesitaríamos una cultura particular que no tenemos; estudiemos la fábrica capitalista como forma necesaria a la clase obrera, como organismo político, como 'territorio nacional' del autogobierno obrero”. Esta era una palabra nueva. Fue rechazada por el camarada Tasca.

¿Qué quería el camarada Tasca? Él no quería que la propaganda comenzara directamente entre las masas obreras. Quería un acuerdo con los secretarios de las federaciones y de los sindicatos, quería que se organizara un arreglo con los secretarios, y que se estableciera un plan de acción oficial; así, el grupo del *Ordine Nuovo* habría sido reducido al nivel de una pandilla irresponsable de pretenciosos y de inoportunos. ¿Cuál fue el programa real de los primeros números del *Ordine Nuovo*? El programa fue la ausencia de un programa concreto, sustituido por una vana y vaga aspiración a los problemas concretos. ¿Cuál fue la idea de los primeros números del *Ordine Nuovo*? Ninguna idea central, ninguna organización interna del material literario publicado.

¿Qué entendía el camarada Tasca por “cultura”? Él entendía solamente “recordar”, pero no entendía “pensar”, y entendía “recordar” cosas muy elementales, muy antiguas, que eran parte de la pacotilla del pensamiento obrero, como la de enseñar a la buena clase obrera italiana, recordándole que ella era muy atrasada, muy rústica e inculta, y que Luis Blanc había ya pensado la organización del trabajo, y que esos pensamientos dieron lugar a experiencias reales, “recordar” que Eugenio Fourmière había inventado una composición para servir caliente (o frío) todo un esquema de Estado socialista, “recordar” con el espíritu de Michelet (o del buen Luigi Molinari), a la Comuna de París, pero sin señalar para nada que los comunistas rusos, siguiendo las huellas de Marx, agregaron el Soviet, todo el sistema de los Soviets a esa Comuna de París, y sin mostrar que los estudios de Marx sobre el carácter “industrial” de la Comuna, habían servido a los comunistas rusos para comprender dicho Soviet, para elaborar la idea del Soviet, y para diseñar la línea de su partido, que gracias a eso llegó a ser partido de gobierno.

¿Qué fue el *Ordine Nuovo* en sus primeros números? Fue una antología, nada más que una antología, fue un simple periódico como habrían podido serlo otros en Nápoles, en Caltanissetta, o en Brindisi; fue un periódico de cultura abstracta, de información abstracta, con tendencia a publicar noticias horripilantes, y grabados bien intencionados, he aquí lo que fue el *Ordine Nuovo*, en sus primeros números, desorganizado, producto de un intelectualismo mediocre, que a trompicones buscaba una meta ideal y un camino de acción.

He aquí lo que fue el *Ordine Nuovo* que comenzó a publicarse como fruto de esas reuniones que se realizaron en abril de 1919, reuniones explícitas en las cuales el camarada Tasca rechazó, por considerarlo como algo que no estaba conforme a las viejas tradiciones de la honesta y pacífica familia socialista italiana, la propuesta de consagrar nuestra energía a “descubrir” una tradición “sovietista” en el seno de la clase obrera italiana, a escarbar y mostrar el filón del verdadero espíritu revolucionario italiano, verdadero en cuanto que coincidente con el espíritu universal de la Internacional obrera, y en cuanto que producto de una situación histórica real, y en tanto que resultado de una elaboración de la propia clase obrera.

Urdimos entonces, Palmiro Togliatti y yo, un golpe de Estado en cuanto a la línea editorial del periódico, y es así como en su número 7 se planteó explícitamente el problema de las Comisiones Internas; algunos días antes de escribir el artículo, yo había expuesto al camarada Terracini las grandes líneas de su contenido, y él había expresado su total acuerdo tanto con la teoría como en el plano de la práctica; de

De esta manera, Ordine Nuovo llegó a ser, para nosotros y para los que nos seguían, el “periódico de los Consejos de Fábrica”; los obreros querían al Ordine Nuovo (podemos afirmarlo con satisfacción)...

modo que el artículo, con el acuerdo de Terracini, y con la colaboración de Togliatti, fue publicado, y sucedió entonces lo que nosotros habíamos previsto: fuimos invitados, Togliatti, Terracini y yo, a participar en distintos debates, en círculos de educación, en las Asambleas de fábrica, y fuimos invitados por las Comisiones Internas para discutir en reuniones restringidas de militantes y de simpatizantes.

Continuamos por este camino, y así el problema del desarrollo de las Comisiones Internas llegó a ser el problema central, llegó a ser la idea del *Ordine Nuovo*, y a plantearse como el problema fundamental de la revolución obrera, como el problema de la “libertad” proletaria. De esta manera, *Ordine Nuovo* llegó a ser, para nosotros y para los que nos seguían, el “periódico de los Consejos de Fábrica”; los obreros querían al *Ordine Nuovo* (podemos afirmarlo con satisfacción) y ¿por qué querían los obreros al *Ordine Nuovo*? Porque encontraban en los artículos del periódico una parte de ellos mismos, su mejor parte y porque sentían en los artículos del *Ordine Nuovo* su propio espíritu de búsqueda interior: “¿Cómo podemos liberarnos? ¿Cómo podemos llegar a ser nosotros mismos?”.

Porque los artículos del *Ordine Nuovo* no eran una fría arquitectura intelectual, sino que surgían de nuestras discusiones con los mejores obreros; elaboraban y proyectaban los sentimientos y la voluntad, las pasiones reales de la clase obrera turinesa, las que habían sido reflejadas y en parte provocadas por nosotros mismos; porque los artículos del *Ordine Nuovo* eran casi un informe de los acontecimientos reales, vistos como momentos de un proceso de liberación y de expresión de la clase obrera. He aquí por qué

los obreros amaban al *Ordine Nuovo* y he aquí cómo se 'formó' la idea del *Ordine Nuovo*.

Y el camarada Tasca no colaboró de ninguna manera a esta formación ni a esta elaboración, de modo que el *Ordine Nuovo* desarrolló su propia idea fuera de la voluntad y la "contribución" a la revolución de Tasca. En esto encuentro yo la explicación a su actitud actual y al "tono" de su polémica, puesto que él no ha trabajado mucho para llegar a su "concepción", y por eso no me sorprende que él haya argumentado con tanta rudeza ni tampoco que con tanta desconsideración y ausencia de disciplina interior se haya volcado hacia la acción, para intentar impregnar a esta última de ese carácter oficial que él había defendido y expresado un año antes.

II. En el punto anterior he tratado de determinar el origen de la posición intelectual del camarada Tasca, frente al programa del *Ordine Nuovo*, programa que se había organizado como consecuencia de la experiencia real que hemos tenido respecto de las necesidades espirituales y concretas de la clase obrera, en torno del problema central de los Consejos de Fábrica. Y dado que el camarada Tasca no ha participado en esta experiencia, puesto que él también era hostil a ella, entonces el problema de los Consejos de Fábrica se le ha escapado en sus términos históricos reales y en su desarrollo orgánico, los que incluso a través de algunas vacilaciones y algunos errores comprensibles, se han desarrollado como yo lo había previsto, junto con Togliatti y con otros camaradas que colaboraban con nosotros.

En cambio, para Tasca, el problema de los Consejos de Fábrica se reduce simplemente a un problema en el sentido aritmético del término, es decir, al problema de saber cómo organizar inmediatamente a toda la clase obrera y campesina italiana. En el curso de

una de sus polémicas ya citadas, Tasca declara que él considera como existentes en el mismo plano al Partido comunista, al sindicato y al Consejo de Fábrica. Y en otro punto demuestra que no ha comprendido entonces la significación del calificativo "voluntario", que el *Ordine Nuovo* daba a las organizaciones del Partido y de los sindicatos, a diferencia de los Consejos de Fábrica, que son una forma de asociación histórica distinta, y que quizás hoy día sólo puede tener paralelo con la organización misma del Estado burgués.

De acuerdo a la concepción desarrollada por el *Ordine Nuovo*, concepción que estaba organizada en torno de la idea de libertad (y más concretamente, en el plano de la creación histórica actual, alrededor de la hipótesis de una acción revolucionaria autónoma de la clase obrera), el Consejo de Fábrica es un organismo de carácter "público", mientras que el partido y los sindicatos son asociaciones de carácter "privado". Pues en el Consejo de Fábrica, el obrero entra en tanto que productor, a consecuencia de su carácter universal, a consecuencia de su posición y de su función en la sociedad, de la misma manera en que el ciudadano forma parte del Estado democrático parlamentario.

En cambio en el partido y en el sindicato, el obrero entra "voluntariamente", firmando un compromiso escrito, firmando un "contrato" que él puede rescindir en cualquier momento: el Partido y el sindicato, por su carácter "voluntario", por su carácter "contractual", de ninguna manera pueden ser confundidos con el Consejo, que es una institución representativa que no se desarrolla de manera aritmética sino morfológica, y que tiende, al alcanzar sus formas superiores, a darle el carácter proletario al aparato de producción y de intercambio, creado diversamente por el capitalismo para fines de ganancia.

Y esta es la razón por la cual el desarrollo de esas formas superiores de la organización de los Consejos no fue indicada por el *Ordine Nuovo* con la terminología política propia a la sociedad dividida en clases, sino más bien con alusiones a la organización industrial. Porque de acuerdo con la concepción desarrollada por el *Ordine Nuovo*, el sistema de los Consejos no puede ser expresado por la palabra “federación” o por una palabra análoga, sino que tiene que ser representado a partir de traspasar a la escala de todo un centro industrial, el conjunto de las relaciones industriales que, dentro de una fábrica, unen y conectan a un equipo de trabajo con otro equipo, y vinculan a un taller con otro taller.

Por eso es que el ejemplo de Turín era muy significativo para nosotros, y es por eso que en un artículo, Turín fue presentado como el lugar en donde ahora se fragua históricamente la revolución comunista italiana. Porque en una fábrica, los obreros son productores en tanto que ellos colaboran, organizados de una manera determinada exactamente por la técnica industrial, a la preparación del objeto fabricado, la que (en un cierto sentido) es independiente de la forma de apropiación de los valores producidos. Todos los obreros de una fábrica de automóviles, sean metalúrgicos, electricistas, albañiles, etc., poseen el carácter y la función de productores, en tanto que son igualmente necesarios e indispensables para la fabricación del automóvil, y en tanto que, organizados industrialmente, constituyen un organismo históricamente necesario e indivisible.

Y Turín se ha desarrollado, históricamente como ciudad, de una manera que en parte recuerda a esa unidad orgánica de la fábrica: pues en virtud de la transferencia de la capital a Florencia y a Roma, y por el hecho de que el Estado italiano se ha constituido inicialmente como extensión del Estado

piamontés, Turín ha sido privada de la clase pequeño-burguesa, cuyos elementos alimentaron el personal necesario del Estado italiano. Pero la transferencia de la capital, y ese despoblamiento repentino de un elemento característico de las ciudades modernas, no determinaron una decadencia de la ciudad, porque ella retomó su desarrollo que corrió paralelo al crecimiento de la industria mecánica y al sistema de fábricas de la Fiat.

Así que si Turín había dado al nuevo Estado su clase de intelectuales pequeño-burgueses, el desarrollo de la economía capitalista, arruinando a la pequeña industria y a la artesanía italiana, hizo afluir a Turín a una masa proletaria compacta, que dio a la ciudad su fisonomía actual, fisonomía que es quizás una de las más originales de toda Europa. Pues la ciudad tiene y mantiene una configuración centrada y organizada, naturalmente, alrededor de una industria que “gobierna” todo el movimiento urbano y que reglamenta y estructura todas sus salidas: de modo que Turín es la ciudad del automóvil, de la misma manera que el Vercellese es el organismo económico caracterizado por el arroz, el Cáucaso por el petróleo, Gales del Sur por el carbón, etc.

E igual que en una fábrica, los obreros cumplen una función, ordenándose para la producción de un artículo determinado, que une y organiza a los trabajadores del metal y a los de la madera, a los albañiles, a los electricistas, etc., así en la ciudad, la clase obrera asume un rol tan predominante como el de la propia industria a la que ella pertenece, ordenando y gobernando por su sola existencia todo el complejo urbano. Y también, en la escala nacional, un pueblo, el turinés, asume así la misma centralidad que tienen sus exportaciones económicas, y su contribución real a la vida económica del mundo entero.

Por su parte, el camarada Tasca, lector muy

poco atento del *Ordine Nuovo*, no ha comprendido nada de todos estos argumentos teóricos, los que por lo demás, no eran más que una traducción a la realidad histórica italiana, de las concepciones desarrolladas ya por el camarada Lenin en algunos escritos publicados en el mismo *Ordine Nuovo*, y de las concepciones del teórico norteamericano de la asociación sindicalista revolucionaria de la IWW, el marxista Daniel de León.

El camarada Tasca, en efecto, en cierto momento interpreta en un sentido puramente “comercial” y contable la representación de los conjuntos económicos de producción expresados por las palabras “arroz”, “madera”, “azufre”, etc., y en otro momento se pregunta qué interrelación debería establecerse entre los distintos Consejos; y en un tercer momento, encuentra en la concepción proudhoniana de la fábrica que destruye el gobierno, el origen de la idea expuesta en el *Ordine Nuovo*. Y esto último, dentro del número del 5 de junio, en el que también se publicó el artículo “El Consejo de Fábrica” y el comentario sobre el Congreso cameral, junto al extracto del texto sobre la Comuna de París, en donde Marx subraya explícitamente el carácter industrial de la sociedad comunista de los productores. Y es en esta obra de Marx, donde Lenin y De León han encontrado los temas fundamentales de sus concepciones; de modo que los artículos del *Ordine Nuovo* habían sido preparados y elaborados sobre esta base, e incluidos precisamente, en ese número que fue el origen de la polémica, lo que una vez más muestra como el camarada Tasca lee todo esto muy superficialmente y sin lograr ninguna comprensión de su substancia ideal e histórica.

No quiero repetir, para los lectores de esta polémica, todos los argumentos ya planteados en torno a la idea de la libertad obrera que va gestándose inicialmente en el

seno del Consejo de Fábrica. Solamente he querido subrayar ciertos temas fundamentales, para demostrar en qué medida se le había escapado al camarada Tasca el proceso interno de desarrollo del programa del *Ordine Nuovo*. En un apéndice que seguirá a estos dos breves artículos, analizaré algunos puntos de la exposición hecha por Tasca, en tanto que me parece oportuno clarificarla y demostrar su inconsistencia.

Pero es necesario aclarar un punto inmediatamente, y es aquél en el que Tasca, hablando del capital financiero, escribe que el capital “emprende el vuelo”, se desprende de la producción y se libera. Todo este palabrerío de “emprender el vuelo y liberarse” (lo que si acaso, será “liberarse” del papel moneda), es un tema que no tiene nada que ver con el desarrollo de los Consejos de Fábrica; pues lo que nosotros hemos subrayado es que la fábrica ya no está gobernada por la persona del propietario, sino por la banca, a través de una burocracia industrial que tiende a desinteresarse de la producción, del mismo modo en que el funcionario del Estado se desinteresa de la administración pública.

Este punto nos sirve para hacer un análisis histórico de las nuevas relaciones jerárquicas que se han establecido dentro de la fábrica, y para fijar el advenimiento de una de las más importantes condiciones históricas de la autonomía industrial de la clase obrera, cuya organización en la fábrica tiende a incorporar el poder de iniciativa sobre la producción. Y aquí el asunto del “vuelo” o de “liberarse” es una de las fantasías más desafortunadas del camarada Tasca, quien, cuando se refiere a una de sus críticas al libro de Arturo Labriola, *Capitalismo*, publicado por el *Corriere Universitario*, para demostrar que él se “ha ocupado” ya de la cuestión del capital financiero (y respecto del cual cabría señalar que Labriola sostiene aquí, precisamente, una tesis opuesta a la de

Hilferding, la que luego llegó a ser la tesis de los bolcheviques), en los hechos demuestra no haber comprendido nada, y haber construido toda una montaña sólo sobre vagos recuerdos y palabras vacías.

Pero la polémica ha servido para demostrar que los apuntamientos que había hecho al Informe de Tasca eran completamente bien fundados: Tasca sólo tenía un ligero barniz de ideas superficiales sobre el problema de los Consejos, junto a una manía invencible de expresar “su” propia concepción, y de llevar a cabo “su” propia acción, imaginando con ello que es capaz de inaugurar así una nueva era en el movimiento sindical.

Por eso, el comentario al Congreso cameral y sobre la posible intervención del camarada Tasca para determinar el voto de una moción de carácter ejecutivo, había sido dictado por la voluntad de mantener integralmente el programa de nuestro periódico. Los Consejos de Fábrica tienen su ley en sí mismos, y no pueden ni deben aceptar la legislación de

los organismos sindicales, la que por lo demás debería también renovarse de manera inmediata. En el mismo sentido, hay que subrayar que el movimiento de los Consejos de Fábrica quiere que la representación obrera sea una representación directa de las masas, y esté ligada a la masa por un mandato imperativo; mientras que la intervención en un Congreso obrero del camarada Tasca, sólo como relator y sin mandato de nadie, pero sobre un problema que interesa a toda la masa obrera, y cuya solución imperativa habría debido comprometer en su cumplimiento a toda esa masa, estaba hasta tal punto en oposición con la orientación general deseada por el *Ordine Nuovo*, que el comentario en su forma más dura era perfectamente justificado y era un deber absoluto.

* * *





DULCE ISABEL AGUIRRE BARRERA
Examinando.
Técnica: Medios Mixtos

EL CONSEJO DE FÁBRICA¹



EL HILO DE ARIADNA

La revolución proletaria no es el acto arbitrario de una organización que se afirma revolucionaria, o de un sistema de organizaciones que se afirman revolucionarias. La revolución proletaria es un proceso histórico muy largo que se realiza por el nacimiento y el desarrollo de determinadas fuerzas productivas (que nosotros resumimos en la expresión “proletariado”) en un contexto histórico determinado (que resumimos en las expresiones “modo de propiedad individual, modo de producción capitalista, sistema de fábrica, modo de organización de la sociedad en el Estado democrático parlamentario”).

En una fase determinada de este proceso, las nuevas fuerzas productivas no pueden ya desarrollarse y organizarse de manera autónoma en los marcos oficiales en los que en ese momento se desarrolla la coexistencia humana, y entonces comienza el acto revolucionario, que consiste en un esfuerzo directo para destruir violentamente estos marcos, para destruir todo el aparato del poder económico y político en el cual las fuerzas productivas revolucionarias eran mantenidas en forma opresiva, que consiste en un esfuerzo directo para derrocar la máquina del Estado burgués y para constituir un tipo de Estado cuyos marcos ofrecerán a las fuerzas productivas liberadas la forma adecuada para su desarrollo ulterior, para su expansión ulterior, y en cuya organización encontrarán la dirección y las armas necesarias y suficientes para suprimir a su adversario.

¹ Este texto, publicado originalmente en el *Ordine Nuovo* del 5 de Junio de 1920, es un complemento importante del artículo anterior, pues amplía la caracterización gramsciana de esta importante forma de organización popular autónoma que son los Consejos Obreros de Fábrica. Por eso lo incluimos también en este número de *Contrahistorias*, en esta traducción del italiano al español, de Carlos Antonio Aguirre Rojas, del texto incluido en Antonio Gramsci, *Le Opere. La prima antologia di tutti gli scritti*, Ed. Riuniti, Roma, 1997, pp.91 – 96.

El proceso real de la revolución proletaria no puede, por lo tanto, ser identificado con el desarrollo y la acción de las organizaciones revolucionarias de tipo voluntarista y contractual, que son el partido político y los sindicatos profesionales: organizaciones nacidas en el campo de la democracia burguesa, nacidas en el campo de la libertad política, como afirmación y como desarrollo de esa libertad política. Estas organizaciones, en tanto ellas encarnen una doctrina que interprete el proceso revolucionario, y prevea (dentro de ciertos límites de probabilidad histórica) su desarrollo, en tanto ellas sean reconocidas por las grandes masas como su reflejo y su aparato de gobierno embrionario, son actualmente y llegarán a ser, cada vez más, los agentes directos y responsables de actos sucesivos de liberación que la clase obrera en su totalidad intentará en el curso del proceso revolucionario.

Pero de todas maneras, ellas no encarnan este proceso, ni sobrepasan el Estado burgués, ni abarcan y no pueden abarcar todas las múltiples fuerzas revolucionarias que produce el capitalismo, al actuar con su manera implacable de máquina de explotación y de opresión.

En el período de predominio económico y político de la clase burguesa, el desarrollo real del proceso revolucionario comienza clandestinamente, en la obscuridad de la fábrica y en la obscuridad de la conciencia de las masas oprimidas, que el capitalismo sujeta a sus leyes: no es comprobable ni verificable: lo será sólo en el futuro, cuando los elementos que lo constituyen (los sentimientos, las mutaciones, los hábitos, los gérmenes de iniciativas y las costumbres) se habrán desarrollado y decantado con el propio progreso del lugar que la clase obrera ocupa en el campo de la producción.

Las organizaciones revolucionarias (el partido político y el sindicato profesional) han nacido dentro del terreno de la libertad

política, en el campo de la democracia burguesa, como afirmación y desarrollo de esa libertad y democracia en general, en un campo en el que subsisten las relaciones de ciudadano a ciudadano; el proceso revolucionario, en cambio, se desarrolla en el campo de la producción, en la fábrica, en donde las relaciones son de opresor a oprimido, de explotador a explotado, y donde no existe la libertad para el obrero, ni la democracia; el proceso revolucionario se desarrolla allí donde el obrero no es nada y quiere serlo todo, y en donde el poder del propietario es ilimitado, es poder de vida y muerte sobre el obrero, sobre la mujer del obrero, sobre los hijos del obrero.

¿Cuándo podemos decir que el proceso de la revolución proletaria, que emana de la coexistencia humana en el régimen capitalista, que tiene sus propias leyes, y que se desarrolla necesariamente por la convergencia de una multitud de acciones incontrollables, creadas por una situación no deseada por el obrero y no previsible por él mismo, cuándo podemos decir que ese proceso histórico de la revolución proletaria ha nacido ya, y ha llegado a ser comprobable y verificable?

Podemos decirlo, cuando toda la clase obrera ha llegado a ser revolucionaria, y no en el sentido de que ella se niega a colaborar genéricamente con las instituciones de gobierno de la clase burguesa, ni tampoco en el sentido de que ella representa la oposición en el campo de la democracia, sino en el sentido de que toda la clase obrera, tal y como está ubicada desde las fábricas, comienza una acción que necesariamente debe desembocar en la fundación de un Estado obrero, y que necesariamente debe conducir a una nueva configuración de la sociedad humana que es absolutamente original y absolutamente universal, y que abarca a toda la Internacional obrera y por ende a toda la humanidad.

Y decimos que el periodo actual es

revolucionario, precisamente porque constatamos que la clase obrera, en todas las naciones, tiende a crear, con toda su energía —y más allá de los errores, las vacilaciones, o las equivocaciones propias de una clase oprimida, que no tiene experiencia histórica y que debe hacer todo de manera original—, y a generar desde su propio seno, instituciones de nuevo tipo dentro del ámbito obrero, instituciones representativas, construidas al interior del marco de la industria; decimos que el periodo actual es revolucionario, porque la clase obrera tiende con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, a crear su propio Estado. Y es por eso también que decimos que el nacimiento de los Consejos Obreros de Fábrica representa un grandioso acontecimiento histórico, y significa el comienzo de una nueva era en la historia del género humano: porque gracias a él, el proceso revolucionario ha salido al fin a la luz del día, y ha entrado en la fase en la que puede ser comprobado y verificado.

En la fase liberal del proceso histórico de vida de la clase burguesa, y de la sociedad dominada por la clase burguesa, la célula básica del Estado era el propietario, el que sometía a la clase obrera para su beneficio, en la fábrica. En la fase liberal, el propietario era también empresario, él era también industrial: el poder industrial, la fuente del poder industrial estaba en la fábrica, y el obrero no lograba liberar su conciencia de la persuasión de la necesidad de la existencia de ese propietario, cuya persona se identificaba con la persona del industrial, con la persona del gerente responsable de la producción, y también, por lo tanto, de su salario, de su

Y es por eso también que decimos que el nacimiento de los Consejos Obreros de Fábrica representa un grandioso acontecimiento histórico, y significa el comienzo de una nueva era en la historia del género humano: porque gracias a él, el proceso revolucionario ha salido al fin a la luz del día...

pan, de sus ropas, de su techo.

En cambio, en la fase imperialista del proceso histórico de vida de la clase burguesa, el poder industrial de cada fábrica se separa de la fábrica y se concentra en un *trust*, en un monopolio, en la banca, en la burocracia estatal. El poder industrial se vuelve entonces irresponsable y también más autocrático, más separado, más arbitrario: pero el obrero, liberado ahora de la sumisión al “jefe”, y liberado

del espíritu servil de la jerarquía, y estimulado igualmente por las nuevas condiciones generales en las cuales se encuentra la sociedad a consecuencia de la nueva fase histórica, el obrero hace inapreciables conquistas de autonomía y de iniciativa.

En la fábrica, la clase obrera se convierte en un “instrumento de producción” determinado, en una constitución orgánica determinada; cada obrero llega “por casualidad” a formar parte de ese cuerpo constituido: “por casualidad” en lo que concierne a su voluntad, pero no “por azar” en lo que concierne a su función laboral, puesto que ella representa una necesidad determinada del proceso de trabajo y de producción, y él no ha sido contratado más que por esta razón, y no puede ganarse la vida más que por esto. Es sólo un engranaje de la gran máquina basada en la división del trabajo, y de la clase obrera determinada en tanto que “instrumento de producción”.

Pero si el obrero adquiere una clara conciencia de esta “necesidad determinada” y la pone a la base de un aparato representativo de tipo estatal (es decir, no voluntario, ni contractual, ni afiliativo, sino más bien vinculante de modo absoluto,

orgánico, derivado de la realidad que es necesario reconocer, si se quiere asegurar el pan, las ropas, el techo, la producción industrial): si el obrero, si la clase obrera hace eso, hace algo grandioso, y comienza una nueva historia, abre la era del Estado obrero, que deberá confluir para la formación de la sociedad comunista, del mundo organizado sobre la base y sobre el tipo de la gran fábrica mecánica, de la Internacional comunista en la que cada pueblo, cada parte de la humanidad toma su lugar a partir de que desarrolla un cierto tipo de producción predominante, y no a partir de que está organizada bajo forma de Estados y con fronteras determinadas.

En realidad, mientras construye este aparato representativo, la clase obrera realiza la expropiación de la primera 'máquina', del más importante 'instrumento de producción': la de la propia clase obrera, la que a partir de ese momento se reencuentra a sí misma, adquiriendo conciencia de su unidad orgánica y oponiéndose unitariamente al capitalismo. La clase obrera afirma así que el poder industrial, que la fuente del poder industrial debe retomar a la fábrica, con lo cual coloca de nuevo a esa fábrica, desde el punto de vista obrero, como forma en la cual la clase obrera se constituye en cuerpo orgánico determinado, en la célula de un nuevo Estado, el Estado obrero, y en la base del nuevo sistema representativo, el sistema de los Consejos. El Estado obrero, puesto que nace de una configuración productiva, crea ya las condiciones de su desarrollo, de su disolución como Estado, y de su incorporación orgánica en un sistema mundial, el de la Internacional comunista.

E igual que ahora, en el consejo de una gran fábrica mecanizada, cada equipo de trabajo (o de oficio), se amalgama, desde el punto de vista proletario, con los otros equipos de un taller, y así como cada momento de la producción industrial se funde, desde el punto de vista proletario, con

los otros momentos, para en conjunto poner de relieve el entero proceso productivo, así en la escala del mundo, el carbón inglés se fundirá con el petróleo ruso, y el grano siberiano con el azufre de Sicilia, o el arroz de Vercellese con la madera de Stiria, en un organismo único, sometido a una administración internacional que gobernará la riqueza del orbe a nombre de toda la humanidad. Y en este sentido, el Consejo Obrero de Fábrica es la primera célula de un proceso histórico que debe culminar en la Internacional Comunista, pero no ya como organización política del proletariado revolucionario, sino como reorganización de la economía mundial, e incluso como reorganización de toda la coexistencia humana, nacional y mundial. De modo que cada acción revolucionaria actual tiene valor, y es históricamente real, sólo en tanto que adhiere a este proceso, en tanto que está concebida y es un acto de este proceso de liberación de las superestructuras burguesas, que lo constriñen y lo limitan.

Entonces, las relaciones que deben establecerse entre el partido político y el Consejo de Fábrica, o entre el sindicato y el Consejo de Fábrica, se desprenden explícitamente de esta exposición: el partido y el sindicato no deben plantearse como tutores o como superestructuras ya constituidas de esta nueva institución, en la cual el proceso histórico de la revolución toma una forma histórica comprobable. Más bien deben plantearse como agentes conscientes de la liberación de estos Consejos respecto de las fuerzas de opresión que los encadenan y comprimen desde las acciones del Estado burgués, y también como los responsables de crear y organizar las condiciones externas generales (políticas), en las que el proceso de la revolución podrá desarrollarse lo más velozmente posible, y en las que las fuerzas productivas liberadas puedan encontrar su mayor expansión.

FRAGMENTO DEL TEXTO **EL MOVIMIENTO TURINÉS DE LOS CONSEJOS DE FÁBRICA**¹



EL HILO DE ARIADNA

La Postguerra.

Después del término de la guerra imperialista, el movimiento proletario hizo rápidos progresos. Las masas obreras de Turín comprendieron que el período histórico abierto por la guerra, era profundamente diferente al período precedente. La clase obrera italiana sintió súbitamente que la III Internacional era una organización del proletariado mundial para la dirección de la guerra civil, para la conquista del poder político, para la instauración de la dictadura del proletariado, para la creación de un nuevo orden en las relaciones económicas y sociales.

Los problemas de la revolución, económicos y políticos, eran objeto de discusión en todas las Asambleas Obreras. Los mejores elementos de la vanguardia obrera se reunían, para difundir un semanario de tendencia comunista, el periódico *Ordine Nuovo*. En las columnas de este semanario, se trataban diferentes problemas de la revolución; la organización revolucionaria de las masas que debía conquistar los sindicatos a la causa del comunismo; la transferencia de la lucha sindical, del campo corporatista y reformista al terreno de la lucha revolucionaria, del control sobre la producción, y de la dictadura del proletariado. Igualmente, se puso a la orden del día la cuestión de los Consejos de Fábrica.

Anteriormente ya existían en las fábricas turinesas, pequeños Comités Obreros, reconocidos por los capitalistas, y algunos de ellos ya se habían comprometido en la lucha contra el funcionarismo, contra el espíritu reformista, y contra las tendencias constitucionalistas de los sindicatos.

Pero la mayoría de estos Comités habían sido creados por los sindicatos; las listas de los candidatos para estos Comités (Comisiones Internas) eran

¹ Este texto es un fragmento del Informe enviado al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, por Gramsci, en julio de 1920. En el mismo, Gramsci profundiza también en esta importante teorización del papel central de los Consejos Obreros, a partir de la experiencia del caso italiano. *Contrahistorias* lo entrega a sus lectores, a partir de la versión publicada en el libro coordinado por Ernest Mandel, *Control Obrero, Consejos Obreros, Autogestión*, Ed. Daniel Bilbao, Buenos Aires, 1973, pp. 90 – 94.

propuestas por las organizaciones sindicales, las que elegían de preferencia obreros de tendencia oportunista, que no molestaban a los patrones, y que ahogaban en germen toda acción de masas. Los partidarios del *Ordine Nuovo* defendían en primer lugar, en su propaganda, la transformación de esas Comisiones Internas, y el principio según el cual la formación de las listas de candidatos, debía generarse en el seno de las masas obreras, y no desde arriba por las burocracias sindicales. Los deberes que ellos asignaban al Consejo de Fábrica eran los del control sobre la producción, el armamento y preparación militar de las masas, su preparación política y técnica. Porque ya no debían llenar el viejo rol de perros guardianes, que protegían los intereses de la clase dominante, ni frenar a las masas en sus acciones en contra del régimen capitalista.

EL ENTUSIASMO POR LOS CONSEJOS

La propaganda en pro de los Consejos de Fábrica fue acogida con entusiasmo por las masas; en seis meses, se constituyeron Consejos de Fábrica en todas las fábricas metalúrgicas; los comunistas ganaron la mayoría en el sindicato de los metalúrgicos; el principio de los Consejos de Fábrica y del control sobre la producción, fue aprobado y aceptado por la mayoría del Congreso y por la mayoría de los sindicatos pertenecientes a la Cámara del Trabajo.

La organización de esos Consejos de Fábrica se basa en los siguientes principios: en todas las fábricas, en todas las empresas, se constituye un organismo sobre la base de la representatividad (y no sobre la antigua base del sistema burocrático), que hace evidente la fuerza del proletariado, lucha contra el orden capitalista, o ejerce el control sobre la producción, educando a toda la masa obrera para la lucha revolucionaria y para la creación del Estado obrero. El Consejo de Fábrica debe

estar formado de acuerdo al principio de organización por rama industrial; debe representar, para la clase obrera, el modelo de la sociedad comunista a la que se llegará por medio de la dictadura del proletariado; en esta sociedad no existirán más las diferencias de clases, todas las relaciones sociales se reglamentarán de acuerdo a las necesidades técnicas de la producción y de la organización correspondiente, y ya no estarán subordinadas a un poder estatal organizado. La clase obrera debe comprender toda la nobleza y toda la belleza del ideal por el cual ella combate y se sacrifica; debe darse cuenta de que, para alcanzar este ideal, es necesario pasar por algunas etapas; debe reconocer la necesidad de la disciplina revolucionaria y de la dictadura.

Cada fábrica se divide en talleres, y cada taller en equipos de trabajo; cada equipo cumple un trabajo determinado; los obreros de cada equipo eligen un obrero con un mandato imperativo y condicionado. La Asamblea de Delegados de toda la fábrica forma un Consejo, que elige en su seno un Comité Ejecutivo. La Asamblea de los secretarios políticos de los Comités Ejecutivos forma el Comité Central de los Consejos, que elige en su seno un Comité Urbano de estudio, para la organización de la propaganda, la elaboración de los planes de trabajo, la aprobación de los proyectos y las proposiciones de todo el movimiento.

CONSEJOS Y COMISIONES INTERNAS DURANTE LAS HUELGAS

Algunos de los deberes de los Consejos tienen un carácter puramente técnico e industrial, como por ejemplo, el control sobre el personal técnico, sobre el licenciamiento de los empleados que se muestren enemigos de la clase obrera, la lucha contra la dirección para la conquista de derechos y libertades; el control de la producción de la fábrica y de las operaciones financieras.

Los Consejos de Fábrica se enraízan

rápidamente. Las masas aceptan de muy buen grado esta forma de organización comunista, se agrupan alrededor de sus Comités Ejecutivos y apoyan con energía la lucha contra la autocracia capitalista. Aunque ni los industriales ni la burocracia sindical desean reconocer los Consejos y los Comités, éstos tendrán éxitos importantes; cazarán a los agentes y a los espías de los capitalistas, anudarán relaciones con los empleados y con los técnicos, para tener informaciones de orden financiero e industrial; en los asuntos de la fábrica, concentrarán en sus manos el poder disciplinario, y demostrarán a las masas desunidas y desperdigadas lo que significa la gestión directa de la industria por los obreros.

La actividad de los Consejos y de las Comisiones Internas se manifiesta más claramente en el curso de las huelgas; estas huelgas pierden su carácter impulsivo, fortuito, y llegan a ser la expresión de la actividad consciente de las masas revolucionarias. La organización técnica de los Consejos y de las Comisiones Internas, su capacidad de acción, se perfeccionarán de manera que sea posible obtener en cinco minutos la suspensión del trabajo de 160,000 obreros, repartidos en 42 talleres de la Fiat. El 3 de diciembre de 1919, los Consejos de Fábrica dieron una prueba tangible de su capacidad para dirigir magistralmente un movimiento de masas; a la orden de la sección socialista, que concentraba en sus manos todo el mecanismo del movimiento de masas, los Consejos de Fábrica movilizaron, sin ninguna preparación, en una hora, a 120,000 obreros, organizados por fábrica.

...los Consejos de Fábrica movilizaron, sin ninguna preparación, en una hora, a 120,000 obreros, organizados por fábrica. Una hora después, el ejército proletario se precipitó como una avalancha hasta el centro de la ciudad, y barrió a toda la canalla nacional y militarista de calles y plazas.

Una hora después, el ejército proletario se precipitó como una avalancha hasta el centro de la ciudad, y barrió a toda la canalla nacional y militarista de calles y plazas.

LA LUCHA CONTRA LOS CONSEJOS

Los comunistas pertenecientes a la sección socialista y a las organizaciones sindicales estuvieron a la cabeza del movimiento en pro de la constitución de los Consejos; los anarquistas también tomaban parte en

ello, tratando de oponer su fraseología inflada, al lenguaje claro y preciso de los comunistas marxistas.

El movimiento encontró la encarnizada resistencia de los funcionarios sindicales, de la dirección del partido socialista y del periódico *Avanti*. La polémica de estas personas se basaba en la diferencia entre el concepto de Consejo de Fábrica y el concepto de Soviet. Sus conclusiones tenían un carácter puramente teórico, abstracto, burocrático. Detrás de sus grandes frases, se escondía el deseo de evitar la participación directa de las masas en la lucha revolucionaria, el deseo de conservar la tutela de las organizaciones sindicales sobre las masas. Los miembros de la dirección del Partido, se negaban siempre a tomar la iniciativa de una acción revolucionaria, antes de contar con un plan de acción coordinado, pero no hacían nada por preparar y elaborar ese plan.

El movimiento turinés no logró, por lo tanto, salir del círculo local, porque todo el mecanismo burocrático de las masas fue puesto en acción, para impedir que las masas obreras de los otros partidos de Italia siguieran

el ejemplo de Turín. El movimiento de Turín se ridiculizó, satirizó, calumnió y criticó de todas las maneras posibles.

Las duras críticas de los organismos sindicales y de la dirección del Partido socialista, estimularon nuevamente a los capitalistas, que no se frenaban en su lucha en contra del proletariado turinés, y en contra de los Consejos de Fábrica. La conferencia de los industriales, realizada en marzo de 1920 en Milán, elaboró un plan de ataque; pero los “tutores de la clase obrera”, las organizaciones económicas y políticas, no se preocupaban de ello. Abandonado por todos, el proletariado turinés fue obligado a enfrentar solo, con sus propias fuerzas, al capitalismo nacional y al poder del Estado. Turín fue invadida por un ejército de policías; se ubicaron cañones y ametralladoras en puntos estratégicos alrededor de la ciudad. Y cuando todo este aparato militar estuvo listo, los capitalistas comenzaron a provocar a los obreros. Es verdad que frente a estas condiciones tan graves, el proletariado vaciló en aceptar el desafío; pero cuando vio que la batalla era inevitable, la clase obrera salió con valentía de sus posiciones de reserva, e intentó llevar la lucha hasta la victoria.

EL CONSEJO SOCIALISTA NACIONAL DE MILÁN

Los metalúrgicos estuvieron en huelga un mes entero, las otras categorías diez días; se paralizó la industria de toda la provincia, así como las comunicaciones. Por lo tanto, el proletariado turinés estuvo aislado del resto de Italia; los organismos centrales no hicieron nada por ayudarlo; ni siquiera publicaron un Manifiesto para explicar al pueblo italiano la importancia de la lucha de los trabajadores turineses; el *Avanti* se negó a publicar el Manifiesto de la Sección turinesa del partido. Los camaradas turineses recibieron de todas partes los epítetos de anarquistas y aventureros.

En este período debía reunirse en Turín el Consejo Nacional del Partido, pero ese Consejo fue transferido a Milán, porque una ciudad “presa de una huelga general” parecía poco apta para ser el teatro de las discusiones socialistas.

Toda la impotencia de los hombres llamados a dirigir el Partido se manifestó en esta ocasión; mientras la masa obrera defendía valientemente en Turín a los Consejos de Fábrica, a esta primera organización basada en la democracia obrera, que encarna el poder proletario, al mismo tiempo se parlotaba en Milán sobre proyectos o métodos teóricos para la formación de Consejos, como forma de poder político que el proletariado debía conquistar; se discutía sobre la manera de sistematizar las conquistas que no se habían realizado, y se abandonaba al proletariado turinés a su destino, dejando a la burguesía la posibilidad de destruir el poder político ya conquistado.

Las masas proletarias italianas manifestaron su solidaridad con sus camaradas turineses bajo diferentes formas; los ferroviarios de Pisa, Livorno y Florencia se negaron a transportar a las tropas con destino a Turín, los trabajadores de los puertos, y los marinos de Livorno y Génova, sabotearon el movimiento en los puertos; los obreros de numerosas ciudades fueron a la huelga contra las órdenes de los sindicatos.

La huelga general de Turín y del Piamonte tropezó con el sabotaje y la resistencia de los organizadores sindicales y del propio Partido. Sin embargo, tuvo una gran importancia educativa, porque demostró que la unión práctica de los obreros y de los campesinos era posible, y probó nuevamente la urgente necesidad de luchar contra todo el mecanismo burocrático de las organizaciones sindicales, que son el apoyo más seguro del trabajo oportunista de los parlamentarios y de los reformistas, los que tratan de sofocar todo movimiento revolucionario de las masas trabajadoras.



memorabilia



Los hechos dignos de ser recordados y atesorados en la contramemoria de los que no estamos satisfechos con el mundo actual en el que vivimos, los documentos que a pesar del poder y de la ideología dominante han traspasado la prueba del olvido, las cosas y acontecimientos memorables en tanto que merecedores de ser incorporados en la única tradición que reivindicamos: la tradición de la lucha, de la rebeldía, de la resistencia permanente en contra de toda forma de explotación, de opresión y de dominio.

Por eso, esta sección tratará de guardar esos textos y noticias que reclamamos como dignos de sobrevivir a las modas y a los efímeros brillos del momento, al falso protagonismo y a los fuegos fatuos de la gloria fácil y de la fama artificialmente creada.

*Porque en esta guerra permanente entre el olvido siempre interesado y selectivo de las clases dominantes, y las contramemorias populares de las clases subalternas, **Contra**historias apuesta sin dudar, en esta suerte de Apomnemoneúmata periódica, por el rescate y la conservación de dichas contramemorias de la inagotable y siempre viva cultura popular.*



LOS MUNICIPIOS AUTÓNOMOS REBELDES NEOZAPATISTAS¹



La historia de los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas es relativamente joven, tiene 7 años cumplidos y entrada en 8. Aunque fueron declarados en ocasión de la ruptura del cerco de diciembre de 1994, los municipios autónomos rebeldes zapatistas (los MAREZ) tardaron todavía un tiempo en concretarse.

Hoy, el ejercicio de la autonomía indígena es una realidad en tierras zapatistas, y tenemos el orgullo de decir que ha sido conducido por las propias comunidades. En este proceso, el EZLN se ha dedicado únicamente a acompañar, y a intervenir cuando hay conflictos o desviaciones. Por eso es que la vocería del EZLN no coincidía con la de los Municipios Autónomos. Éstos expresaban directamente denuncias, solicitudes, aclaraciones, acuerdos, hermanamientos (no son pocos los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas que sostienen relaciones con municipios de otros países, principalmente de Italia). Si ahora

los autónomos han pedido que el EZLN cumpla funciones de portavoz, es porque han entrado en una etapa superior de organización y, generalizada ésta, no corresponde a un solo municipio, o a varios, el darlo a conocer. Por eso el acuerdo fue que el EZLN diera a conocer esto que ahora cambia.

Los problemas de las autoridades autónomas, en el período ya pasado, se pueden agrupar en dos tipos: los que se refieren a su relación con la sociedad civil nacional e internacional; y los que se refieren a su autogobierno, es decir, a las relaciones con las comunidades zapatistas y no zapatistas.

En su relación con la sociedad civil nacional e internacional, el problema principal es que hay un desarrollo desequilibrado de los Municipios Autónomos, de las comunidades que se encuentran dentro de ellos e, incluso, de las familias de zapatistas que viven ahí. Es decir, los Municipios Autónomos más conocidos (como los que son sedes de los ya extintos

¹ Este texto, cuyo título ha sido atribuido por nosotros, es un fragmento del texto del Subcomandante Marcos titulado *Chiapas: la treceava estela*. En este fragmento encontramos un análisis que, en nuestra opinión, muestra cómo las actuales experiencias de la construcción de la autonomía que hoy llevan a cabo las comunidades indígenas neozapatistas, se emparentan claramente con todas las anteriores experiencias históricas de la Comuna de París, de los Soviets rusos, o de los Consejos Obreros, de Alemania, de Italia, de Hungría, etc., dando así continuidad a una tradición subterránea y profunda de reivindicación y ejercicio de la democracia directa y asamblearia, que vincula y emparenta todas las luchas realmente anticapitalistas y antisistémicas de los últimos 150 años transcurridos. *Contrahistorias* lo incorpora a esta entrega, a partir del texto, Subcomandante Insurgente Marcos, *Chiapas: la treceava estela*, Ed. Frente Zapatista de Liberación Nacional, México, 2003, pp. 31 – 39.

“Aguascalientes”) o más a la mano (más cercanos a los centros urbanos o con acceso por carretera), reciben más proyectos y más apoyo. Lo mismo ocurre con las comunidades. Las más conocidas y las que se encuentran al borde de carretera reciben más atención de las “sociedades civiles”.

En el caso de familias de zapatistas, ocurre que la sociedad civil, cuando visita las comunidades, o trabaja en proyectos, o se instala como campamento de paz, suele construir una relación especial con una o varias familias de la comunidad. Lógicamente, con encargos, regalos o atenciones especiales, esas familias tienen más ventajas que el resto, aunque sean todas zapatistas. No es raro, también que quienes tienen interlocución con la sociedad civil por el cargo que ocupan en la comunidad, en el Municipio Autónomo, en la región, o en la zona, reciban atenciones especiales y regalos que muchas veces dan de qué hablar en el resto de la comunidad y no siguen el criterio zapatista de “a cada quien según sus necesidades”.

Debo aclarar que no se trata de una relación perversa, ni de lo que alguien, con soberbia, llamó “contrainsurgencia bien intencionada”, sino de algo natural en las relaciones humanas. Sin embargo, puede producir desequilibrios en la vida comunitaria si no hay contrapesos a esa atención privilegiada.

En lo que se refiere a la relación con las comunidades zapatistas, el “mandar obedeciendo” se ha aplicado sin distinción. Las autoridades deben ver que se cumplan los acuerdos de las comunidades, sus decisiones deben informarse regularmente, y el “peso” del colectivo, junto con el “pasa la voz” que funciona en todas las comunidades, se convierten en un vigilante difícil de evadir. Aún así, se dan casos de quien se da la maña para burlar esto y corromperse, pero no llega muy lejos. Es imposible ocultar un enriquecimiento ilícito en las comunidades. El responsable es castigado, obligándolo a

hacer colectivo y a reponerle a la comunidad lo que tomó indebidamente.

En cuanto la autoridad se desvía, se corrompe o, para usar un término de acá, “está de haragán”, es removida del cargo y una nueva autoridad la sustituye. En las comunidades zapatistas el cargo de autoridad no tiene remuneración alguna (durante el tiempo en que la persona es autoridad, la comunidad le ayuda en su manutención), es concebido como un trabajo en beneficio del colectivo y es rotativo. No pocas veces es aplicado por el colectivo para sancionar la desidia o el desapego de alguno de sus integrantes, como cuando, a alguien que falta mucho a las Asambleas Comunitarias, se le castiga dándole un cargo como agente municipal o comisariado ejidal.

Esta “forma” de autogobierno (que aquí resumo en extremo) no es invención o aportación del EZLN. Viene de más lejos y, cuando nació el EZLN, ya tenía un buen rato que esto funcionaba, aunque sólo a nivel de cada comunidad.

Es a raíz del crecimiento desmesurado del EZLN (como ya expliqué, fue a finales de los años 80), que esta práctica pasa de lo local a lo regional. Funcionando con responsables locales (esto es, los encargados de la organización en cada comunidad), regionales (un grupo de comunidades) y de zona (un grupo de regiones), el EZLN vio que, de forma natural, quienes no cumplían con los trabajos eran suplidos por otro. Aunque aquí, puesto que se trataba de una organización político-militar, el mando tomaba la decisión final.

Con esto quiero decir que la estructura militar del EZLN “contaminaba” de alguna forma una tradición de democracia y autogobierno. El EZLN era, por así decirlo, uno de los elementos “antidemocráticos” en una relación de democracia directa comunitaria (otro elemento antidemocrático es la Iglesia, pero eso es asunto de otro escrito).

Cuando los Municipios Autónomos se

echan a andar, el autogobierno no sólo pasa de lo local a lo regional, también se desprende (siempre de modo tendencial) de la “sombra” de la estructura militar. En la designación o destitución de las autoridades autónomas, el EZLN no interviene para nada, y sólo se ha limitado a señalar que, puesto que el EZLN, por sus principios, no lucha por la toma del poder, ninguno de los mandos militares o miembros del Comité Clandestino Revolucionario Indígena puede ocupar cargo de autoridad en la comunidad o en los Municipios Autónomos. Quienes deciden participar en los gobiernos autónomos deben renunciar definitivamente a su cargo organizativo dentro del EZLN.

No voy a extenderme mucho sobre el funcionamiento de los Consejos Autónomos, ellos tienen su propio actuar (“su modo”,

materiales para la resistencia.

Encargados de gobernar un territorio en rebeldía, es decir, sin apoyo institucional alguno y bajo la persecución y el hostigamiento, los Consejos Autónomos enfocaron sus baterías a dos aspectos fundamentales: la salud y la educación.

En la salud, no se limitaron a construir clínicas y farmacias (siempre apoyados por las “sociedades civiles”, no hay que olvidarlo), también formaron agentes de salud y mantienen campañas permanentes de higiene comunitaria y de prevención de enfermedades.

Una de esas campañas estuvo, una vez, muy cerca de costarme el ser criticado en Asamblea (no sé si ustedes conozcan lo que es ser criticado en una Asamblea, pero si no, basta que les diga que el infierno debe ser algo parecido) y el ser

SIN EMBARGO, NO QUIERO QUE QUEDE LA IMPRESIÓN DE QUE SE TRATA DE ALGO PERFECTO Y QUE SEA IDEALIZADO. EL “MANDAR OBEDECIENDO” EN LOS TERRITORIOS ZAPATISTAS ES UNA TENDENCIA, Y NO ESTÁ EXENTA DE SUBE-Y-BAJAS, CONTRADICCIONES Y DESVIACIONES, PERO ES UNA TENDENCIA DOMINANTE.

decimos nosotros) como aval, y no son pocos los testigos (“sociedades civiles” nacionales e internacionales) que los han visto funcionando y que trabajan directamente con ellos.

Sin embargo, no quiero que quede la impresión de que se trata de algo perfecto y que sea idealizado. El “mandar obedeciendo” en los territorios zapatistas es una tendencia, y no está exenta de sube-y-bajas, contradicciones y desviaciones, pero es una tendencia dominante. De que ha resultado en beneficio de las comunidades habla el haber logrado sobrevivir en condiciones de persecución, hostigamiento y pobreza que pocas veces pueden encontrarse en la historia del mundo. No sólo, los Consejos Autónomos han logrado llevar adelante, con el apoyo fundamental de las “sociedades civiles”, una labor titánica: construir las condiciones

“mirado” por la comunidad (o sea que la gente te “mira”, pero con una de esas miradas que dan escalofríos, en fin, una especie de purgatorio). Resulta que, creo que fue en la Realidad, me encontraba yo de paso y pernoctaba en una de las champas que tienen los compas para esos casos. Ese día pasó el “Comité de salud” de la comunidad a revisar las letrinas de cada casa (había acuerdo de que las letrinas debían ser tapadas regularmente con cal o ceniza, para evitar la proliferación de enfermedades). Por supuesto que nuestra letrina no tenía ni cal ni ceniza. Los “Comité de salud” me dijeron, amablemente, “Compañero Subcomandante Insurgente Marcos, estamos revisando las letrinas por acuerdo de la comunidad y su letrina no tiene ni cal ni ceniza, y entonces tiene que ponerle, y mañana vamos a venir para ver si ya tiene”. Yo empecé a balbucear algo sobre el viaje, el caballo renco, los comunicados, los movimientos

militares, los paramilitares y no me acuerdo qué más. Los "Comité de salud" escucharon pacientemente hasta que dejé de hablar, y sólo dijeron "es todo Compañero Subcomandante Insurgente Marcos". Por supuesto que al día siguiente, cuando pasaron los "Comité de salud", la letrina tenía ceniza, cal, arena, y cemento no, pero nomás porque no encontré, que si no hasta sellaba para siempre la mentada letrina.

En la educación, en tierras en las que no había ni escuelas, mucho menos maestros, los Consejos Autónomos (con el apoyo de las "sociedades civiles", no me cansaré de repetirlo) construyeron escuelas, capacitaron promotores de educación y, en algunos casos, hasta crearon sus propios contenidos educativos y pedagógicos. Manuales de alfabetización y libros de texto son confeccionados por los "Comité de educación" y promotores, acompañados por "sociedades civiles" que saben de estos asuntos. En algunas regiones (no en todas, es cierto) ya se logró que asistan a la escuela las niñas, ancestralmente marginadas del acceso al conocimiento. Aunque se ha conseguido que las mujeres ya no sean vendidas y elijan libremente a su pareja, existe todavía en tierras zapatistas lo que las feministas llaman "discriminación de género". La llamada "Ley Revolucionaria de las Mujeres" dista todavía buen trecho de ser cumplida.

Siguiendo con la educación, en algunas partes las bases zapatistas han hecho acuerdos con maestros de la Sección democrática del sindicato del magisterio (o sea, los que no están con Gordillo), para que no hagan labor de contrainsurgencia y respeten los contenidos recomendados por los Consejos Autónomos. Zapatistas como son de por sí, estos maestros democráticos aceptaron el acuerdo y han cumplido a cabalidad.

Ni los servicios de salud ni los educativos abarcan todas las comunidades zapatistas, es cierto, pero buena parte de ellas, la mayoría, ya tiene modo de conseguir una medicina, atenderse una enfermedad y de que haya un

vehículo para llevarlo a la ciudad en caso de enfermedad o accidente graves. La alfabetización y la primaria están generalizándose apenas, pero una región ya cuenta con una secundaria autónoma que, por cierto, en estos días, "gradúa" a una nueva generación compuesta por hombres y, ojo, mujeres indígenas.

Hace unos días me enseñaron los Diplomas y los Certificados de estudios de la Secundaria Rebelde Autónoma Zapatista. Mi modesta opinión es que deberían hacerlos de chicle, porque están encabezados con un "EZLN, Ejército Zapatista de Liberación Nacional", y luego se lee (en "castilla" y en tzotzil) "El Sistema Educativo Rebelde Autónomo Zapatista de Liberación Nacional (se refiere al que funciona en los Altos, porque en otras zonas hay otros sistemas educativos) certifica que el (la) alumno (a) fulano (a) cursó satisfactoriamente los tres grados de Secundaria Autónoma, de acuerdo a los Planes y Programas Zapatistas en la ESRAZ, Escuela Secundaria Rebelde Autónoma Zapatista "1º de enero de 1994", obteniendo un promedio general de _____. Por lo que nuestro Sistema Educativo le reconoce su esfuerzo, sus aportes a la lucha de resistencia, y le invita a compartir con nuestros pueblos, lo que el pueblo le ha dado". Y luego se dice "¡Por una educación liberadora!, ¡Por una educación científica y popular! Me pongo al servicio de mi pueblo". Así que, en caso de persecución, el alumno no sólo no podrá exhibirlo sino que tendrá que comérselo, por eso mejor de chicle. Está también la boleta de calificaciones (que aparece como "Reconocimiento") y en él se leen las materias (en realidad no son materias, sino "áreas") que se cursan: Humanismo, Deportes, Artística, Reflexión de la realidad, Ciencias Sociales, Ciencias Naturales, Reflexión de la lengua materna, Comunicación, Matemáticas, y Producción y servicios a la Comunidad. Sólo hay dos evaluaciones: "A" ("área aprobada") y "ANA" ("área no aprobada"). Yo sé que las "Anas" que en el mundo hay se van a ofender, pero yo nada puedo hacer porque, como digo, los autónomos

son autónomos.

La educación es gratuita y los “Comités de educación” se esfuerzan (reitero: con el apoyo de las “sociedades civiles”) porque cada alumno tenga un su cuaderno y un su lapicero, sin que tenga que pagar por ello.

En la salud se está haciendo el esfuerzo porque sea también gratuita. En algunas clínicas zapatistas ya no se cobra a los compañeros, ni la consulta, ni la medicina, ni la operación (si ésta es necesaria y es posible realizarla en nuestras condiciones), y en el resto se cobra sólo el costo de la medicina, no así la consulta ni la atención médica. Nuestras clínicas tienen el apoyo y la participación directa de especialistas, cirujanos, doctores y doctoras, enfermeras y enfermeros, de la sociedad civil nacional e internacional, así como de alumnos y pasantes de medicina y odontología de la UNAM, de la UAM, y de otros institutos de estudios superiores. No cobran ni un solo peso y, no pocas veces, ponen de su bolsillo.

Yo sé que más de alguno estará pensando que ya parece informe de gobierno y que nomás falta que diga “el número de pobres se ha reducido” o alguna “foxeada” por el estilo, pero no, acá el número de pobres ha crecido porque el número de zapatistas ha crecido, y una cosa va con la otra.

Por eso quiero remarcar que todo esto se da en condiciones extremas de pobreza, carencia y limitaciones técnicas y de conocimientos, además de que el gobierno hace todo lo posible por bloquear los proyectos que provienen de otros países.

Hace poco me platicaban unos “sociedades civiles” los sufrimientos que tuvieron que pasar para traer una congeladora que funciona con energía solar. El proyecto consiste en vacunar a los niños, pero la mayoría de las comunidades no tienen energía eléctrica o, si la tienen, no tienen refrigerador. Así que la congeladora permitiría mantener las vacunas hasta que fueran aplicadas a quienes las necesitan. Bueno, pues resulta que para traer

la mentada congeladora había que hacer infinidad de trámites burocráticos y, según se investigó, sólo había una organización que podía traer del extranjero lo que quisiera y de manera expedita: la “Fundación Vamos México” de Martha Sahagún de Fox. Por supuesto que no se recurrió a esa agencia de publicidad. Se cumplieron todos los trámites y, aunque tarde, la congeladora se instalará y habrá vacunas.

Además de educación y salud, los Consejos Autónomos ven los problemas de tierras, trabajo y de comercio, donde avanzan un poco. Ven también asuntos de vivienda y alimentación, donde estamos en pañales. Donde se está un poco bien es en cultura e información. En cultura se promueven, sobre todo, la defensa de la lengua y las tradiciones culturales. En información, a través de las diversas estaciones de radio zapatista, se transmiten noticieros en lengua. También, regularmente y alternados con música de todo tipo, se transmiten mensajes, recomendando a los varones el respeto a las mujeres, y llamando a las mujeres a organizarse y a exigir el respeto de sus derechos. Y, no es por nada, pero nuestra cobertura sobre la guerra en Irak fue muy superior a la de CNN (lo que, bien visto, no significa mucho).

Los Consejos Autónomos también administran la justicia. Los resultados son irregulares. En algunos lados (por ejemplo en San Andrés Sakamchén de los Pobres) hasta los priístas acuden a la autoridad autónoma porque, dicen, “ellos sí atienden y resuelven 'la problema'”. En otros, como explicaré ahora, se presentan problemas.

Si la relación de los Consejos Autónomos con las comunidades zapatistas está llena de contradicciones, la relación con comunidades no zapatistas ha sido de constante fricción y enfrentamiento.

En las oficinas de las organizaciones no gubernamentales defensoras de los derechos humanos (y en la Comandancia General del EZLN) hay un buen tanto de denuncias en

contra de los zapatistas, por supuestas violaciones a los derechos humanos, injusticias y arbitrariedades. En el caso de las denuncias que recibe la Comandancia, se turnan a los comités de Zona para investigar su veracidad y, en caso positivo, solucionar el problema juntando a las partes para hacer acuerdo.

Pero en el caso de los organismos defensores de los derechos humanos hay dudas y confusiones porque no está definido a quién hay que dirigirse. ¿Al EZLN o a los Consejos Autónomos?

Y tienen razón (los defensores de los derechos humanos), porque no existe claridad sobre este asunto. También está el problema de las diferencias entre derecho positivo y los llamados “usos y costumbres” (como les dicen los juristas) o “camino del buen pensamiento” (como les decimos nosotros). La solución de éste último corresponde a quienes han hecho de la defensa de los derechos humanos su vida. O, como en el caso Digna Ochoa (que para la fiscal especial no fue más que una oficinista —como si ser oficinista fuera ser menos—, pero que para los perseguidos políticos fue, y es, una defensora), su muerte. En lo que atañe a una definición clara de a quién o quienes hay que dirigirse para dar curso a esas denuncias, les corresponde a los zapatistas. Y en estos días se conocerá cómo tratarán de resolverlo.

En fin, que no son pocos los problemas que enfrenta la autonomía indígena en territorios zapatistas. Para tratar de solucionar algunos de ellos, se han realizado cambios importantes en su estructura y funcionamiento. Pero de esto les contaré después, ahora sólo quise dar una breve semblanza de en dónde estamos.

Esta larga explicación se debe a que la construcción de esta autonomía indígena no ha sido sólo obra de los zapatistas. Si la conducción del proceso ha sido exclusiva de las comunidades, la realización ha contado con el apoyo de muchos y muchas más.

Si el alzamiento del 1 de enero de 1994 fue posible por la complicidad conspirativa de

decenas de miles de indígenas, la construcción de la autonomía en territorio rebelde es posible por la complicidad de cientos de miles de personas de diferentes colores, diferentes nacionalidades, diferentes culturas, diferentes lenguas, en fin, de mundos diferentes.

Ellos y ellas, con su apoyo, han hecho posible (en lo bueno, porque lo malo es sólo responsabilidad nuestra) no que se solucionen las demandas de los indígenas rebeldes zapatistas, pero sí que mejoren un poco sus condiciones de vida y, sobre todo, que hayan sobrevivido y hecho crecer una más, acaso la más pequeña, de las alternativas frente a un mundo que excluye a todos los “otros”, es decir, a indígenas, jóvenes, mujeres, niños, migrantes, trabajadores, maestros, campesinos, taxistas, comerciantes, desempleados, homosexuales, lesbianas, transexuales, religiosos comprometidos y honestos, artistas e intelectuales progresistas, y _____ (agregue usted lo que falte).

Para todos ellos y ellas (y quienes no son ni ellos ni ellas) debiera haber también un su diploma que dijera “El Ejército Zapatista de Liberación Nacional y las Comunidades Indígenas Rebeldes Zapatistas certifican que _____ (nombre del —o la —cómplice en cuestión) es nuestro hermano (a) y tiene, en estas tierras y con nosotros, como casa un moreno corazón, como alimento la dignidad, como bandera la rebeldía, y como mañana uno donde en el mundo quepan muchos mundos. Dado en suelos y cielos zapatistas, a los tantos días del mes tal del año etcétera”, y firman los y las zapatistas que saben hacerlo, y los que no, pues lo ponen su huella”. Yo, en un rincón pondría:

Desde las montañas del Sureste Mexicano.

Subcomandante Insurgente Marcos.
México, julio del 2003.

EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI ES UN CAPITALISMO CRISTIANO CORREGIDO¹

Entrevista

memorabilia  memorabilia

Albertina Navas: El Socialismo del siglo XXI, como propuesta de modelo económico, se ha venido trabajando desde hace más de una década con el liderazgo del sociólogo alemán Heinz Dieterich, quien asegura que aún está en construcción. Si está en desarrollo, ¿se puede hablar de una corriente de pensamiento, o no pasa de ser una ideología de moda?

Bolívar Echeverría Andrade: Pienso que lo segundo. Creo que en su propia formulación, el Socialismo del siglo XXI parte de una idea muy deudora de la noción de 'progreso', de que hay un socialismo menos desarrollado en el XIX, uno un poquito más desarrollado, en el XX, y este, del

XXI, que sería el más desarrollado, a medida que ha pasado el tiempo. Esa idea de progreso me parece totalmente falsa. O es o no es socialismo. La impresión que tengo, es que bajo la idea de Socialismo del siglo XXI se piensa en un capitalismo de corte antineoliberal, con cierto componente cristiano. Es un capitalismo caritativo, que piensa en una redistribución más justa de la riqueza.

Albertina Navas: Usted hablaba de una idea falsa de socialismo, ¿por qué es falsa?

Bolívar Echeverría Andrade: Justamente por esto, porque es una

¹ Esta Entrevista a Bolívar Echeverría Andrade, fue realizada por Albertina Navas, en la ciudad de Quito, y publicada en el suplemento *Líderes* del diario *El Comercio* de diciembre de 2008. La copia de la misma fue entregada gentilmente por el Profesor Marco Aurelio García Barrios a nuestra revista *Contrahistorias*, entrega que agradecemos aquí públicamente, y que nos permite incluirla en este número, para animar entre nuestros lectores el debate serio e informado en torno de ese ecléctico y reformista proyecto sudamericano del “Socialismo del Siglo XXI”.

idea que se centra en el proceso de distribución de la riqueza, y no atiende a la problemática de producción de la riqueza. El Socialismo del siglo XXI, en tanto socialismo, propone la construcción de una sociedad sin clases. Este concepto ha sido considerado como uno de los más idealistas de la tendencia.

Albertina Navas: En tal contexto, ¿el Socialismo del siglo XXI tiene la fórmula para corregir esas desigualdades, o hay una suerte de resentimiento social detrás?

Bolívar Echeverría Andrade: Busca la igualdad en la participación de la riqueza y, en esa medida, es precaria e insuficiente, tipo Robin Hood, es decir, quitarles a los ricos y darles a los pobres, cuando la idea es hacer una producción que no genere sistemáticamente ricos y pobres.

Albertina Navas: ¿Podría agudizarse la tensión social por esta estrategia tipo Robin Hood?

Bolívar Echeverría Andrade: Más que agudizarse, la tendencia expresa una agudización ya existente. El Socialismo del siglo XXI no viene a plantear, ni a reivindicar, ni a despertar, ni a fomentar la lucha de clases. Había ya una situación de enfrentamiento muy grande, que había llevado a un desencanto a los pobres, oprimidos y proletarios. Lo que intenta el Socialismo del siglo XXI es mantener este levantamiento que ya estaba entre la gente pobre, cargada de resentimientos y deseos de venganza, y encauzarlo por una vía más o menos civilizada. Lo que yo veo, más bien, es que son bomberos de la situación, más que transformadores de la situación.

Albertina Navas: Si simplemente se está evidenciando una situación latente, ¿podría llegarse a escenarios de violencia?

Bolívar Echeverría Andrade: Más bien, al revés. La violencia se venía sin los socialistas del siglo XXI. Para que este mundo sin clases sea posible, Dieterich propone un modelo económico no basado en la Economía de mercado, porque, según él, esa es la fuente de las asimetrías sociales y de la sobreexplotación de recursos naturales, y en su lugar propone una economía de equivalencias, fundamentada en el valor del trabajo. Eso proponía Proudhon.

Albertina Navas: Pero justamente se le asigna el calificativo de neomarxista, porque se rescata el concepto de Marx del valor del trabajo...

Bolívar Echeverría Andrade: Es una adjudicación errada. Es un neoproudhonismo. No se trata de eliminar el mercado, sino de ponerle guías y límites a la expansión indiscriminada. Esto es muy importante, la explotación no viene del mercado sino de su mal uso capitalista.

Albertina Navas: ¿Cuáles son las coincidencias del Socialismo del siglo XXI con la teoría de Proudhon?

Bolívar Echeverría Andrade: Justamente la concentración de la riqueza en el proceso distributivo. Marx escribió un libro que se llama *La Miseria de la filosofía*, en el cual de manera implacable critica las posiciones de Proudhon, con el argumento de que él no propone que la riqueza se produzca sin generar ricos y pobres, sino que ve una sociedad en la que los ricos sean expropiados por parte de los pobres, en beneficio del conjunto de la sociedad.

Albertina Navas: Por eso, esta tendencia ha sido criticada por los dos lados, algunos marxistas lo consideran un socialismo falaz, y la derecha estima que se basa en ideas caducas, ¿qué mismo es?, ¿dónde está?

Bolívar Echeverría Andrade: Está en un limbo. Por eso, creo que es una posición que se va a desvanecer, como ya se está desvaneciendo la propia figura de Dieterich.

Albertina Navas: Pero en Latinoamérica hay líderes como Hugo Chávez, en Venezuela, y Rafael Correa, en Ecuador, quienes reivindican esta posición, y parecería que se está extendiendo a otros gobiernos de izquierda. ¿Será esta región un bastión del Socialismo del siglo XXI?

Bolívar Echeverría Andrade: El Socialismo del siglo XXI es la ideología que ampara a todos estos líderes de América Latina, que buscan una transformación social que no sea demasiado radical. Son los líderes que

la izquierda tiende a la radicalización de la democracia, es decir, a llevarla al proceso de producción de riqueza social. Esa es la verdadera democracia. Llevar la participación de la ciudadanía al campo de las decisiones cotidianas de la vida económica, y no quedarse en la repartición de una riqueza producida con parámetros capitalistas.

Albertina Navas: Ahora, Dieterich plantea que la estatización de los medios de producción no resuelve el problema de la economía socialista del siglo XXI, y dice que “el problema económico de la nueva civilización es informático, la sustitución del precio por el valor objetivo del trabajo”. ¿Cómo definir el valor del trabajo al margen del mercado?

EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI ES LA IDEOLOGÍA QUE AMPARA A TODOS ESTOS LÍDERES DE AMÉRICA LATINA, QUE BUSCAN UNA TRANSFORMACIÓN SOCIAL QUE NO SEA DEMASIADO RADICAL. SON LOS LÍDERES QUE INTENTAN RECOMPONER UN CAPITALISMO NACIONAL LATINOAMERICANO...

intentan recomponer un capitalismo nacional latinoamericano, quienes se aferran a esta idea. No son propiamente socialistas, sino que quieren evadir o eludir el concepto socialista.

Albertina Navas: Según un reconocido analista económico ecuatoriano, Walter Spurrier, el Socialismo del siglo XXI es una versión neomarxista de la teología de la liberación latinoamericana, y que agrega una pizca de Simón Bolívar, lo que da como resultado un coctel ideológico. ¿Está de acuerdo con esta afirmación?

Bolívar Echeverría Andrade: Exceptuando a Marx, es buena definición esta de un coctel. Esta posición desvirtúa la teoría de Marx, y hasta resulta muy difícil hablar de estas posiciones como de izquierda, porque

Bolívar Echeverría Andrade: A mí me resulta bastante difícil de entender. Es una especie de galimatías.

Albertina Navas: Para el Socialismo del siglo XXI, parece que la ganancia fuera mala. Entonces, ¿cómo determinar el valor de un producto por el trabajo que implica y no por su valor de mercado?

Bolívar Echeverría Andrade: No es imposible la eliminación de la forma mercantil de la riqueza, pero estamos muy lejos de ese comunismo total, en el cual no se produzcan mercancías, sino donde haya una entidad postmercado que redistribuya la riqueza de forma justa. El mercado sigue siendo un instrumento del cual no podemos prescindir.

Albertina Navas: ¿Se puede llegar, aunque sea teóricamente, a la eliminación del mercado, o simplemente es un escenario en que cambian los pesos ponderados y las funciones de los distintos actores del mercado, con un Estado regulador distributivo, pero que finalmente opere en un mercado?

Bolívar Echeverría Andrade: Esto pasó en el socialismo del siglo XX, en el soviético. Ese fue un capitalismo de Estado, que tampoco tenía nada de socialismo. Mientras las fuerzas productivas no estén desarrolladas de manera planetaria, como tienden pero aún no pueden, de manera total, pensar en formas de cálculo por fuera de una unidad de cálculo mercantil, es improcedente, por ahora.

Albertina Navas: Esa unidad de cálculo mercantil es el dinero. Pero si la ganancia es mala, ¿no sería una tácita inducción de promover transacciones sin dinero?

Bolívar Echeverría Andrade: Claro, no se trataría de transacción, sino de una producción y distribución guiadas. Luego de tantos siglos de capitalismo, vivimos hoy una época muy primitiva de reconstrucción del esclavismo, de generalización de los genocidios. Estamos muy lejos de esa sociedad planetaria donde pudiera darse ese comunismo.

Albertina Navas: Si se elimina la unidad contable ¿qué queda: el trueque?

Bolívar Echeverría Andrade: No. Simplemente ya nadie trabajaría en términos privados, sino que todos trabajaríamos en un único gran aparato, en donde ya no importaría qué aporta cada quién. La idea misma de la economía del trabajo, de la búsqueda del crecimiento estaría eliminada y se tendería a un crecimiento cero. Sería una economía absurda en términos actuales.

Albertina Navas: ¿Economía de subsistencia?

Bolívar Echeverría Andrade: Sí, pero de darse en esos términos tan desarrollados, sería una subsistencia de muy alto nivel.

Albertina Navas: Pero, ¿cómo regular el excedente, si es este, justamente, el factor que da pie a los intercambios?

Bolívar Echeverría Andrade: Justamente, estaría regulada la producción de excedentes o no se producirían excedentes. Pese a las distorsiones del mercado, es imposible vivir al margen de él... El neoliberalismo, con todos sus defectos, es una derivación del mercado. Para Marx, el problema no es el mercado, sino el ordenamiento capitalista del mercado. El neoliberalismo, más que liberalismo económico, es un monopolismo económico de los medios de producción.

Albertina Navas: La crisis financiera por la que atravesamos no sería una evidencia de la degeneración de este sistema. ¿Esta es un resultado de la renta financiera, sin respaldo en producción, que se volvió especulativa y virtual?

Bolívar Echeverría Andrade: Por supuesto, sólo en condiciones de un mercado monopolizado podía darse esa burbuja financiera que, finalmente, estalló. Es una derivación necesaria, pero perversa, de las mismas leyes capitalistas.

Albertina Navas: Ahora, el hecho de que la economía capitalista por antonomasia haya perdido la intervención del Estado, ¿no significa que se le cayó una pata de la mesa al capitalismo?

Bolívar Echeverría Andrade: Claro, es una ironía cruel. Los enemigos del Estado recurren a él para salvarse e, indirectamente, recurren a la explotación del conjunto de

trabajadores del planeta para salvarse ellos. Esa inmensa deuda la pagaremos nosotros y nuestros hijos.

Albertina Navas: Ni el capitalismo total ni el comunismo total son posibles. Y el capitalismo empieza a hacer correcciones hacia tendencias más neokeynesianas, como las propuestas del Profesor Stiglitz...

Bolívar Echeverría Andrade: Y como las del Socialismo del siglo XXI, que es eso, un correctivo social a la economía liberal

Estamos observando el renacimiento del nacionalismo. Si bien la historia parecería caminar hacia la eliminación de las entidades estatales nacionales, y avanzar hacia una institucionalidad política transnacional, mundial, incluso planetaria, esto se frenó en los últimos treinta años por el neoliberalismo. En este contexto, surgen estas alternativas desesperadas de supervivencia. Lo que observamos, es el retrotraerse y refugiarse en la reivindicación de la renta de los commodities, es decir, del territorio nacional, de la soberanía nacional.

HAY UNA ESPECIE DE BORRÓN Y CUENTA NUEVA. LO QUE ESTÁN HACIENDO ESTOS GOBIERNOS POPULISTAS EN AMÉRICA LATINA ES DECIR: TMNO NOS COMPROMETEMOS CON LA FIRMA DE LOS OLIGARCAS

capitalista. Es un retorno al keynesianismo de los años 20. Es una especie de ley del péndulo, que pasa del Estado benefactor al Estado verdugo y luego se vuelve al Estado benefactor. Todo esto, dentro de los ciclos del capitalismo. Pero la crisis actual del capitalismo va más allá de la crisis financiera, es una crisis del proceso de producción, que está siendo apuntalado por el Estado estadounidense con grandes subsidios. Esta crisis es una pantalla de esa otra crisis, mucho más profunda. Curiosamente, hay unas empresas mimadas por un Estado que las ha respaldado, pese a que estaban obsoletas.

Albertina Navas: Otro concepto integral del Socialismo del siglo XXI es la soberanía, política y social. Parecería que la declaración de default, hecha por el Presidente Correa, está amparada en este concepto. "No es que no tenga plata, sino que no puedo pagar una deuda ilegítima", dijo...

Bolívar Echeverría Andrade: Claro, es la reivindicación de un Estado nacional.

Albertina Navas: ¿Vale la pena esa reivindicación, si hay efectos económicos devastadores?

Bolívar Echeverría Andrade: Esa es la discusión entre los expertos. No se sabe aún la dimensión de los daños de esa suspensión de pagos. Para los socialistas del siglo XXI, estos se compensan por otros beneficios políticos. Si las ventajas prevalecerán, es un asunto técnico, en el que interviene la ventaja económica que puede suponer la audacia política.

Albertina Navas: Pero más allá de las voluntades, hay reglas de las cuales no hay cómo desentenderse. Vivir en un sistema capitalista, implica que cuando alguien asume una deuda, asume también el compromiso de pagarla. ¿Cómo romper las reglas para reivindicar un concepto? ¿si aceptamos el dinero, tácitamente, aceptamos las condiciones bajo las cuales ese dinero nos fue entregado?

Bolívar Echeverría Andrade: Así es, pero hay que considerar que lo que plantea este Gobierno, parte de un concepto revolucionario, es decir, que ya no se atiene a los compromisos de la vieja República, y que no se siente obligado a respetar aquello que la antigua República hizo, en la medida en que está fundando una nueva República. Hay una especie de borrón y cuenta nueva. Lo que están haciendo estos gobiernos populistas en América Latina es decir: “No nos comprometemos con la firma de los oligarcas y como nosotros no tenemos nada que ver con ellos, y con esa mafia de políticos, financieros y empresarios, quienes contrajeron esas deudas, partimos de no aceptar. Y si las aceptamos es sólo por razones tácticas”.

Albertina Navas: ¿Es decir que la Revolución ciudadana es el argumento para violentar estas reglas?

Bolívar Echeverría Andrade: Claro, están violentando y saltándose compromisos que para el capitalismo son sagrados. Desde esta óptica, están haciendo violencia. Pero lo hacen a sabiendas y de manera desafiante en la medida en que creen que están sostenidos en un movimiento popular que los sustenta, y que también promueve el cambio de esa vieja república.

Albertina Navas: Además de esta vuelta al nacionalismo de la que hablamos, hay una tendencia al regionalismo. En nuestro caso, se busca un bloque o eje, con Venezuela, Bolivia, Ecuador, y pudieran acercarse Nicaragua y Paraguay. ¿Es factible la creación de este eje?

Bolívar Echeverría Andrade: Es factible, siempre y cuando entren en el juego Brasil, Argentina y México, las tres grandes economías de la región.

Albertina Navas: ¿Y qué tan factible ve iniciativas regionales como el Alba o el Banco del Sur?

Bolívar Echeverría Andrade: No mucho, de nuevo, sin la contribución de una economía como la brasileña, no lo veo.

Albertina Navas: Y, ¿una moneda regional? ¿La vuelta al sucre?

Bolívar Echeverría Andrade: Este es un proceso muy complejo, que requiere un gran respaldo de riqueza nacional para volver a poner en pie una moneda, que no se entiende bien si es nacional, del Ecuador, o regional, de América Latina. Pienso que aún son elucubraciones. Pero pasos serios en ese sentido no creo que haya. Volver al sucre y decir aquí no pasó nada, resulta utópico. Más que eso, impracticable.

Albertina Navas: ¿No sería más bien riesgoso, en términos políticos, si se considera que toda ideología llega hasta donde empieza el bolsillo de la gente?

Bolívar Echeverría Andrade: Así es, sobre todo, en muchos sectores de la sociedad, entre los más participativos y usadores de la palabra, como es la clase media. En las clases marginales, que es donde radica la popularidad de este Presidente, no tienen mucho que perder, y en esa medida, no sienten en sus propios bolsillos los trastornos financieros de esta crisis mundial. Han estado siempre al margen, y siguen estándolo, lo único que pueden percibir es si hay o no más ayudas y apoyos directos a su miseria, y si hay o no más opciones de trabajo. El Gobierno me ayuda o no en mi sustento. Esa es su percepción de economía. Lo de sentir en el propio bolsillo, aplica sólo a quienes tienen bolsillo.

Albertina Navas: Además de la economía de equivalencias y soberanía, otro eje, al cual usted ya hizo referencia, es la participación ciudadana. Los socialistas del siglo XXI lo plantean en términos de referendos, consultas populares y observatorios ciudadanos. ¿Es factible esto, en sociedades grandes, complejas y fragmentadas?

Bolívar Echeverría Andrade: Ese es el problema central en la definición de socialismo. Se confunde participación ciudadana con participación electoral ciudadana, en encuestas, elecciones, votaciones, comicios, en la conformación de nuevos partidos o fracciones de un partido. Desde una perspectiva socialista, el ciudadano no es elector, sino que es el participante en los procesos de producción. Las elecciones son un momento secundario. La participación debiera estar en la cotidianidad, en la producción y consumo de los bienes.

Albertina Navas: ¿Es factible crecer como economía si sólo se ve a los aliados de la región, y se cierra los ojos a los grandes mercados como Estados Unidos, Europa, China? ¿No es esta una suerte de aislamiento?

Bolívar Echeverría Andrade: El proceso de trabajo es planetario, ya no existe la idea de trabajo nacional, que se conecta con el mundo. La conexión planetaria está ya dada. No hay posibilidad de pensar en términos singularidades. Lo que puede haber es prioridades de producción, en función de la aceptación de otros mercados, porque tampoco debemos dejarnos avasallar por la demanda de grandes mercados, como es China.

Albertina Navas: Suena anacrónico que el Socialismo del siglo XXI se reivindique al margen de otras economías, ¿qué oportunidades se van a abrir, a quién se le va a

vender?

Bolívar Echeverría Andrade: Eso pasa, pero tampoco hay que someterse y 'portarse' bien. Las posibilidades de conexión económica rebasan esta esfera del Banco Mundial y del FMI, que eran quienes administraban las posibilidades del relacionamiento de una economía nacional con el resto del mundo. La crisis descalabró a estas instituciones multinacionales, y nos muestra que hay otras opciones.

Albertina Navas: ¿Cuáles? Ahora, nos venden las opciones de Irán y Venezuela, pero si ellos dependen del petróleo más que Ecuador...

Bolívar Echeverría Andrade: No se trata sólo de Irán y Venezuela. La Unión Europea tiene formas de acceso que rebasan las vías establecidas. Asia ofrece conexiones que han estado prohibidas por decenios en nuestras economías, y que aún no han sido suficientemente exploradas. Irán, en ese contexto, es la peor opción de las asiáticas. Eso es meterse con un régimen abiertamente totalitario y antisemita.

Albertina Navas: ¿Cómo participa el pueblo en procesos de conexión con el resto del Mundo?

Bolívar Echeverría Andrade: Con el desarrollo de los medios de comunicación.

Albertina Navas: ¿Será la tecnología el vehículo que permita el ejercicio de esta democracia participativa?

Bolívar Echeverría Andrade: Es clave. Estamos en una transformación civilizatoria. Es la liberación de la técnica, que ha estado muy constreñida.

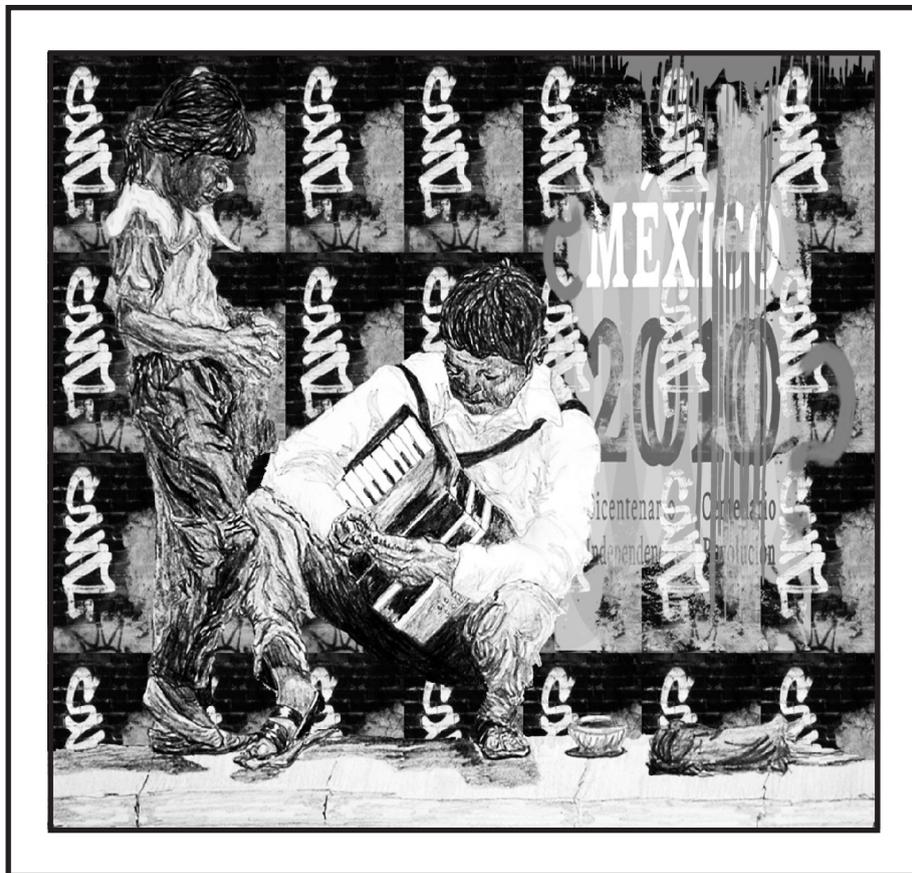
Albertina Navas: En conclusión, ¿cómo definir el Socialismo del siglo XXI?

Bolívar Echeverría Andrade: Es la ideología de estos movimientos, que intentan salir de la catástrofe de la que vienen con una dimensión nacional, regional, e introduciendo al cristianismo.

Albertina Navas: ¿A dónde van con líderes regionales y Dieterich?

Bolívar Echeverría Andrade: Dieterich no es importante, y el futuro del Socialismo del siglo XXI no sabemos. Hay que ver si estos líderes latinoamericanos cambian la historia, o si la repiten con un maquillaje diferente.

* * *



DULCE ISABEL AGUIRRE BARRERA

¿Celebraciones?

Técnica: Medios Mixtos

CARTA PÚBLICA ABIERTA A EVO MORALES Y A ALVARO GARCÍA, CONTRA EL GASOLINAZO Y POR EL AUTOGOBIERNO DE NUESTRO PUEBLO¹

memorabilia  memorabilia

Sres. Evo Morales Ayma y Alvaro
García Linera.
La Paz.

Nos dirigimos a ustedes, con esta Carta Pública, aunque probablemente no va a ser leída, porque no saben de ella o porque no les interesa. Sin embargo, aunque la ignoren, aunque no exista, queremos decirles cómo muchos y muchas en este pueblo nos sentimos hoy. Les decimos Señores, porque hace años que dejaron de ser nuestros hermanos y compañeros, porque se alejaron del pueblo, y no saben lo que pasa aquí abajo. Sus defectos —y no así sus virtudes—, las cuales conocidos, se han multiplicado por 10 de manera preocupante, indignante y triste.

Todavía recordamos cuando marchamos, junto a ti Evo, por

nuestro pueblo, cuando hacíamos campaña para que tú Alvaro salgas de la cárcel; cuando el vetusto edificio fabril, en Cochabamba, se convirtió en nuestro cuartel general para conspirar contra los malos gobiernos, a los que hoy se parece mucho el de ustedes: MAL GOBIERNO.

Se olvidaron pronto que los enviamos al gobierno, no para que lo administren, sino para que lo transformen y cambien la vida de la gente. Hoy los vemos transformados a todos ustedes, y la vida del pueblo ha cambiado, pero de mala manera, de mal en peor.

Desde aquel 22 de diciembre del 2005 hasta hoy, cuando lloraste, Evo, Alvaro, sólo se han ocupado de hacer política, tradicional, prebendal, subordinando y cooptando a los dirigentes sociales y sindicales, militares y policías,

¹ Este documento es una Carta Abierta que varios dirigentes importantes de los movimientos sociales bolivianos dirigieron a Evo Morales y a Alvaro García, y que fue publicada el 30 de diciembre de 2010, siendo un texto que refleja de manera muy clara las contradicciones y los límites del actual proyecto de tibias transformaciones que, desde arriba y desde el Estado, intenta promover Evo Morales y su grupo del MAS. *Contrahistorias* lo reproduce aquí para sus lectores, en el ánimo de impulsar los estudios serios y los debates informados sobre estos proyectos supuestamente de izquierda, de los grupos socialdemócratas nacionalistas, representantes de sus respectivas burguesías nacionales, que hoy gobiernan en Venezuela, Bolivia, Ecuador, etc.

con dinero, con puestos, descalificando y estigmatizando todo lo que sea crítico, todo lo que decíamos para poder corregir. Algunos nos dimos el lujo de rechazar tus ofertas, y nos convertiste en tus enemigos, o simplemente dejamos de existir. Les pedimos: hagan economía, preocúpense de la gente, no tanto de sus enemigos políticos, creen empleos, industria, trabajo, construyan solidaridad, hermandad, generosidad.

¿Dónde está tu “mandar obedeciendo”, que es propiedad de los zapatistas? ¿El pueblo te mandó a pactar con la derecha en la Asamblea Constituyente? ¿El pueblo te mandó a componer tu gabinete ministerial con neoliberales, oportunistas, incapaces y Asesores de la organismos de cooperación internacional, a los cuales jamás los vimos en las luchas del pueblo, en las calles, los caminos, las comunidades, en las huelgas de hambre, en las fábricas? ¿Dónde estaba la mayoría de los miembros de tu gabinete el 2000, el 2001, 2002, 2003, 2005? ¿El pueblo te mando a invitar a tus alcaldes, tus gobernadores, “misses” y técnicos neoliberales? ¿Quiénes deciden en este gobierno? ¿el pueblo? ¿O los llunk'us que te rodean por no perder los privilegios que les da el poder?

¿Quiénes siguen controlando la economía de nuestro país? ¿los indígenas y “movimientos sociales”? ¿o las transnacionales petroleras, mineras y los grandes banqueros, quienes hoy han ganado más plata que en cualquier otro gobierno anterior al de ustedes, y a los cuales tú cariñosamente llamas “socios”? Ellos son socios de las condiciones de angustia y “mal vivir” a las que nos han sumido en estos casi 5 años. ¿Dónde están los miles de millones de dólares de reservas fiscales que constantemente dices que existen?

¿Qué de las nacionalizaciones, que han sido un engaño a la población, indemnizando a las transnacionales

saqueadoras con dinero del pueblo? Estas empresas están siendo administradas por la vieja burocracia rosquera, neoliberal y corrupta.

¿Dónde esta la industrialización del gas del país? ¿Dónde la nueva base económica basada en el respeto a la Madre Tierra, y el equilibrio y relación armónica con la Pachamama, que tanto pregonas? ¿Acaso no estás entregando miles de hectáreas a las transnacionales petroleras y mineras, para que sigan explotando a la Madre Tierra? ¿Has tocado con la NCPE a los latifundistas del Oriente?

El modelo económico sigue siendo extractivista, neoliberal, capitalista, todo lo contrario a tu discurso.

¿Fue el pueblo quien les mandó a comprar un avión privado en 40 millones, cuando millones de “su gente” no tiene vivienda ni servicios básicos? ¿El pueblo los mandó a tolerar el narcotráfico, que como nunca está en su auge, y que a corto o largo plazo convertirá a nuestro pueblo, en una Ciudad Juárez o una Medellín? Quizás la misma hoja de coca que te impulsó para que seas Presidente, sea la misma hoja que te quite ese privilegio.

¿Ustedes conocen lo que es hacer cola para inscribir a los hijos e hijas en la escuela, durmiendo noches antes, o recibir pésima atención médica en los hospitales públicos? El pueblo no tiene seguro privado y privilegiado en clínicas para los ricos.

¿Ustedes saben lo que es subirse a un micro, o a un taxi, y escuchar el sentimiento de nuestro pueblo? ¿Alguna vez han ido a los mercados de abasto a regatear los precios de la canasta familiar, que cada vez más esta más lejos de ser llenada para calmar el hambre de nuestras familias?

¿El pueblo les ha mandado a tener tantos privilegios, tantos guardaespaldas, asistentes, jefes y jefas de Gabinete, secretarias, tanto que se hace imposible hablar de manera directa con ustedes?

¿Quién les paga esto a ustedes? ¿Quién les paga su comida, su transporte, su seguro de salud, su seguridad, sus aviones, sus gastos? Nosotros: el pueblo del cual un día ustedes formaron parte.

¿El pueblo les mandó a imponer un “gasolinazo” tan brutal, irracional, soberbio, neoliberal, que va a empobrecer más a la gente, la que apenas sobrevive, si es que tiene la suerte de tener un puesto en el comercio o un empleo?

Ustedes siempre dijeron que el

convierta en fiesta para los ricos, para los pudientes, para los neoliberales disfrazados de ovejas, para las “misses”. El proceso no es propaganda, el proceso no es discurso, el proceso no es marketing, el proceso es cambiar la vida de la gente. Y esto léanlo bien, porque no nos dejaremos engañar por nadie más, así sean gente, que como ustedes, salieron del seno de nuestro pueblo.

Queremos terminar diciendo algo que un viejo amauta ayмара dijo: Lo indígena no se define por los rasgos físicos, ni la lengua, ni el

DESDE ABAJO Y A LA IZQUIERDA, COMO DICEN LOS ZAPATISTAS, LOS VEMOS SOBERBIOS, ARROGANTES, QUE DECIDEN TODO, QUE NO ESCUCHAN A NADIE, QUE DISCRIMINAN, QUE INSULTAN, QUE DESCALIFICAN, QUE CALUMNIAN ¿Y ASÍ QUIEREN QUEDARSE EN EL PODER POR MUCHOS AÑOS?

neoliberalismo ha fracasado. ¿Es acaso el gasolinazo una medida de corte revolucionario, popular? ¿No será que ha fracasado su modelo económico?

¿Por qué tienen que recurrir –como todos los gobiernos anteriores a ustedes lo han hecho– a descargar sus fracasos sobre las espaldas de la población, fundamentalmente sobre los asalariados, cuyo ingreso promedio es 50 veces menor al de ustedes, y sus necesidades 100 veces más que las suyas?

Qué pena que ustedes, que siempre decían que el poder está en el pueblo, y que este es un gobierno indígena-popular, qué pena que todo eso sea una mentira, una impostura ¡LLULLAS! ¡MENTIROSOS!).

Por suerte, gracias a las luchas, en varias de las cuales estuvimos juntos, aprendimos algo muy importante: aprendimos a pensar y actuar por nosotros mismos para que nadie más nos diga lo que debemos hacer, para que nadie más pueda engañarnos, para que el voto popular, la confianza y la esperanza que se ha dado en estos últimos tiempos desde los sectores más empobrecidos y dignos, no se

apellido, ni la cultura; lo indígena viene de tener una actitud de generosidad, de respeto, de reciprocidad, de transparencia, de escuchar a los demás.

Les pregunto ¿ustedes tienen eso? Desde abajo y a la izquierda, como dicen los zapatistas, los vemos soberbios, arrogantes, que deciden todo, que no escuchan a nadie, que discriminan, que insultan, que descalifican, que calumnian ¿Y así quieren quedarse en el poder por muchos años?

El problema es que ustedes no comprenden la enorme responsabilidad que asumieron, como parte importante de este proceso con la gente de nuestro pueblo, y con otros pueblos del mundo; de demostrar que es posible autogobernarnos, que es posible mandar obedeciendo, que es posible construir otro modelo de desarrollo, de “buen vivir”, que es posible otro mundo. Este era un proceso, y se entregó a ustedes con esperanza y alegría. Pero el legítimo dueño de este proceso es el pueblo boliviano, los niños y niñas, hombres y mujeres, jóvenes, ancianos y ancianas, del campo y la

ciudad, cuyo esfuerzo no puede ser manoseado, desvirtuado, usurpado, expropiado, traicionado, subordinado por nadie, menos por ustedes y los que hoy deciden, equivocadamente, por nosotros.

No nos importan los gobiernos, nos importan los pueblos, y este proceso está perdiendo la base social que nos costó tanto construir. Para que retorne la derecha, a la cual combatimos y combatiremos.

Para hacerles saber que existimos debemos movilizarnos y eso haremos, no lo olviden.

Pero no nos movilizaremos para enfrentarnos entre hermanos y hermanas, que es lo que ustedes han ido alimentando en estos años, por su incapacidad, y a propósito ahí esta Huanuni, Cochabamba, Pando, Yungas, Sucre...donde se odiaron y murieron tantos hermanos y hermanas, todos hijos de la Madre Tierra.

Alvaro, ya te dijimos, primero está la gente, luego los números y las cifras.

No nos confronten, no nos provoquen, no nos dividan ni ignoren. Existimos,

somos dignos. Lucharemos contra todo aquello que nos afecta en nuestra vida cotidiana.

- Abrogación de su antipopular y nefasto Decreto 748.
- Descolonización del Estado Plurinacional y
- Que ningún partido político, ni de izquierda, centro o derecha, se aproveche ni se entrometa en nuestras acciones y decisiones

Como el 2000, como el 2003, Cochabamba y el Alto tumbarán las políticas antipopulares.

Oscar Olivera Foronda
Marcelo Rojas
Abraham Grandydier
Aniceto Hinojosa Vasquez
Carlos Oropeza



NOTICIAS



DIVERSAS



Ha salido publicado, recientemente, el libro de Bolívar Echeverría titulado *Modernidad y Blanquitud*, por la Editorial Era de México. Invitamos a nuestros lectores a leer esta interesante colección de ensayos críticos.



Nuestra Editorial Contrahistorias ha reeditado recientemente el libro de Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Antimanual del mal historiador*, el que con esta reedición llega ya a su 14ª edición. Invitamos a nuestros lectores a buscar este texto en la red de librerías que distribuyen nuestras publicaciones, o también con la cada vez más vasta red de amigos de Contrahistorias.



También ha sido editado, en Colombia, por parte de la Editorial Desde Abajo, el libro de Bolívar Echeverría, *Siete Aproximaciones a Walter Benjamin*, por lo cual invitamos a nuestros lectores colombianos a adentrarse en este brillante conjunto de textos.



Fue editada en Francia, la versión en francés del libro de Carlos Antonio Aguirre Rojas, titulado *Les leçons politiques du neozapatisme mexicain. Commander en obeissant*, por la Editorial L'Harmattan, libro que también recomendamos a todos nuestros lectores franceses.



Fue publicado, por el Fondo de Cultura Económica de Argentina, el interesante libro de Carlo Ginzburg, titulado *El hilo y las huellas*, libro que también recomendamos ampliamente a nuestros lectores.

La Editorial Desde Abajo de Colombia está publicando la Colección 'Clásicos de la Historia Crítica', dirigida por Carlos Antonio Aguirre Rojas, y en la que ya han sido editados tres libros, las *Tesis sobre la Historia* de Walter Benjamin, *Siete aproximaciones a Walter Benjamin* de Bolívar Echeverría y *La Historiografía del Siglo XX* del mismo Carlos Aguirre. Y muy pronto saldrá editado el libro de Bolívar Echeverría *Discurso Crítico y Modernidad. Ensayos Escogidos*. Invitamos a nuestros lectores, colombianos y en general, a estar atentos a los nuevos títulos de esta interesante colección.



Recordamos a nuestros lectores que en mayo próximo saldrá editado el tomo IV de la obra de Immanuel Wallerstein, *The modern world-system*, el que se acompañará de una reedición de los tres primeros tomos, cada uno con un nuevo Prefacio escrito por su mismo autor. Esta edición es obra de la Editorial University of California Press.



También en mayo será editado por la Editorial Paradigm Publishers el libro *Uncertain Worlds: World-Systems Analysis in Changing Times*, que es la versión en inglés de la larga entrevista a Immanuel Wallerstein realizada por Carlos Antonio Aguirre Rojas en 1999, y ahora aumentada con una nueva entrevista al mismo Wallerstein, realizada por Charles Lemert. Invitamos a nuestros lectores a leer también este interesante material.

Ha sido publicado recientemente el libro de Ranajit Guha, *The small voice of history*, por la Editorial Permanent Black de Nueva Delhi, incluyendo 44 interesantes ensayos de este autor.



Estamos trabajando en volver a montar el sitio en internet de Contrahistorias, lo que esperamos concretar en este año de 2011. Mientras tanto, nuestros lectores pueden consultar los números 1 (parcialmente) y 2 (totalmente), en el scribd de la revista *Prohistoria*, revista amiga de nuestro proyecto intelectual.



Reiteramos tanto nuestra protesta por los amaños y dilatorios procedimientos de la sesgada justicia colombiana, en el injusto juicio de Miguel Angel Beltrán, como también nuestra exigencia de su pronta liberación.



Nuestra revista *Contrahistorias*, orgullosamente adherente del vasto movimiento de La Otra Campaña, se une al gran coro de protesta en contra de los difamatorios mensajes que pretenden criminalizar, una vez más, a los dignos compañeros neozapatistas, ahora insinuando su conexión con el secuestro del impresentable y corrupto Diego Fernández de Cevallos, en una maniobra que sólo persigue continuar con el permanente hostigamiento del gobierno mexicano hacia este digno movimiento neozapatista.

Contrahistorias. La otra mirada de Clío

Precio en librerías: 40 pesos.

Precio venta directa: 35 pesos.